



VALDEMAR
&
GÓTICA

*Ioláni,
o Tahití tal como era*

WILKIE COLLIER

Lectulandia

Aunque William Wilkie Collins (Londres 1824-1889) no publicó su primera novela, «Antonina or the Fall of Rome», hasta 1850, llevaba años escribiendo y poniendo a punto su estilo literario. A esa época de juventud pertenece «Ioláni, o Tahití tal como era», la primera novela escrita por Wilkie Collins, cuyo manuscrito, tras innumerables subastas y peripecias, acaba de ver la luz este año, siglo y medio después de haber sido escrita. Wilkie Collins había crecido leyendo las novelas de Ann Radcliffe, gusto que compartía con su madre, y disfrutaba recitando en familia los párrafos más escabrosos de libros como «El Monje» o «Frankenstein», de modo que a los veinte años, cuando escribió «Ioláni», su imaginación se hallaba imbuida de literatura gótica, tan popular en aquel tiempo.

El autor de inolvidables novelas como «La dama de blanco» o «La piedra lunar» definió su primera obra, «Ioláni», como “una mezcla de romance gótico y aventuras en los mares del Sur, a medio camino entre Radcliffe y Stevenson”. Cabría añadir que esta novela, por su tema —una mujer es condenada y perseguida por un pérfido patriarca religioso y huye penosamente de él, poniendo a salvo su amor e independencia—, tan querido al género gótico, se emparenta con otras dos de la misma época: una anterior, «El Italiano, o el confesionario de los penitentes negros» (1797), de Ann Radcliffe, y otra posterior, «La letra escarlata» (1850), de Nathaniel Hawthorne.

Lectulandia

Wilkie Collins

Ioláni, o Tahití tal como era

ePub r1.0
Oxobuco 01.11.14

Título original: *Ioláni; or, Tahíti as It Was*
Wilkie Collins, 1999
Traducción: Óscar Palmer & Santiago García
Ilustración de cubierta: Paul Gauguin “El espíritu vela” (1897)

Editor digital: Oxobuco
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Sacerdotes guerreros, brujos, guerras fratricidas, persecuciones góticas, sacrificios rituales, hombres salvajes, Tahití... Es posible que al encontrarse con todos estos elementos los aficionados a la literatura de Wilkie Collins se llamen a despiste, ya que, sin lugar a dudas, el libro que en estos momentos tienen entre las manos es uno de los más atípicos de la carrera de su autor. Entre otras cosas, porque se trata del primero que escribió.

Aunque William Wilkie Collins (Londres, 1824-1889) no publicó su primer libro, una biografía de su padre, hasta 1848, y una novela, *Antonina or the Fall of Rome*, hasta 1850, lo cierto es que llevaba tiempo haciendo sus pinitos literarios. Su interés por la escritura se había despertado a muy temprana edad, por una parte derivado de la lectura de sus autores favoritos, entre los que se encontraban Sir Walter Scott, Lord Byron, Cervantes o Marryatt, y por otra de la relación en primera persona con escritores como Wordsworth o Coleridge, amigos personales de sus padres y presencias habituales en la casa que la familia tenía en Hampstead. Sin embargo, no fue hasta 1851 cuando Collins conoció al autor que mayor influencia iba a ejercer sobre su vida literaria, Charles Dickens: amigo, consejero, mentor, coautor de varias de sus obras y fundador y director de *Household Words*, un semanario publicado ininterrumpidamente entre 1851 y 1859 en el que Collins colaboró activamente, curtiéndose como escritor de seriales. En 1859, *Household Words* fue sustituido por *All the Year Around* otro semanario dirigido por Dickens hasta su muerte en 1870, en el que vieron la luz las mejores novelas de Collins: *La dama de blanco* (1860), *Sin Nombre* (1862), *Armada* (1866) y *La piedra lunar* (1868, «la primera, la más extensa, y la mejor de las modernas novelas inglesas de detectives», según T. S. Eliot), obras que le convirtieron en uno de los escritores más populares de su tiempo, de fama inferior únicamente a la de su maestro. Habilidadoso tejedor de enrevesadas tramas y perfecto cultivador del *Continuará...*, Collins se benefició al máximo del ritmo impuesto por las entregas de la revista, logrando que jugara a su favor, no contra él, y consiguiendo cumplir en la mayoría de los casos con el lema que se había impuesto: «*Hazles reír; hazles llorar; hazles esperar*». A partir de 1870, en todo caso, su estrella empezó a declinar: el fallecimiento de Dickens le privó de uno de sus mejores amigos y, presumiblemente, del mejor crítico que había tenido su trabajo. Ninguna novela ni anterior ni posterior al periodo de su colaboración tiene la misma intensidad y garra que las escritas entre 1850 y 1870. Por otra parte, su mala salud, agravada por su adicción al láudano y por los vericuetos de su vida privada (vivía con dos amantes, aparentemente en la misma casa), repercutió negativamente en su ficción, aunque siguió escribiendo con asiduidad hasta el momento de su muerte, acumulando más de treinta voluminosas novelas, una cincuentena de cuentos, al menos 15 obras de teatro (además de participar en adaptaciones de obras suyas al

escenario) y decenas de artículos periodísticos.

Collins empezó a escribir el manuscrito de *Ioláni* en 1844, mientras remoloneaba en la oficina de Antrobus & Company, una compañía de importadores de té para la que trabajó entre enero de 1841 y mayo de 1846 como aprendiz sin sueldo, puesto que le había conseguido su padre, el pintor William Collins, gracias a las amistades que tenía en común con el patriarca de los Antrobus, quien llegó a encargarle un retrato de sus tres hijas. Mientras permaneció allí, Wilkie dedicó el tiempo, según le dijo a su amigo Edmund Yates, a escribir «*tragedias, comedias, poemas épicos y demás basura literaria invariablemente producida por los jóvenes principiantes*». El 25 de enero de 1845, William Collins envió el manuscrito definitivo de *Ioláni; or, Tahíti as It Was* a los responsables de la editorial Longmans, quienes le propusieron editarlo a cambio de que costeara la mitad de los gastos de imprenta. Posteriormente, tras una reseña no excesivamente positiva de su lector, ampliaron sus peticiones hasta solicitarle que se hiciera cargo de la totalidad de los gastos, algo a lo que el padre de Wilkie se negó mediante una carta fechada el 8 de marzo de 1845. A continuación, envió el manuscrito a Chapman & Hall, pero éstos lo rechazaron directamente y *Ioláni* pasó a dormir el sueño de los justos, quizá en lo más profundo de algún cajón. La primera noticia que los lectores pudieron tener de esta primera novela fue la mención que de ella hizo Wilkie Collins en una entrevista aparecida el 3 de septiembre de 1870 en el *Appleton's Journal*, en la que recordaba la obra como una mezcla de romance gótico y aventuras en los mares del Sur, a medio camino entre Radcliffe y Stevenson. A finales de 1878 o principios de 1879, Collins le entregó el manuscrito a August Daly, un empresario teatral norteamericano con el que mantenía buena relación y que se había responsabilizado de adaptar con notable éxito para los escenarios americanos algunas obras de Collins, como *Man & Wife* (1870) y *The New Magdalen* (1873), lo que contribuyó a otorgarle cierta fama al escritor británico, permitiéndole llevar a cabo un *tour* de lecturas por Estados Unidos. Las colaboraciones y la buena relación entre ambos continuó cimentándose a lo largo de la década, pero según Ira B. Nadel, introductor y anotador de la edición original de *Ioláni*, no es probable que Collins le entregase el manuscrito con anterioridad a la fecha mencionada, ya que en octubre de 1878 Daly subastó gran parte de su librería para sufragar algunas deudas, y *Ioláni*, evidentemente no formó parte del lote. Sí lo hizo, sin embargo, en 1900, cuando efectuó una segunda subasta de sus propiedades. Dado que visitó a Collins en su casa de Londres poco después de haber realizado la primera, es de suponer que lo recibiera de sus propias manos en aquella ocasión, quizá con vistas a una adaptación teatral. La primera noticia pública y notoria de la existencia del manuscrito de *Ioláni*, en todo caso, fue la mencionada subasta, celebrada en marzo de 1900. Tras ser adquirido al precio de 23 dólares por un joven agente literario, George D. Smith, quien inmediatamente lo puso en su catálogo a un precio de 100 dólares, recomendando su publicación, el manuscrito fue comprado por un coleccionista privado de Filadelfia, Howard T. Goodwin, cuyo inesperado

fallecimiento en 1903 provocó que saliera una vez más a subasta. *Ioláni* quedó entonces en poder de un abogado de esa misma ciudad, Joseph M. Fox, junto a cuya familia encontró acomodo hasta 1991. Aquel año el manuscrito apareció en el mercado de libros raros de Nueva York, causando una conmoción en el mundillo literario, ya que muchos ignoraban su existencia y otros tantos daban la obra por perdida. Su adquisición por parte de un coleccionista anónimo añadió velos al misterio que hasta entonces había rodeado esta primera novela de Collins; velos que no han sido descubiertos hasta este mismo 1999, en el que el desconocido comprador prestó el manuscrito a la Universidad de Princeton para su publicación, calificada de inmediato por los críticos como uno de los acontecimientos literarios del año; acontecimiento que, aunque en menor medida, afectará también al número cada vez mayor de aficionados españoles a Wilkie Collins gracias a esta edición.

Al contrario de lo que suele pasar con otros textos misteriosamente recuperados, en el caso de *Ioláni* no cabe la menor duda acerca de la paternidad de Collins. Además de las referencias publicadas y confirmadas en vida del autor (algunas de ellas nada oscuras, ya que vienen recogidas incluso en sus dos biografías más importantes: *La vida secreta de Wilkie Collins*, de William M. Clarke, y *The King of Inventors: A Life of Wilkie Collins* de Catherine Peeters), resulta evidente al leer el texto que la mayoría de sus constantes ya están presentes en la obra pese a haberla escrito con tan sólo veinte años: el abuso de poder, la victimización de las mujeres a cargo de figuras patriarcales, la integración del suspense como elemento clave de la trama y a menudo como motor de la acción, la fascinación por la mente criminal y las contradicciones de ésta (pocas veces se encontrará el lector con un villano tan decididamente malo y a la vez tan dubitativo como este *Ioláni*, que además se hace con el título del libro), mujeres independientes que desafían el dominio masculino aunque eso las ponga en peligro mortal... Incluso la estructura en libros, y esas divisiones teatrales que enmascaran abruptas elipsis temporales (anticipando claramente la división por escenas utilizada en *Sin Nombre*) son típicas de la posterior producción de Collins. La posición del narrador, moralista, completamente implicado en la acción, entusiasta hasta la exasperación, más proclive a las descripciones que al diálogo y a la trama lineal que a la enrevesada, es lo único que desvela la bisonñez de un autor que, no obstante, desvía su atención de los personajes en apariencia principales hacia un nutrido reparto de secundarios, creando una novela casi coral que anticipa el interés por las subtramas tan elaboradas de las que posteriormente gozaron sus más celebradas novelas.

Por otra parte, el interés por lo exótico que destilan las páginas de *Ioláni* no resulta en absoluto ajeno a otras obras de Collins: baste recordar *Antonina*, su primera novela publicada, ambientada en la Roma del siglo V, las escenas de *La Dama de blanco* que acontecen en Honduras o el terrible asedio de Seringapatam, en la India, narrado durante el inicio de *La piedra lunar*. De hecho, el escritor retomó la Polinesia en un cuento de 1877, *The Captain's Last Love*, en el que un capitán de barco

británico se enamora, precisamente, de la hija de un sacerdote.

El interés por la Polinesia, en todo caso, se había despertado en el joven escritor a raíz de la lectura de la edición ampliada de *Polynesian Researches*, una obra en dos volúmenes escrita en 1829 por William Ellis y reeditada con información adicional en cuatro volúmenes aparecidos entre 1832 y 1834. Ellis había sido misionero en Tahití entre 1816 y 1822, y había recogido sus experiencias en la citada obra, dedicando capítulos a temas como el infanticidio, la brujería, y la poligamia, que sin duda encendieron la imaginación del joven Collins. De esta obra extrajo la mayor parte de la información utilizada en su novela: el paisaje, las costumbres religiosas, la *heiva* o la brutalidad en la guerra (aunque prescindió de los detalles más escabrosos, como la costumbre de hacer rodar las canoas hacia el agua sobre los cuerpos de los vencidos o la de hacer agujeros en los troncos de los caídos para poder pasar la cabeza a través de ellos y utilizarlos como ponchos). También los nombres de sus personajes principales comparten la misma fuente: Idía había sido en realidad la madre de Pomare, un rey tahitiano obligado a exiliarse y que regresó triunfante para retomar el poder; Aimáta era la hija única de Pomare; Mahiné fue el jefe de los clanes de Eiméo y Huahine; y Ioláni era en realidad el sobrenombre con el que se conocía a Kamehameha II, rey de las islas Sandwich fallecido durante una visita oficial a Inglaterra. Ellis hablaba en su libro incluso de la existencia de hombres salvajes, huidos de las guerras y los sacrificios, y llegaba a afirmar que había visto uno. Por otra parte, Collins tenía también en su biblioteca libros como *The Island*, de Byron, o *Christina of the South Seas*, de Mary Russel Mitford (en el que aparecía un personaje llamado Iddeah, que en inglés comparte la pronunciación de Idía), ambos inspirados por los sucesos del motín de la *Bounty* y probablemente origen de su curiosidad por la Polinesia.

Wilkie Collins había crecido leyendo los novelones de Ann Radcliffe (su madre era una enfebrecida seguidora de la autora de *Los misterios de Udolfo*), y disfrutando enormemente al recitar ante sus parientes los párrafos más escabrosos de libros como *El Monje* o *Frankenstein*. No es de extrañar, por tanto, que la literatura gótica apareciese representada, en mayor o menor medida, a lo largo de toda su carrera, y que su influencia resulte completamente evidente en esta primera novela, escrita cuando aún se hallaba inmerso en su radio de acción. Hay que tener en cuenta que el título original completo de este libro que tiene entre las manos es *Ioláni; or, Tahíti as it was. A romance*. La inclusión del término romance en el título, recurso utilizado a menudo por Radcliffe en obras como *El Italiano; o el confesionario de los penitentes negros. Un romance* (novela que comparte además con la de Collins la presencia de una mujer oprimida por los representantes de la religión que se dedica a huir del peligro), es significativa, ya que ambos autores compartían la definición de romance utilizada por Walter Scott para su entrada correspondiente en la *Encyclopedia Britannica*: «narrativa de ficción en prosa o verso, cuyo interés se centra en incidentes maravillosos y extraordinarios». Collins añadió el término *A romance* a

varias de sus posteriores novelas, como *Antonina*, *La piedra lunar*, o *The Two Destinies*. También de Scott proviene con toda probabilidad el interés por mezclar los hechos imaginarios con otros reales, casi documentales, que otorguen verosimilitud al texto.

Sin llegar a ser una de las grandes obras de Collins, lo cierto es que *Ioláni o Tahití tal como era* reúne en su interior los suficientes elementos como para interesar tanto a los aficionados a la obra del escritor, quienes por fin podrán disfrutar de la evolución de uno de los mejores escritores en lengua inglesa del siglo pasado, como a los lectores habituales de novela gótica, quienes encontrarán los rasgos habituales de este género tamizados por una sensibilidad muy particular y enfocados desde una inusual perspectiva que los aleja de sus habituales escenarios, diseminados a lo largo y a lo ancho de la fría Europa, para trasladarlos hasta las cálidas y acogedoras costas de la dorada Polinesia. Disfruten del viaje.

ÓSCAR PALMER

LIBRO PRIMERO

In secret we meet—
In silence I grieve,
That thy heart could forget,
Thy spirit deceive.

BYRON

En secreto nos encontramos...
en silencio me lamento,
de que tu corazón pudiera olvidar,
tu espíritu engañar.^[1]

CAPÍTULO PRIMERO

IOLÁNI E IDÍA

El verano tocaba a su fin cuando una noche (en los tiempos en los que Tahití aún no había sido descubierta por los viajeros del norte) la desolación del gran lago Vahíria fue iluminada por la presencia de dos seres humanos, un hombre y una mujer que vagabundeaban con indiferencia a lo largo de sus ásperas y desiertas orillas.

Aquel paraje era extraño y poco atrayente para la mayoría. Mirando hacia arriba desde el lugar ocupado en aquellos momentos por la mujer y su acompañante, se descubría una larga y casi ininterrumpida cordillera montañosa, cuyas desiguales vertientes, aunque ocasionalmente salpicadas por un macizo de árboles enanos o por matojos de vegetación escasa y reseca, estaban en su mayor parte desnudas y eran extremadamente escarpadas. Las diferentes masas que formaban la cadena eran, por lo general, difíciles de distinguir unas de otras, tanto en forma como en elevación, pero no acababan de ser completamente iguales gracias a la presencia de la inmensa Orohéna (la montaña más alta de la isla), la cual se elevaba desde la lejanía como un faro sobre las cimas de las cordilleras inferiores. Más abajo, entre las montañas y el lago, se extendían amplias y densas regiones boscosas; y aún más allá de éstas, yacían en la más absoluta confusión masas de rocas basálticas, de formas crudas y afiladas, que llegaban casi hasta el borde del agua; al mismo tiempo, la superficie del lago, apenas iluminada parcialmente por los rayos de la luna y protegida del viento en su mayor parte por las defensas naturales del bosque y la piedra, parecía más salvaje y tenebrosa que todo lo que la rodeaba, al extenderse sombría y estancada, en algunos puntos completamente perdida en la oscuridad, en otros resplandeciendo débilmente bajo la luz pálida e intermitente. Verdaderamente, aquél era un lugar solitario y pavoroso. Observando la apariencia de aquellas áridas montañas, apenas podía imaginarse que al otro lado se elevaban sobre el más variado paisaje que podía ofrecer la naturaleza, sobre todas las delicias que las estaciones podían proporcionar y la bendita luz del sol iluminar y adornar.

No se veía ninguna vivienda humana en las orillas del Vahíria. Los nativos temían el lugar y lo evitaban con la mayor perseverancia. Sus extrañas supersticiones lo habían poblado desde hacía mucho con los espíritus de los muertos y con demonios sangrientos y criminales. Aquí era también donde habían sido vistos esos miserables proscritos de la humanidad, los hombres salvajes, que en aquella época recorrían las más solitarias espesuras de las montañas de Tahití. Estos desdichados, cuya antigua existencia en las islas del Pacífico es bien conocida incluso para el viajero europeo, eran, o bien locos peligrosos, o bien víctimas señaladas por los sacerdotes del país para sacrificios humanos, que habían escapado de una muerte espantosa y a menudo

inmerecida eligiendo la triste alternativa del exilio perpetuo de los suyos.

De la pareja que vagabundeaba en este lugar solitario, era la mujer la que tenía un aspecto más impresionante y poco común. Su rostro, profundamente meridional por su uniforme color moreno y su expresión inteligente y suave, poseía el atractivo añadido de una regularidad y unos rasgos refinados, casi europeos. Su silueta era más alta y esbelta que la mayoría de las figuras femeninas de la población de las islas, y la resaltaba exquisitamente el sencillo pero lujoso vestido que llevaba. Ningún atavío ocultaba la delicada redondez de su hombro, ni, más abajo, la suave elevación del pecho. Había echado sobre su hombro la parte delantera de la especie de doble chal que visten las mujeres polinesias, de manera que cayera graciosamente sobre la blanca y larga túnica que colgaba debajo; al mismo tiempo, su hermoso y profundo pelo negro, parcialmente recogido por una guirnalda de flores, se derramaba por encima, produciendo un exquisito contraste con la nevada blancura de su indumentaria. De su acompañante, baste decir que su apariencia era destacable principalmente por su gran estatura y por la expresión dominante y digna de su semblante.

La relación existente entre estos dos individuos, aunque considerada una grave infracción moral de las leyes de la sociedad en los países civilizados, no provocaba indignación ni desprecio entre las sensuales gentes de las islas del Pacífico. Excepto en algunos casos de adhesión extrema y extraordinaria, el matrimonio era considerado por la mayor parte de sus habitantes como un lazo que debía ser roto y reorganizado a voluntad, como una ceremoniosa alcahueta al servicio de la efímera pasión del momento, o como un privilegio tan limitado por el orgullo del rango y las posesiones, que oponía toda clase de obstáculos a los pocos deseosos de usarlo apropiadamente.

En el presente caso, el amor profano por parte de la mujer era la consecuencia simple y necesaria de la orgullosa posición que su compañero ostentaba entre su pueblo; pues no era otro que Ioláni, Sacerdote de Oro, el Dios de la Guerra, y hermano del Rey, a quien la plebeya Idía había conseguido llevar hasta las desiertas soledades que rodeaban las orillas del lago.

La astucia era el principio fundamental en la vida de este hombre. Era lo que le había proporcionado los medios de obtener toda clase de diabólicos triunfos sin que existiera la menor posibilidad de fracasar o ser descubierto. En ningún carácter podían reunirse tan secreta y firmemente más elementos viles y peligrosos que en el suyo. Su maligna disposición natural quedaba disimulada por su inventiva y su paciencia inagotable. El ingenio refinaba su crueldad y la cautela lo reforzaba; y sus ardientes pasiones las disfrazaba la más consumada hipocresía y las ejecutaba la traicionera elocuencia de su porte y su discurso. Los peculiares encantos de Idía provocaron al primer vistazo su capricho sensual, y obtuvo sus afectos con tanto éxito y seguridad como había obtenido los afectos de todas las que habían sido antes que ella.

Su última amada, al menos por el momento, era una mujer cuyos fuertes y numerosos afectos la habían condenado a una existencia o bien de turbulenta alegría o bien de abrumador pesar. Al contrario que la mayoría de las de su sexo en las islas del Pacífico, sus emociones tendían invariablemente hacia los extremos, y el engañoso impulso del momento decidía peligrosa e irremediabilmente cada acto de su vida. Desde el momento en que había entregado su amor libre, sincera y confiadamente al engañoso Sacerdote, cada pensamiento de su corazón había estado dedicado inconscientemente a él sólo. Le miraba no como lo que era, sino como lo que debería ser. Para *ella*, él lo era todo, la única perfección deslumbrante a la que resultaba una delicia contemplar y amar. Pues, aunque es la dudosa virtud del intelecto de la mayoría observar nada más que la insuficiencia, es la más humilde y feliz facultad del corazón de la minoría reconocer la abundancia.

¡Y así vagó con él, a lo largo de las horas solemnes de aquella hermosa noche, indiferente a los peligros con los que la superstición había llenado aquel lugar mientras su amado estuviera a su lado, y deleitándose en su breve periodo de felicidad con tanta confianza como si la miseria hubiera abandonado sus dominios en la Tierra, y la malicia hubiera desaparecido para siempre del corazón del hombre!

CAPÍTULO II

AIMÁTA Y EL HOGAR

Empieza un día de verano. El sol naciente, cuyos rayos apenas penetran aún la solemne oscuridad de las arboledas y los bosques, se muestra hermoso y resplandeciente en las praderas al pie de las montañas. La brisa marina acaba de levantarse en el interior de las islas del sur. Refresca las frutas, despierta las flores. Se acompaña de su propia música, delicada e irregular, con el golpeteo de las gotas del rocío que caen cuando las sacude alegremente de sus altos nidales en los árboles y de sus pequeños escondrijos en la hierba fresca y fragante. Canta suavemente entre las hojas sueltas al lado de la choza, y murmura agradablemente a través de las fisuras de las piedras y la maleza, a la entrada de los valles del bosque. Es la mensajera de la felicidad, amiga familiar bienvenida por las alegres gentes del país, que salen a recibirla con júbilo, pues para los isleños anuncia la felicidad y el día.

Apartada de la aldea y varias millas distante de la costa se alza una solitaria construcción, en el punto más bello de la parte más interior de la isla. Su tosca puerta está abierta, pero nadie atraviesa todavía la entrada. Por fin, una tórtola sale revoloteando, seguida, en su vuelo matutino, por una muchacha.

Cantando su melodía suave y monótona, el pájaro vuela sobre el pavimento de coral blanco que rodea la casa, sobre el jardín y la pradera hasta llegar al bosque que se extiende casi hasta la ladera de la colina que hay más allá. Canturreando y riéndose para sus adentros, la chica sigue a su acompañante. Su sencilla túnica, desarreglada por la rapidez de sus movimientos, descubre una figura flexible y delicada, aún no formada por la madurez, pero ya tentadora para la vista. Avanza siguiendo a su amiguita donde quiera que la lleve. Unas veces, se demora con las flores silvestres que encuentra a sus pies. Otras, se levanta y busca la presencia, o escucha la voz, de su dulce favorita. Después, pone rumbo llena de alegría hacia los senderos del bosque, o se detiene, enamorada de su música y su esplendor, junto al arroyuelo que reluce a su lado. Aquí, reprende juguetonamente a las zarzas y las enredaderas que se oponen a su avance. Allí, ríe con inocente delicia cuando se le ofrece una furtiva ojeada a algún escenario del bosque, más hermoso que todo lo que ha contemplado previamente. Tan resplandeciente y hermosa como al retirarse está ahora que regresa, hasta que por fin descansa en su habitación y contempla cómo en la suave y clara distancia su favorita vuela hacia el hogar.

Allí sentada escucha el sonido del mazo del curtidor procedente de los valles próximos, que, suavizado y armonizado por la distancia, suena alegremente a sus oídos. A veces, el ruido del hacha del leñador llena sus pausas, otras veces, las voces de los viajeros que se dirigen a la aldea que hay más allá, y otras, el murmullo del

arroyo que cruza el jardín de la choza.

Mira hacia abajo al sendero que, entre los árboles, conduce a la aldea. Preciosa en su desenfadada y natural actitud de reposo, es para los encantos de la tierra en la que vive y a la que ama lo mismo que era Eva, en su inocencia, para el Paraíso que la rodeaba. La más ingenua alegría y la gracia de la infancia y la más seductora suavidad y timidez de la juventud se unen en su semblante, cuya atracción no reside en la regularidad de sus rasgos ni en la hermosura de su complexión, sino, simplemente, en la juventud y la inocencia, en la encantadora variabilidad y naturalidad de su expresión. No se preocupa ni fatiga con meditaciones. Sus pensamientos sólo se elevan para asombrarla y deleitarla, y nunca se demoran lo suficiente como para fatigarla o confundirla. Sigue siendo tal y como Dios la hizo; aún sin contaminar por la miseria y sin mancillar por el hombre.

El sendero de la aldea ya es recorrido por muchos pies. A veces, una compañía de mujeres pasa ante sus ojos, sus prendas de colores brillantes relucen bajo la luz del sol que ya ha penetrado a través de los espacios que dejan los árboles. Otras veces se ve un tropel de pescadores, doblados bajo el peso del botín que han recogido durante la noche; o bien, un joven guerrero, que afila impacientemente sus armas sin estrenar y anhela en lo más hondo de su corazón el campo de batalla, engrosa las filas de los viajeros que recorren la boscosa avenida. A todos ellos, al pasar, los contempla la muchacha con indiferente placer, hasta que una mujer solitaria aparece entre los árboles, y entonces, la mayor alegría toma posesión de su semblante, pues reconoce a su guía y acompañante, la misma que vagaba de noche a orillas del lago.

Lenta y cansinamente avanza Idía. Se siente extrañamente apesadumbrada cuando llega a la choza y devuelve las impacientes caricias de Aimáta. La tristeza se mezcla con la dulzura de su expresión mientras escucha la animada narración que hace la muchacha de su persecución de la tórtola. Una extraña sensación de incomodidad y un inexplicable presentimiento nubla sus pensamientos ahora que se encuentra en su propia morada. No hay ninguna razón aparente para que tal cosa la aflija, pero no puede evitarla a pesar de los esfuerzos que hace para sacudírsela. ¿Se trata de miedo afectuoso por el futuro de su joven protegida? ¿Se trata de la conciencia, hasta entonces desconocida e inadvertida, que reafirman su existencia en su fuero interno? ¿Es su ángel de la guarda que la advierte de alguna calamidad que se avecina?

Se tumba en el suelo de hierba suave de la vivienda. Silenciosa y abstraída, no nota la agradable variedad de frutas recién recogidas que Aimáta está poniendo a su disposición. La chica formula una pregunta tras otra, pero ninguna es contestada. Utiliza toda su astucia, intenta muchas inocentes estratagemas, para que su pesarosa acompañante comparta una alegría tan duradera y bulliciosa como la suya, pero todo es en vano. Por último, desiste de su propósito desalentada. Refrena su alegría natural y, sentándose, apoya la cabeza sobre el regazo de Idía, y mirándola amorosa y vacilantemente, ofrece a su atención una de las leyendas poéticas y salvajes del país, que por fin ha aprendido perfectamente y que narra susurrando, deteniéndose a veces

para contemplar sus efectos sobre el ánimo de la mujer. Una lágrima se ha acumulado en sus ojos mientras la muchacha insiste en su objetivo, pero todavía no habla ni se mueve; y la narradora termina su relato y sigue sin recibir la recompensa del éxito.

¡En el oscuro retiro del lago Vahíria, y en su unión nocturna con Ioláni, el Sacerdote, Idía ha perdido para siempre el encanto que antaño tanto atesoraran Aimáta y el hogar!

CAPÍTULO III

EL NACIMIENTO DESDICHADO

Entre las dos habitantes de la solitaria vivienda habían surgido, a pesar de la desproporción de sus edades y de la diferencia de sus caracteres, los más fuertes lazos. Cuando sólo se asume por conveniencia, no hay hipocresía tan perecedera como la amistad femenina, pero cuando surge de la estima mutua, tampoco existe una sinceridad tan duradera; y era este raro y hermoso afecto el que en su mayor sinceridad y pureza unía a la mujer y su protegida. De los padres de Idía, uno había muerto, y el otro había partido para vivir con una tribu lejana y extraña. Había descubierto a la niña Aimáta, abandonada por sus guardianes naturales, casi en su infancia, y se había apiadado de su desamparo y la había cobijado y cuidado. En un país donde los lazos domésticos eran en el mejor de los casos pobremente reconocidos, el abandono de un vástago, aunque poco común, no era insólito, e Idía conservó la indisputada posesión de la muchacha hasta el momento de su presentación ante el lector. La niña abandonada no podía haber obtenido mejor protector, pues su guardián aún no había perdido la simpatía honesta y afectuosa de las gentes del país. Era amada y reverenciada por las mujeres, y al mismo tiempo raramente recibía el despiadado desprecio que los hombres arrojaban con tanta frecuencia sobre la población femenina de la isla. Para un sexo, era apreciable por la constante dulzura y humildad de su conducta. Para el otro, fue estimable, en los primeros años de su existencia, por su superioridad (aparente, aunque inexplicable) respecto a las mujeres que la rodeaban; en los posteriores, por su íntima conexión con el ilustre y poderoso Ioláni, Alto Sacerdote de Oro.

En este hombre se centraba la única e importante diferencia de sentimientos entre la mujer y su protegida. Pues, por muy elocuentemente que intentara persuadirla, Idía nunca conseguía superar la aversión de la muchacha hacia la presencia e incluso el nombre del líder religioso del país.

Este desacuerdo, por muy fatal que pudiera parecer, y en verdad podría haberlo sido en muchos otros casos, no tenía ninguna influencia nociva sobre los vínculos que compartían guardián y protegida. La aversión de Aimáta hacia el Sacerdote, por muy invencible que resultara, era una aversión pesarosa pero nunca insultante, y por lo tanto despertaba compasión y asombro, en vez de cólera y desprecio, en el corazón de la amada de Ioláni. Era tan sumisa, tan afectuosa con su protectora, tan inocente y resignada a las largas soledades que ahora estaba condenada a soportar, que mofarse o despreciarla habría sido casi demasiado incluso para la refinada capacidad para la vileza que tiene la humanidad.

Tal era entonces la situación de Idía y su joven protegida, en la época de su

felicidad, cuando sus vidas transcurrían en una soñadora monotonía de placer, tan carente de vida cuando se describe y tan deliciosa cuando se experimenta. Su ronda habitual de diversiones inocentes aún bastaba para ocupar las horas de soledad de Aimáta; y los encuentros de Idía con el Sacerdote eran tan frecuentes y tan tranquilos como el primero. Así, los días pasados en regocijo, que después serían recordados con dolor, transcurrían de forma agradable. Pero rápidamente se aproximaba un cambio en la suerte de la muchacha y su guardián, y en la hora del parto que se acercaba, se escondía la señal de su comienzo para ambas.

El día que trajo los acontecimientos que forman el tema de este capítulo fue uno de los más hermosos de la bella estación que aún se demoraba sobre las islas del Sur. A cierta distancia de la morada de Idía, en una especie de medio caverna, medio cenador, yacía durmiendo, protegida del calor del mediodía, la muchacha Aimáta. El lugar estaba situado en una colina, y elevado por una eminencia rocosa sobre la calzada pública. Cómo su actual ocupante podía haber ganado semejante posición, era un enigma, pues no existían medios visibles de ascenso hacia el extraño lugar de descanso que había elegido. En su inquieto dormir, sus ligeras ropas se habían descompuesto tanto que dejaban la parte superior de su cuerpo, tan delicada de formas, tan encantadoramente suave y morena de tono, casi completamente descubierta. Su largo pelo se derramaba ocultando parcialmente el cuello y el pecho. Una mano (sobre la cual había apoyado su mejilla) aún agarraba una profusión de flores reunidas durante la mañana, algunas de las cuales se arracimaban en exquisita confusión sobre la parte inferior de su semblante. La otra descansaba sobre su cadera, como si el sueño la hubiera dominado en el momento en que había intentado arreglar la prenda que había resbalado desde su costado. ¡Así yacía, en la belleza de la inocencia y la juventud! ¡Digna hija del más suave de los climas y del más bello país terrenal!

Repentinamente, sin embargo, se despertó de su sueño y, recogiendo apresuradamente su vestido, corrió hacia la entrada de la cueva.

Dos voces familiares, elevadas por la furia y el nerviosismo, habían llegado a sus oídos desde el camino que tenía debajo. Se asomó cautelosamente. Pocos minutos después, Ioláni el Sacerdote pasó bajo ella, con su moreno semblante alterado por una expresión de ira concentrada y profunda. Podía oírle murmurando y riendo de manera horrible y antinatural mientras avanzaba en dirección a las aldeas de la costa. Esperó hasta que hubo desaparecido de la vista, y entonces, deslizándose con extraordinaria intrepidez y agilidad por los lados casi perpendiculares de la ermita natural gracias a los arbustos y las protuberancias de la piedra, corrió en dirección opuesta a la que había tomado el Sacerdote.

Apenas había avanzado una corta distancia cuando se encontró con Idía, sola en un retiro rocoso junto al camino. La complexión olivácea de la mujer se había convertido en una palidez espectral, sus ojos avanzaban y retrocedían salvajemente por el paisaje que tenía ante sí, y sus manos apretaban su frente, como si una agonía

profunda y terrible la hubiera asaltado de pronto. En el instante en que vio a Aimáta, la agarró casi bruscamente por el brazo, y arrastrándola hasta su lado, pronunció algunas palabras a su oído con voz áspera y quejumbrosa. Al momento siguiente, la muchacha cayó a sus pies y estalló en un torrente de lágrimas.

Lo que le había comunicado, y por qué afectaba terriblemente tanto a la narradora como a su oyente, sólo se puede explicar satisfactoriamente si indagamos con brevedad en uno de los pocos aspectos repugnantes del carácter polinesio: la deplorable y criminal costumbre del infanticidio.

Esta lacra de la nación estaba íntimamente relacionada, si no enteramente originada, con una secta de reconocidos libertinos que han existido desde las más antiguas épocas conocidas, bajo diferentes nombres, en las islas del Pacífico, y a cuyas extraordinarias instituciones tendremos que volver a referirnos en una futura ocasión. Entre las reglas de esta atroz sociedad, a la prohibición del matrimonio entre sus miembros se añadió la regulación de que sus hijos debían ser invariablemente eliminados al nacer. Este punto en concreto de la ley de los Areoi pronto se convirtió en un punto conveniente para la gente, en general, siendo la pobreza, el orgullo o la brutalidad de los padres las tres causas principales de la destrucción de los vástagos. Si las posesiones de un hombre eran escasas, si los resultados de su trabajo eran precarios y exiguos, la imposibilidad de criar a sus hijos con comodidad y abundancia se consideraba razón suficiente para su muerte en el instante en que llegaban al mundo. Si un cacique de altura establecía intimidad con una mujer de las clases bajas, los resultados de dicha relación eran considerados indignos de los cuidados del padre y, consecuentemente, eran destruidos al nacer. En el caso de una larga guerra, cuando las filas de los miembros masculinos de la población disminuían con ominosa rapidez, este sistema autorizado de infanticidio era, por necesidad, parcialmente restringido; pues el número de niños que por motivos de conveniencia, afecto o necesidad eran perdonados habría sido insuficiente en una crisis semejante para satisfacer la carencia repentina e inesperada. Sin embargo, tanto se veía sometido el afecto natural al insensato temor a la superpoblación entre estas gentes equivocadas cuyas autoridades gobernantes habían llegado a autorizar el infanticidio en primera instancia, que las frecuentes protestas y resistencia de las madres contra las salvajes intenciones del padre y los parientes masculinos se consideraban, o bien ridículas, o bien directamente insultantes y ofensivas; y la desdichada progenitora tenía la desgracia de ver a su vástago asesinado ante sus ojos, a menos que de alguna manera pudiese prolongar su existencia durante un cuarto de hora a partir de su nacimiento; en ese caso, la ley decretaba que desde ese momento se le permitiera vivir.

Tal (en un breve análisis) era la práctica del infanticidio en las islas del Pacífico, y tal era el crimen con el que el Sacerdote había tentado a la desdichada mujer que le había confiado su valiosa aunque sencilla dote de afecto y sinceridad. El indignado y decidido rechazo por parte de la mujer de la inicua demanda convirtió de inmediato la indiferente crueldad de sus intenciones hacia su vástago no nacido en odio decidido y

maligno hacia la madre. Hacía ya mucho que los encantos de la mujer habían empezado a palidecer ante él. La saciedad, el camino más directo del crimen hacia el corazón, ya le había instado a repudiarla; pero ella se había vuelto tan paciente y tan redobladamente afectuosa, a pesar de su apenas disimulado desprecio, que ni siquiera él, a pesar de su villanía, era capaz de abandonarla sin ninguna sombra de pretexto. Ahora, por la manera en que había recibido su propuesta, le había proporcionado la oportunidad de dejarla, y él la aprovechó con impaciencia y alegría.

Pero sus malvadas intenciones no acababan allí. El momento más peligroso para el que ofende es la media hora que sigue a la ofensa, pues, aunque el corazón crea la enemistad, es la mente la que perfecciona el trabajo. Así ocurría con el Sacerdote. El triunfo de haber obtenido su objetivo le bastaba para partir con honor, pero tan pronto se embarcó en su solitario paseo, otros pensamientos empezaron a brotar en su interior.

Había sido desdeñado y desafiado, *él*, un hombre poderoso y célebre, cuyo gesto había sido, hasta ahora, una orden, cuya menor palabra había sido la ley. ¿Y quién le había desafiado? ¡Una mujer! ¡Una criatura inferior en la escala de los seres, una sierva de la casa, una esclava de la sensualidad del hombre! ¡El más ínfimo campesino de la isla se habría enfurecido de haber sufrido una indignidad como la que él, el hermano del Rey, el Profeta y Sacerdote del Dios de la Guerra, acababa de sufrir!

No había suplicado por el niño. No se había humillado ante él pidiendo el favor de su vida. Le había amenazado y despreciado. Era demasiado.

Estaba decidido a tomar venganza, una venganza inevitable, rápida y completa, pero, ¿cómo la ejecutaría? ¿Debería intentar la destrucción de su hijo en la hora de su nacimiento? Con esto cumpliría su primer objetivo, a la par que satisfaría su sed de venganza; y, además (tal y como garantizaban las costumbres del país) sin ningún peligro para él mismo. En Ioláni, el pensamiento y la acción eran uno, de manera que volvió sobre sus pasos.

No tardó mucho en encontrar la pista de las mujeres, y cuando se detuvo un instante para contemplarlas sin ser observado, otra idea, más satánica aún que la primera, apareció en su mente.

La muchacha, Aimáta, estaba llegando a la madurez. Era el ser más querido por la mujer, su consuelo y su alegría en todas las estaciones. Era inocente y bella incluso entonces, en el primer amanecer de su juventud. ¡Qué instrumento de venganza podría fabricar con ella! ¡Qué admirablemente secundaría y endulzaría su venganza con la lujuria! ¡Con cuánta seguridad todo el dolor que aún quedara en la detestable Idía sería devorado por los celos! ¡Al fin había descubierto un terrible y perdurable método de castigo! Sólo necesitaba tomarse el tiempo necesario, y sería cosa hecha. ¡Si era cauteloso y resuelto en su objetivo, la victoria debía ser suya!

Así decidido, el villano volvió a seguir los pasos de sus víctimas, unas veces acechando entre el follaje, cuando se detenían y miraban hacia atrás; otras,

acercándose a sus huellas, cuando entraban en los bosques, después, alejándose más, cuando salían a las llanuras, pero nunca, ni por un instante, permitiéndose perderlas de vista.

Mientras, las mujeres habían sido tan diligentes preparando su seguridad como el Sacerdote tramando su desgracia. Por indefensa que Idía pudiera estar ante la súbita desgracia que la había acometido, su indefensión era sólo momentánea. La inflexible determinación de conservar al niño, aunque pereciese en el intento, había crecido ya en su interior. La vileza de la propuesta del Sacerdote la había horrorizado, pero no abrumado, y la desesperación de una mujer cuyos afectos habían sido atropellados sin motivo se alzó rápidamente para fortificar su corazón contra toda emoción egoísta y contra toda debilidad.

Y la pobre muchacha, cuya inocencia ya estaba marcada por quien la arruinaría, que había sido enseñada a esperar un futuro compañero y una futura ocupación en el niño aún no nacido, incluso *ella* parecía haber adquirido en esta hora de pesar una determinación impropia de su edad. Dependiente de otros como había estado toda su vida, obligada por las circunstancias, se convirtió en ese momento en un ejército en sí misma. En las mujeres, más comúnmente que en los hombres, la necesidad de acción genera el poder. Sus energías, aunque menos diversas, están más concentradas y, por su posición en la existencia, menos sobrecargadas que las nuestras; es por ello que en muchas situaciones extremas, mientras *nosotros* deliberamos, *ellas* actúan; y si, en consecuencia, sus fracasos son más deplorables, sus éxitos resultan, por la misma razón, más victoriosos y completos.

En un instante, Aimáta percibió que en ese momento su deber era gobernar y no obedecer. Condujo, casi arrastró, a la mujer fuera del camino, hacia una senda en el bosque, que conducía a lo largo de las colinas hasta un barranco profundo y distante limitado, a un lado, por la escarpada vertiente de una montaña, y por el otro, por la vasta masa de tierra boscosa que acababan de atravesar mientras llevaban a cabo su fuga. En la distancia, en el hueco de la división natural entre montaña y montaña, se podían percibir en distintas grietas de la piedra los brillantes y hermosos fulgores de las aldeas y el campo que había más allá, y que terminaban en el resplandeciente océano que se extendía en la lejanía. Aquí, en una cueva formada por la unión de varias masas descomunales de basalto, Aimáta se detuvo, pues la había asaltado el extraño presentimiento de que sus huellas eran seguidas por el Sacerdote.

Miró a Idía a la cara. Un ligero rubor como de dolor, o ansiedad, le cubría las mejillas, y un sonido grave, mitad quejido, mitad sollozo, salía de sus labios, pero parecía tan moralmente insensible, tan incapaz de hablar o de percibir, como siempre. La muchacha la atrajo hacia una parte de la cueva cubierta de musgo y flores silvestres y, rompiendo un coco que había caído desde los árboles, recogió un poco de agua en el cascarón; después, arrodillándose junto a la sufriente, la consoló y lloró por ella.

¡Y así, paciente y amable criatura, cuando la Muerte marchite la suavidad de tus

mejillas y el brillo de tus ojos felices, cuando tu espíritu tarde en separarse de su bella morada, y los que se hayan regocijado contigo estén llorando a tu lado, así los ángeles se arrodillarán junto a tu cama y te consolarán y llorarán por *ti!*

Las horas pasaron. El hacha del leñador se oía desde el valle, y las armonías de la brisa, desde el verdor de más arriba. Las sombras, una a una, comenzaron a aparecer sobre las rocas, y la neblina cálida ya se había desvanecido en el mar distante; pero las fugitivas aún se demoraban en la cueva; y la sufriente aún lloraba, y la consoladora, aún consolaba.

Un poco después, la mujer se agitaba con inquietud en su colchón de musgo. Sus ojos relampagueaban y se dilataban. Sus graves lamentos se hacían más profundos, convirtiéndose en gemidos, y desgarraba el musgo y las flores silvestres que tenía a su lado. Entonces, se incorporó un poco y se apartó el vestido del pecho, como si se sofocara de calor, suplicando a la muchacha, con voz lastimera, que tuviera piedad de ella, que aguantara a su lado un poco más, que permaneciera con ella hasta que llegara la hora de su muerte.

* * *

¡Consuélalo, Aimáta, cuídalo! En toda la isla sólo tú le darás la bienvenida. No le reprendas por su llanto, pues su nacimiento fue desdichado. El peregrinaje por el mundo es un peregrinaje de dolor, ¿por qué habría de sorprendernos, entonces, que el inicio del viaje se reciba con una lágrima?

¡Contempla cómo los rayos del sol se reflejan en su piel, cómo se extravían sobre el delicado dibujo de sus pequeños miembros, cómo anidan en los hoyuelos de sus mejillas redondeadas! ¡Y el aire, aunque invisible para *ti*, qué dulcemente se desliza sobre el seno del infante, qué ligeramente flota sobre su labio! Si la misma naturaleza parece seducirlo para que sonría... ¿quién vacilará en ayudar en un esfuerzo tan sagrado?

Las sombras se habían alargado y multiplicado, la fresca brisa de la noche ya se había levantado sobre la tierra y el sol se hundía rápidamente en el océano distante, cuando Aimáta, que aún estaba acariciando al niño, de pronto se interrumpió en su actividad.

Hubo un distante susurro entre los arbustos. Podría haber sido la caída de un coco o de una piedra suelta. Volvió a escuchar.

Después de un corto intervalo de silencio, volvió a sonar, esta vez más cerca. El ruido fue más prolongado. Corrió hacia Idía casi aturdida por el terror. El susurro se aproximaba, y su oído, entrenado en una percepción refinada desde la infancia, advertía que el sonido lo causaban pasos de hombre. Hablaron unos momentos. El tono de la mujer era dominante y tranquilo, el de la muchacha, alterado e implorante.

Al momento siguiente, Aimáta desapareció con el niño en dirección a las llanuras.

Idía se levantó y miró hacia el claro. De pronto, alguien oscureció el último rayo de luz solar que se derramaba a través de la boca de la cueva. Le reconoció, a esa distancia, por su alta y noble estatura, y (a medida que se acercaba) por la amarga burla en sus labios y la inflexible ferocidad de sus ojos. Era el Sacerdote.

—¡Vete! ¡Vete! —gritó ella, a medida que él se aproximaba—. ¿Qué haces aquí? ¡Vuelve con tus hechicerías y con tus dioses, pues el niño está salvado! ¡Lo que era mío, lo he preservado a pesar de ti! ¡Ha nacido! ¡Vive! ¡Crecerá bello y fuerte! ¡Avergonzará tu corazón con su gentileza cuando lo mires! ¡Hablará en el consejo de los valientes! ¡Caminará entre los guerreros del país! ¡Está salvado! ¡Le he visto! ¡Mi amado, sólo mío!

Se rió histéricamente, y había un terrible salvajismo en su mirada, mientras le instaba a marcharse.

Pero él siguió acercándose lentamente, murmurando, con una repugnante sonrisa cadavérica en los labios, y una expresión de ferocidad y lujuria mezclada en los ojos. Mientras observaba la parte exterior de la cueva, apenas notó a la mujer; y habiendo completado su inspección, se dirigió hacia el refugio interior.

Hubo una pausa, un breve silencio; y entonces, pudo oírle avanzando a tientas hacia la oscuridad más allá de ella, llamando con voz suave y tentadora: «¡Aimáta! ¡Aimáta!».

Una horrible sospecha le cruzó la mente. Miró hacia la entrada de la cueva. ¿Dónde estaba Aimáta? ¡Si la chica regresaba mientras el Sacerdote seguía allí...! Era demasiado espantoso para imaginarlo. Se volvió de nuevo hacia la oscuridad. «¡Aimáta! ¡Aimáta!».

Intentó levantarse. Apenas conseguía sostenerse en pie apoyándose en las paredes de la cueva; así que se tambaleó, ayudándose con las protuberancias de la piedra para llegar hasta la entrada de su refugio y allí montó guardia. Si la muchacha regresaba, podría hacerle una señal para que huyese, y así aún podría salvarla.

«¡Aimáta! ¡Aimáta!».

Ya podía oír su respiración profunda y apresurada. Al momento siguiente, lo tendría al lado. Al mirarla, sus dedos agarraron mecánicamente el aire, como si pensara que ya la tenía en sus garras asesinas. Avanzó, la sujetó ferozmente por el brazo, titubeó un instante, y entonces, apartándola mientras se reía y murmuraba, la dejó atrás dirigiéndose hacia los terrenos que había más arriba; y aún llamando, a intervalos: «¡Aimáta! ¡Aimáta!».

El sol se había puesto. El breve crepúsculo del sur pronto se extinguió, y sobre la superficie de las aguas se elevó la luna quieta y suave; pero la muchacha no apareció. ¡Una larga hora había transcurrido desde la partida del Sacerdote, y Aimáta aún no había vuelto!

¿La habría encontrado en los bosques? Idía se estremeció sólo de pensarlo. Con temor y pesadumbre, siguió vigilando. Unos minutos después, bajo la luz de la luna vio la figura de la muchacha avanzando cautelosamente hacia ella.

Llegó hasta la cueva. Su larga ausencia la había motivado un exceso de precaución. El infante dormía en sus brazos, y la sonrisa feliz y brillante había vuelto a su rostro inocente. Se deslizó junto a Idía y, dejando a la criatura en sus brazos, le besó la mejilla. Con ese gesto, la antigua ternura y amabilidad regresaron al corazón de la sufriente, y un último y pálido recuerdo de la belleza que ya se desvanecía en ella para siempre parpadeó en su semblante, mientras inclinaba la cabeza y sollozaba sobre el niño.

* * *

Fin del Libro Primero

LIBRO SEGUNDO

Thirst of revenge, the powerless will
Still baffled, and yet burning still!
Desire with loathing strangely mixed
On wild or hateful objects fixed,
Fantastic passions! mad'ning brawl!
And shame and terror over all!

COLERIDGE

¡Sed de venganza, la voluntad impotente,
aún frustrada y aún ardiente!
¡El deseo extrañamente mezclado con el aborrecimiento,
fijo sobre objetos salvajes u odiosos!
¡Pasiones fantásticas! ¡Conflictos enloquecedores!
¡Y por encima de todo, vergüenza y terror!^[2]

CAPÍTULO PRIMERO

DESDE EL PRESENTE HACIA EL PASADO

Había transcurrido otro año en la isla cuando Idía se detuvo junto a las orillas del Gran Lago, en el mismo lugar descrito en la introducción de este relato, y casi a la misma hora de la noche. En esta ocasión, sin embargo, no la acompañaba el Sacerdote, sino una mujer y un niño.

Después de detenerse unos momentos para descansar y deliberar, el pequeño grupo subió a una canoa que había sido abandonada en la orilla, y remó rápida y cautelosamente hacia uno de los extremos del lago, donde las rocas se elevaban escarpadas desde el mismo borde del agua, y los bosques que tenía detrás eran inmensos e impenetrables. Para llegar a su destino, la nave tuvo que dejarse arrastrar por la corriente hasta más allá de los riscos, mientras la mayor de las mujeres, sentada a la proa, examinaba minuciosamente, con la ayuda de la suave luz de la luna, todos los detalles de la escarpada orilla hacia la que se deslizaban. De pronto, hizo una señal a su acompañante al otro extremo de la barca, y al momento, con un golpe de remo, sus costados rechinaron contra la áspera superficie de las rocas.

En este punto concreto, la vegetación del bosque había encontrado un lecho de tierra en lo alto del despeñadero, y habiendo tomado la dirección descendente en su exuberante crecimiento, ahora colgaba tan baja que casi tocaba las aguas, y tapaba completamente una amplia arcada natural que en ese punto se formaba en la roca. Apartando con gran dificultad estos obstáculos naturales para su desembarco, las viajeras entraron en una ensenada natural cuya alargada y pedregosa playa había sido antaño accesible desde el bosque que había más allá, a través de un lóbrego vallecito.

Sin embargo, debido a la continua agresión de las zarzas y los árboles, esta cavidad boscosa se había vuelto infranqueable; y la única entrada practicable que quedaba *sin embargo* para la cala era desde el lago.

A juzgar por su semblante ansioso y apresurado, las mujeres sólo podían haber tenido un objetivo al buscar tal lugar en semejante ocasión: ocultarse. Habiendo arrastrado la canoa hasta la orilla y guardado su pequeña provisión de frutos del pan cocidos, dos arduos logros en una situación como la suya, en la que la luz de la luna apenas penetraba las enredadas masas de maleza en lo alto y el espacio real de tierra seca era muy limitado, se sentaron en su extraño escondrijo; la mujer más joven y el niño acunándose juntos; la mayor...

El lector ya habrá adivinado que los acompañantes de Idía en su vigilia junto a las aguas no eran sino los acompañantes de sus horas de miseria en la cueva solitaria. Aunque todavía una muchacha por edad y por sentimientos, Aimáta ya era una mujer por sus formas y su belleza. A *ella*, el tiempo sólo la había visitado para adornarla; a

los otros dos se había acercado para perjudicarlos. El niño, tan risueño en su nacimiento, en ese momento era débil y de tamaño diminuto, y extrañamente triste y poco infantil en apariencia. De los antiguos atractivos de la madre, apenas quedaba rastro. Sus labios pálidos y chupados, sus ojos hundidos y sus mejillas macilentas y ojerosas hacían un lamentable contraste con su antiguo ser. Aún le quedaba el encanto de la expresión, pero el encanto de los rasgos se había perdido para siempre.

Sin embargo, antes de seguir avanzando será necesario que observemos los incidentes más importantes del año que ha pasado desde el nacimiento del desventurado vástago de Ioláni.

Algunos días después de la escena de la cueva, Idía y Aimáta partieron con el niño hacia otra región de la isla, pensando que sólo así podrían escapar de las maquinaciones del Sacerdote. Viajando sólo de noche y manteniéndose cuidadosamente ocultas de día, consiguieron eludir los esfuerzos de Ioláni para impedir su huida, y llegaron a salvo a su destino. La parte del país que habían elegido para su retiro estaba gobernada, en el momento de su llegada, por un joven cacique representante de la autoridad del Rey, cuyos ancestros habían sido celebrados, no sólo por su destreza militar, sino por su apego y servicio a la corona durante varios reinados. El actual gobernante, sin embargo, aunque indulgente en el ejercicio de su autoridad y amado por la mayoría del pueblo, era el enemigo secreto y amargo del Rey imperante y de sus principales auxiliares en el gobierno de la isla. Un insulto de Ioláni originó este descontento con la causa real; y la renuncia del Rey (que actuó dominado por el miedo a su astuto hermano) a hacer justicia a la parte ofendida, lo confirmó. El cacique era demasiado sabio como para ofenderse inmediatamente por este atropello. Regresó a su región sin una palabra de protesta y aguardó pacientemente la ocasión de desquitarse; el momento de la llegada de Idía a sus dominios coincidió con su regreso después de sufrir esta injusticia a manos de las autoridades gobernantes.

Las fugitivas habían permanecido suficiente tiempo en su nueva morada como para ganarse las simpatías de la gente a causa de los pesares de la una y la belleza de la otra, cuando Ioláni descubrió su refugio y exigió imperiosamente a Mahíné (su protector) que las entregara por rebelarse contra su autoridad, y por ultrajar su alto y sagrado oficio. Complacido por la oportunidad que se le concedía de frustrar a su antiguo enemigo, el cacique rehusó satisfacer la solicitud del Sacerdote, hasta que hubiera demostrado, ante un consejo de los ancianos del país, la veracidad de sus acusaciones. Podría ser necesario añadir que Mahíné se sintió más animado a tomar esta valiente determinación por su apego a la muchacha Aimáta, y por su temor, conociendo el carácter de Ioláni, de perderla para siempre si la entregaba a sus manos.

Demasiado inseguro de su poder e influencia como para arriesgar ninguno de los dos en la peligrosa prueba de una acusación falsa, el Sacerdote abandonó su primer plan para obtener la posesión de las fugitivas. Revelarse como un sensualista serviría

más para aumentar que para disminuir su reputación entre los sensuales habitantes del país, pero arriesgarse a ser descubierto como un mentiroso y un hipócrita sería, para alguien en su situación, un error fatal. Su astucia aún dominaba a su sed de venganza, y sabía por experiencia que la mejor garantía de éxito era aguardar la oportunidad y no provocarla.

Habría sido fácil para él, utilizando su influencia sobre su hermano, obtener por la fuerza lo que se le negaba mediante subterfugios, pero había tres objeciones válidas para emprender semejante curso de acción. La primera era la necesidad de implicar al país en una guerra para complacer sus deseos. La segunda era la pérdida de popularidad por el apego del pueblo a su víctima, además del riesgo existente para su poder y su existencia, si fueran derrotados en la batalla; y la tercera, aun suponiendo que la fuerza, como suele ser habitual, triunfara sobre la justicia, era la certeza de que al satisfacer así su venganza estaría asegurando, más que su victoria, el convertir a Idía en una mártir.

Que nadie considere imposible que una ofensa tan trivial como la de Idía provocara en el corazón de Ioláni tan letal determinación de venganza. Era un hombre que odiaba y amaba en exceso. No poseía emociones inferiores; o, más bien, ninguna emoción que naciera dentro de él crecía en la mediocridad; si no perecía al nacer, en seguida se convertía en una pasión dominante. En este caso, la mera indiferencia inmediatamente maduró en odio implacable. Todo lo que ahora viese o sintiera le afectaba sólo de una manera. Acciones e incidentes aparentemente insignificantes, inconscientemente los distorsionaba para convertirlos en refuerzos directos de su único y absorbente deseo. Dormido o despierto, trabajando o descansando, de forma lenta pero segura alimentaba el fuego que ardía en su interior. No tenía nadie con quien compartirlo y, en consecuencia, nadie que debilitara su intensidad, pues era un rasgo destacado de su carácter el no confiar jamás en nadie, ni sincerarse con un amigo. La virtud de no traicionar nunca a un camarada es una virtud humana muy común, pero la virtud de no traicionarse nunca a uno mismo es la más rara de las facultades. Este don, necesario para un hombre bueno, es indispensable para un villano; y el Sacerdote lo poseía.

Que nadie piense que al extendernos tanto sobre la astucia política de los gobernantes y el talento para la estrategia entre las gentes de las islas del Pacífico, estemos refiriéndonos a una capacidad para la intriga, una inteligencia hábil y aguda, demasiado refinada para existir en ninguna otra comunidad civilizada. Aunque los habitantes de la Polinesia son deficientes en todo lo que es intelectualmente elevado y abstracto, sin embargo no son en absoluto limitados en aquellas cualidades mentales originadas en las circunstancias y la experiencia. Su política ha tenido su Maquiavelo, y su campo de batalla su César; aunque su religión nunca haya tenido un Lutero, ni su idioma un Homero. Como nación, de las *verdaderas* virtudes mentales tienen pocas, si es que tienen alguna; de las *dudosas* tienen muchas, si no todas.

Frustrado, pero no desalentado, Ioláni partió del territorio del cacique. Su

reputación entre el pueblo nunca había sido tan elevada como en aquellos momentos. El círculo de los partidarios de Idía en su tierra natal había empezado a disminuir. Se divulgó que era una burla pedirle al Sacerdote que demostrara lo que debía haber sido creído sólo con que un hombre como él lo afirmara. Se corrió el rumor de que, a su regreso de la región de Mahiné, el Rey, indignado por la falta de respeto del cacique hacia su hermano, le había ofrecido su ejército para arrasar el detestable territorio, y que Ioláni había preferido sufrir las indignidades arrojadas sobre él que implicar al pueblo en la guerra, que sólo llevaría el sufrimiento a los inocentes por causa de los culpables. Algo semejante no se había visto nunca. Era la primera muestra de consideración por la vida humana por encima del deseo de satisfacer una enemistad privada que se había producido en la isla. Guerreros de rango y renombre corrieron en tropel a Ioláni para ofrecerle sus servicios como asesinos privados; pero, con la mayor amabilidad y dignidad, aunque alabó su fidelidad, rehusó inflexiblemente el método que habían elegido para demostrarla. Pronto, las conferencias del Sacerdote con sus dioses se hicieron más largas y más frecuentes, y se murmuraba que su ultrajada dignidad sería vengada mediante una intervención divina, y no por medios humanos.

Mientras, en la región de Mahiné, las cosas no iban tan bien como de costumbre. En sus vagabundeos amorosos con Aimáta, el cacique siguió mostrándose tan amable como siempre, pero ante sus consejeros y guerreros sus maneras se volvieron malhumoradas y lúgubres. Su demorado triunfo sobre Ioláni le había hecho desear victorias más importantes sobre su antiguo enemigo, y se irritaba con los obstáculos que la prudencia le obligaba a oponer a sus propios deseos. Dejaba caer vagas alusiones a la imbecilidad y la inutilidad del Rey, y a las ventajas que se derivarían para el pueblo y para él mismo de una ampliación de su región. Estas alusiones no eran ignoradas por aquellos a los que se dirigían, y los más sabios entre los hombres de guerra empezaron a afilar en secreto sus armas.

También el grueso del pueblo, aunque ignorante de la traición que se incubaba entre sus nobles, se había vuelto indolente y descontento, y, por lo tanto, estaba listo para seguir la consigna de la rebelión, si es que ésta era pronunciada. La atención de su cacique hacia ellos había disminuido últimamente. Se había visto a extraños merodeando entre ellos, y algunos fueron tan lejos como para declarar que Ioláni era uno de esos. Todo aquello escondía un misterio que eran incapaces de comprender, y esta falta de entendimiento por su parte, en contraste con el que evidentemente sí disfrutaban los intrusos, los amargó rápidamente. Además, muchos de sus jefes guerreros habían mostrado recientemente un interés especial en exigir de sus posesiones agrícolas los tributos que una costumbre injusta les permitía obtener. Éstas, y muchas otras causas, contribuyeron a difundir rumores, cosa que Mahiné observó complacido, pues ayudaba convenientemente a que se adaptaran a sus sediciosas intenciones. La victoria sobre el Rey no sólo aseguraría la ruina y la caída del Sacerdote, sino que le garantizaría el trono. La ambición y la enemistad le urgían

a intentar tan gloriosa hazaña. Podía contar con muchos desafectos de diferentes partes del país y de otras islas. El número de sus propios guerreros era, a pesar de la larga paz, importante; y consideraba seguro el resultado de su empresa si podía obtener la aprobación del pueblo y el favor de los dioses antes de emprenderla.

Durante algunos meses, las cosas siguieron igual en la isla, hasta que volvió el verano y los planes que la Ambición y la Venganza habían trazado tan hábilmente estuvieron listos para ponerse en marcha.

Fue en esta época cuando Mahiné volvió a hacer una solicitud personal al Rey respecto a su vieja rencilla con el Sacerdote. Su petición, como esperaba y deseaba, fue tratada con desdén; y abandonó la morada real amenazando con deshacer la afrenta con sus propios medios, ya que la mediación de las reglas del país le había sido injustamente negada por segunda vez. Ese mismo día, bandas escogidas de merodeadores de la región del cacique hicieron incursiones contra los territorios directamente vigilados por el Rey, saquearon y asolaron las moradas de los laboriosos campesinos con despiadada crueldad y regresaron triunfantes a su campamento. El cuartel general exigió que fueran entregados al gobierno, demanda que fue rechazada; y los mensajeros que llevaron la requisa fueron golpeados y maltratados salvajemente en presencia de los jefes rebeldes. Estos actos de violencia fueron inmediatamente vengados por parte del Rey. Las antaño pacíficas aldeas de la costa se convirtieron en escenarios de disturbios y matanzas; y los campesinos, abandonando sus posesiones, se refugiaron con sus mujeres e hijos en los campamentos de sus respectivos gobernantes. La bandera del Rey fue enviada por toda la isla para reunir a sus soldados; Mahiné no dejó de probar ningún medio para extender la traición en el país, y solemnes preparativos para el comienzo de la guerra se emprendieron en cada bando.

Primero, ambas partes ofrecieron un sacrificio humano. Los unos, para poner a los dioses a favor de su traición; los otros, para obtener su ayuda en la justa causa de la defensa del Rey y la nación. Después, por parte de Mahiné, pudieron verse los apresurados y desesperados preparativos propios de los hombres que se rebelan. Bandas de forajidos de otras islas, sedientos de sangre, deseosos de matar, luchadores a favor de la gran causa de la matanza, desembarcaron en las playas y se unieron al campamento rebelde. La misma temeridad ante las consecuencias, la misma ansia de gloria Presente y de desafiar al Futuro animaba todas las filas y todos los temperamentos. Era terrible ver el desánimo de los más bondadosos entre la población, las mujeres y los niños, ante la perspectiva de la rapiña y la sangría que ahora se planteaba. En algunos, una salvaje hilaridad, repugnante en semejante momento, reinaba suprema. Otros contemplaban atónitos los preparativos para la batalla. Aquí podía verse a una mujer adornando con infantil deleite los pertrechos del guerrero. Allá, se observaban jovencitas correteando jubilosas por el campamento, y aumentando con su presencia el salvaje y furioso regocijo de los soldados impacientes por entrar en combate. Endurecidos por los torrentes de sangre

procedentes de los sacrificios de hombres y bestias, los niños jugaban con los atroces despojos de las ofrendas a los dioses, sus agudos chillidos ahogados, bien por el mar de voces procedente del campamento, bien por los berridos de los hombres y los animales torturados, bien por los gritos de los enfurecidos sacerdotes que profetizaban el éxito de los rebeldes y amontonaban las más horribles maldiciones sobre la cabeza del enemigo. Entonces, en la lejanía, destrozando el pavoroso silencio que dominaba las aldeas abandonadas, se oían las pisadas apresuradas de los nuevos reclutas corriendo hacia el campamento. Desde los bosques y los páramos, su feroz semblante pálido y espectral bajo la luz de la luna (pues viajaban de noche), marchaba el campesino, con la cachiporra armada con dientes de tiburón sobre el hombro; el jefe, con la espada de acero de tres hojas y el turbante enrollado en la frente; y los jóvenes, con sus lanzas y sus hondas. ¡Corrían cantando sus salvajes canciones de guerra, exultantes ante la perspectiva del combate! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Engrosando con cada hora las criminales filas de la brutalidad, se apresuraban a llegar al lugar de reunión; y el corazón de Mahiné saltaba en su pecho al ver cómo se derramaban desde lo alto del campamento!

Este ambiente de caos y libertinaje duró varios días. Los preparativos para la guerra, siempre complicados y numerosos en las islas del Pacífico, fueron en esta ocasión particularmente lentos por ambas partes. Los ritos solemnes, sin embargo, continuaron con absoluta regularidad hasta que por fin sólo faltaba el último sacrificio humano para conmemorar la partida de los guerreros.

En el bando del Rey, durante el periodo descrito con anterioridad, la convocatoria para la batalla se llevó a cabo con relativo orden y disciplina. La confusión, habitual entre el pueblo en tales ocasiones, apenas podía observarse en el campamento real, pues el populacho estaba concentrado en un solo objetivo, la captura de la última víctima para el dios de la guerra; es decir, la captura de la pobre desgraciada que había sido objeto del antiguo amor y de la actual enemistad del gran Sacerdote.

Mientras los altares aún apestabán con los sacrificios preliminares, convocó a toda la masa del populacho y ordenó, con feroz elocuencia, que obedecieran los requisitos de su dios y capturasen, como víctima que debía cerrar las ceremonias de la guerra, a la desventurada Idía. Utilizó todas sus artes para excitar sus pasiones y para halagar su valentía y astucia. Presentó su anterior falta de interés en vengarse de la ofensa de la mujer como el resultado de una comunicación directa por parte del ídolo, que le ordenaba que reservase a la malhechora para su propio capricho y placer. Declaró solemnemente que ahora había llegado la hora señalada, que el dios por fin reclamaba su sacrificio y que el éxito en la batalla estaba próximo, pendiente sólo de esa ofrenda. El efecto de este llamamiento fue instantáneo. La energía salvaje de sus palabras, la mezcla de dignidad y excitación en su porte, su conmovedora expresión de dolor, que el ídolo sólo pudiera ser aplacado por la muerte de aquella a quien él había amado antaño y a la que ahora compadecía y perdonaba con sinceridad, todo ello inflamó los corazones y despertó la reverencia de las multitudes supersticiosas.

Cuadrillas de los espías más expertos que poseía el campamento salieron inmediatamente hacia la fortaleza del enemigo. Estaban decididos a arrebatarse a la víctima, viva o muerta, de entre las filas de los rebeldes.

Pasaron dos días, y al tercero los perseguidores regresaron, desanimados y avergonzados. Al principio, habían intentado capturar a la mujer mediante estratagemas, para que pudiera ser ejecutada victoriosamente en el altar del dios, pero sus esfuerzos habían sido inútiles. Después habían intentado abiertamente, mediante sobornos, incitar a los más descontentos de entre los provincianos a traicionar el lugar de su escondrijo, pero la respuesta de todos los que habían intentado corromper fue la misma: «Había abandonado el campamento y no sabían dónde estaba». Era imposible que pudiera haber escapado de Tahití, pues las canoas del Rey vigilaban el mar alrededor del territorio de Mahiné, para interceptar cualquier comunicación con las islas vecinas. De vuelta a casa, habían registrado cuidadosamente todos los posibles escondrijos; algunos de sus camaradas, que aún seguían de guardia, todavía podrían encontrarla, pero, lo que era por su parte, habían fracasado completamente.

Y no era de extrañar que su empresa resultara inútil. Mientras Ioláni enviaba sus espías, Mahiné no había estado ocioso, utilizando los mismos medios para informarse de lo que acontecía en los consejos del Rey. Sus emisarios habían asistido a la convocatoria del pueblo realizada por el Sacerdote, y sin demorarse más que para oír el asunto principal de la arenga, habían corrido de vuelta al campamento rebelde con la información, pues juzgaron que, debido a la íntima conexión e influencia de la mujer sobre su amada, el cacique querría ponerla a salvo de la venganza del implacable Sacerdote.

Estaban en lo cierto. Mahiné, en el momento en que conoció las noticias, mandó llamar a Idía y su acompañante, pero no pudieron encontrarlas. Uno de los espías había comunicado despreocupadamente la información a algunos ociosos a las puertas del campamento, y se había divulgado velozmente, pasando de boca en boca hasta llegar a oídos de Idía y la muchacha. Fueron buscadas por orden del preocupado cacique, pero sin éxito. Se suponía que habían aprovechado la confusión de la aldea para escapar. Todo lo que se pudo averiguar de ellas fue lo poco que se sacó de un viejo medio tonto que declaró que las había visto pasar en los límites del bosque, y a quien la mujer había ordenado que diera el siguiente mensaje a Mahiné:

—Ten valor, yo la protegeré para *ti*; pelea rápida y tenazmente, y Aimáta será tu recompensa.

La escena descrita al inicio de este capítulo será suficiente para que el lector conozca el destino de la fuga de Idía. Horrorizada por el crimen y la confusión resultantes de los preparativos para la guerra, y temiendo por la inocencia de la muchacha al verse rodeada de semejante caterva de miserables, llevaba algún tiempo meditando la posibilidad de refugiarse lejos del estruendo de las aldeas, en el silencio de los bosques. La información sobre el destino que la aguardaba, la hizo decidirse de inmediato. La repugnaba, pero no la abrumaba, la terrible exhibición de la

perversidad de Ioláni. El peligro y el dolor ya la habían perjudicado todo lo que podían, y fuera cual fuese su forma, ahora llegaban como acompañantes y no como desconocidos. En un instante comprendió su posición. Nadie sabía tan bien como ella lo profunda y compleja que era la astucia del Sacerdote. Si dependía de otros para su protección, estaría expuesta a la traición; pero, si confiaba sólo en sí misma, sabría que su escondrijo estaría a salvo de que nadie lo descubriera mediante la fuerza o el fraude, y sólo podría ser revelado por la casualidad. Sólo aguardó a consultar los deseos de Aimáta, cuya situación era menos peligrosa que la de ella misma, antes de iniciar la fuga. La muchacha, aterrorizada por todo lo visto y oído bajo la protección de su amado, no dudó un instante en su decisión, y ambas partieron juntas hacia los bosques.

Al elegir Vahíria como lugar de refugio, Idía se lanzó sobre su única posibilidad de salvarse del peligro inminente. Había cuevas a las orillas del lago conocidas sólo por el Sacerdote y por ella misma, y como eran escasas las posibilidades de que, en un momento tan crítico para la nación, Ioláni pudiera permitirse emprender la búsqueda en persona, aquél era el lugar que mayor seguridad le ofrecía. Durante algunos días se escondieron en los distintos rincones y grietas al borde del agua, reuniendo unas escasas provisiones; completada esa labor, llegaron hasta el extraño escondite descrito al inicio de este capítulo.

Ioláni, aunque furioso por el resultado de la misión, ni se desanimó ni flaqueó. Vio que el fracaso en la búsqueda de la víctima había disminuido el interés de algunos por las ceremonias sagradas, y que había desencantado a otros. Por lo tanto, arriesgarse ahora a la batalla era casi asegurar la derrota. Descubrió, gracias a la información proporcionada por sus espías, que el enemigo había terminado sus ofrendas y estaba a punto de marchar contra él. Tras consultar con los jefes guerreros, organizó una poderosa partida elegida entre los forajidos de su bando para que pudiera librar una escaramuza, con el fin de detener el avance de los rebeldes. Para esta banda, la menor posibilidad de practicar el pillaje y el derramamiento de sangre era tanto estímulo para enfrentarse a todo un ejército como el favor declarado de su dios. Ayudados por un mejor conocimiento del terreno, mataron hombre a hombre a los insurgentes, cuya fuerza principal, ignorante del número real de sus asaltantes e incapaz de actuar en plenitud en un espacio tan reducido, se vio dominada por el pánico y retrocedió hasta su fortaleza en medio de la confusión.

Este golpe de fortuna parecía asegurar el éxito de Ioláni en el objetivo que anhelaba con toda su alma. Muy probablemente, pasaría mucho tiempo antes de que los rebeldes volvieran a estar capacitados para plantar batalla, y en ese periodo tendría suficiente oportunidad para buscar a la fugitiva y saciar su venganza. El pueblo era más que devoto de su causa. Contemplaban el éxito en la escaramuza como una manifestación directa del favor de su dios, y el clamor reclamando a la víctima se elevó cada vez más alto entre sus filas. La noche del día de la victoria, Ioláni hizo una nueva convocatoria para la mañana siguiente, ante los muros del

templo, para escuchar el resultado de otra súplica al dios y averiguar si aún deseaba el sacrificio de la víctima que había exigido en la anterior ocasión, pues el Sacerdote declaraba que su esperanza de salvar a la mujer, aplacando a Oro con otras ofrendas, era el único motivo de que se aventurara a hacer una segunda súplica al oráculo de la Guerra.

Hasta ese punto, pues, había avanzado esta intrincada trama de acontecimientos, cuando el populacho se preparó aquella memorable mañana para atender a la solemne invitación del Sacerdote. Una temeraria sensación de triunfo y alegría llenaba todos los corazones, y los antaño formidables insurgentes eran ahora desdeñados. Si menospreciar de esta manera a los rebeldes era sabio, es algo que se verá a continuación.

CAPÍTULO II

LA RESPUESTA DEL ORÁCULO

La construcción consagrada a Oro, la deidad del campo de batalla, era en apariencia tan sólo una gran masa de gruesos muros de piedra, excepto en el lado más próximo al mar, donde una especie de pirámide ascendía mediante escalones empinados y rugosos, rompiendo la monótona regularidad de la estructura. Sobre esta elevación se situaban las imágenes de los dioses inferiores de la guerra, que en ocasiones excepcionales eran sustituidas por el temido y formidable ídolo de Oro. La mayoría del pueblo aguardaba que el sacrificio que esperaban contemplar tuviera lugar precisamente delante de esta construcción. Así habían actuado siempre los astutos gobernantes del país, debido a la originalidad de este método y su consiguiente capacidad para producir la excitación y la reverencia del populacho.

La ausencia de grandes ornamentos en el templo era compensada por la exquisita belleza de su emplazamiento. Se erigía aproximadamente a una milla de la costa, donde una ligera elevación del terreno le daba una posición imponente y dominante. La orilla del mar, en general salpicada de rocas, en este punto concreto estaba limpia de cualquier añadido, y la vista del noble océano, ya tupido por las canoas, era interminable. Entre la playa y el verde césped que se extendía frente al templo, se disponían los jardines de los nativos, exuberantes de frutas y flores, y en delicioso contraste con la regularidad de las lisas arenas que había más allá. Después, venía la apacible calma de la parte del mar protegida por los arrecifes de coral, y aún más lejos, interrumpiendo a esos guardianes naturales de la costa, había dos islitas perdidas en el océano, cada una con su dosel de altos cocoteros, y su capa de verdor fresco y agradable; y por último, siendo la visión más lejana y noble a los ojos, su ilimitada extensión de aguas reluciendo bajo la gloriosa luz del sol y sus poderosas olas rugiendo con triunfal grandeza sobre la robusta barrera de roca, se abría el grandioso Pacífico.

Ahogadas por el musgo y las flores silvestres, y cubiertas por todas las variedades del follaje, las rocas que rodeaban la costa lejana tenían un aspecto de suavidad y fertilidad que se combinaba deliciosamente con las apacibles características del escenario de tierra adentro. Los inmensos trechos de bosque que había a espaldas del templo, interrumpidos aquí y allá por la presencia de pequeñas aldeas, y desgarrados en todas las direcciones por avenidas y senderos, formaban una visión agradable por su frescura y tranquilidad, después del fulgor y la animación de la visión marina; mientras, las montañas lejanas, bellas en la distancia y rodeadas por suaves y fértiles colinas, perdían su aridez y parecían descender alegre y suavemente hacia los valles felices que tenían a sus pies.

Ahora que el sol se había elevado sobre esta tierra dichosa, paseándose despreocupadamente por sus caminos y avenidas, la población de la zona se dirigía hacia el templo. El viejo calvo y la muchacha con corona de flores, el guerrero con su brillante indumentaria roja y amarilla, y la joven madre con sus ropas blancas, todos llegaban alegremente desde los pasajes de los bosques, y se disponían ante el altar del dios de la guerra. Sin embargo, aún no había ninguna señal del inicio de la ceremonia, y las festivas gentes, rezagándose por los jardines, se dedicaban a sus divertimentos sin ningún gesto de impaciencia por el inesperado retraso.

¿Qué les importaban a *ellos* las solemnidades que se habían reunido para contemplar? El Pasado y el Futuro no significaban nada para *ellos*, el Presente era lo único que les preocupaba, y muy duro tenía que ser para que lo recibieran con alguna queja. Idía y su huida habían sido olvidados en la frescura y el sol de la mañana, y las miserias de la batalla que se avecinaba quedaban veladas y ocultas en la animación y la alegría que precedía a su llegada. ¿Qué eran para ellos las lágrimas de los días pasados, y el dolor que aún pudiera afligir sus hogares? Vivían y reían con el amanecer de cada día, y en él encontraban defensa contra los males que pudiera traer la noche.

Por todas partes se dispersaban; algunos, a reposar en la sombra, otros, a su baño matutino en los arroyos de agua fresca que descendían hacia el mar. Los ancianos se dirigían a sus asientos, y los jóvenes se apartaban para pasear amorosamente por las avenidas. Los recién llegados añadían nueva animación a la escena. Todos se sumaban libremente a los grupos formados por sus vecinos, cualquiera que fuese su carácter, excepto los caciques guerreros, que caminaban lúgubrementemente aparte, meditando sus planes para la inminente batalla. La risa y la confusión estaban en su punto álgido cuando los sonidos de un canto salvaje se elevaron sobre el ruido y el tumulto de los reunidos ante el templo.

Inmediatamente, los bailarines cesaron en sus evoluciones, los ancianos se levantaron de sus asientos, los amantes salieron corriendo de sus escondrijos, los bañistas abandonaron el agua, las madres y los niños emergieron de las sombras, y los nadadores que retozaban contra las olas y apenas habían iniciado su peligrosa diversión, se volvieron hacia la playa. Los viejos y los jóvenes, los serios y los joviales, todos se alzaron como si les dominara un impulso común y corrieron en dirección a las voces salvajes y caóticas.

Un momento después, saltando enfurecidamente como maníacos o demonios, los miembros de la misteriosa fraternidad Areoi (los actores ambulantes de Polinesia) emergieron de las avenidas y, haciendo retroceder de nuevo a la impaciente multitud hasta que se detuvo en la parte más baja del césped, se prepararon para su salvaje representación.

Esta cofradía de libertinos tenían más apariencia de espíritus malvados que de seres humanos. Sus cuerpos estaban pintarrajeados con carbón de la manera más grotesca y, a la vez, repugnante. Sus caras las desfiguraba un tinte escarlata brillante y

sus cabezas y cinturas las ornamentaban guirnaldas de hermosas hojas amarillas y rojas. A la maligna influencia y ejemplo de estos suministradores de entretenimiento popular podrían atribuirse los peores rasgos del carácter polinesio. Reverenciados como sagrados y directos descendientes de los dioses, sus peores crímenes y exacciones quedaban impunes y sin castigo. Entregados a la indolencia y la iniquidad, viajaban de región en región, interpretando sus extrañas representaciones que condescendían con los peores vicios de la naturaleza humana. En la presente ocasión interpretaban su despedida, pues las extraordinarias ceremonias preliminares que anunciaban sus representaciones ya se estaban preparando en otra parte de la isla.

Sonoras fueron las carcajadas del populacho inconsciente cuando un miembro de la banda comenzó la diversión con un elocuente discurso que ridiculizaba la inminente guerra y sus principales actores en ambos bandos. La sátira de los acontecimientos públicos y de las personas públicas era el máspreciado de sus privilegios, y en esta ocasión lo ejercieron sin reparos. La alocución fue seguida por una especie de coro cantado con extraordinaria velocidad y animación por todos los miembros de la compañía. Una vez hubo terminado, se levantaron y comenzaron su danza final.

Girando en las más intrincadas evoluciones, sus movimientos, aunque groseros, distaban mucho de ser repugnantes debido a la salvaje y pintoresca gracia de cada gesto. El más refinado libertinaje de los países civilizados no podría inventar exuberancia alguna más peligrosamente fascinante para la vista, o más fatalmente destructiva para el carácter, que los laberintos de la danza Areoi, siempre sorprendentes y variados. La fatiga parecía tan desconocida para los intérpretes como el hartazgo para el público. Viejos y jóvenes, mujeres y niños, se apiñaban alrededor de la compañía, contemplando con ruidoso deleite la exhibición, mitad grotesca, mitad pavorosa. El movimiento de los bailarines era cada vez más salvaje, su discordante música cada vez más estridente, y cada vez más fuertes se elevaban los aplausos de los espectadores. Es difícil imaginar el tumulto de la escena en ese momento, y aún más difícil describirlo. Por muy furiosas que se hubieran vuelto ahora las risas, parecía poco probable que decreciesen, a pesar de la asombrosa duración del entretenimiento. La orgía, ciertamente, podría haber continuado casi sin interrupción hasta altas horas de la noche, de no ser por la aparición en la pirámide del templo, en ese momento, de uno de los sacerdotes inferiores, cuya presencia parecía señalar el inminente anuncio de la respuesta del oráculo. Así pues, la volátil multitud, en el momento en que le percibió, abandonó su frenético entretenimiento y corrió con semblantes extrañamente alterados hacia la escena de la ceremonia más importante.

Salvo por algún murmullo que surgía ocasionalmente de sus filas, ahora la asamblea estaba completamente en silencio. Tras otro intervalo de expectación, la paciencia del populacho fue por fin recompensada por la aparición de Ioláni sobre el sagrado pináculo.

Para completo asombro de la multitud, su porte se distinguía por una tranquila solemnidad, extrañamente distinta de los habituales accesos de furia de los sacerdotes cuando comunicaban las órdenes del oráculo. Había algo en su actitud inmóvil y dominante y en su posición solitaria y elevada que sobrecogía a los valientes y aterrorizaba a los pusilánimes; y antiguas tradiciones del poder y la opresión sacerdotal despertaron en sus recuerdos mientras iban acudiendo desde los recintos anexos al lugar sagrado para aguardar silenciosamente la alocución del mayor de los ministros de su tiránica y misteriosa religión.

Durante los primeros minutos, Ioláni dirigió una mirada penetrante y colérica a la multitud. Después, avanzando un par de pasos, habló con voz grave y pesarosa a los reunidos:

—¡Afligíos, gentes del país, por vuestros hogares y vuestras posesiones, vuestra felicidad y vuestro honor, vuestras esposas y todo lo que habéis amado, pues Oro sigue sin haber sido saciado, el altar aún está vacío, vuestra tierra nativa aún no ha sido consagrada por la sangre del sacrificio!

»¡Os miro y veo que los hombres valientes, que han recorrido los laberintos montañosos desde su juventud, están ahora temerosos de cruzarlos! ¡Miro a la muchedumbre y contemplo a los que han alardeado en el campamento de su astucia, los que han proclamado su inteligencia en los consejos de los sabios! Pero, ¿dónde están sus ardidés en la hora de la necesidad? ¿Se los dejan a Idía, en su escondrijo de las montañas? ¿O los guardan con las mujeres y los niños del país?

»¡Buscadla! ¡Buscadla! ¿Es que no hay estímulo para buscar la victoria en los bosques? ¿Es que no hay ánimo de obedecer a Oro en esta empresa? ¿Abandonaréis a vuestro dios, vosotros que sois sus devotos, cuando él ha combatido por vosotros sin que lo propiciarais? ¿Seréis burlados por una mujer, vosotros que sois valientes, que sois terribles entre los guerreros del país?

»¿Quién hay entre vosotros que no tema a la muerte, si la vergüenza va a escribir el epitafio en su tumba? ¿Quién de vosotros desea la vida, si el deshonor empaña vuestro hogar y las mofas os persiguen a donde vayáis?

»Pero así será vuestro destino, si no se da satisfacción a Oro. No creáis que porque habéis vencido en la primera escaramuza, también vais a vencer en la batalla que se avecina. El dios os ha animado al principio, para que le obedezcáis mejor al final. La lucha en el bosque no fue una señal de victoria, sino una orden para que os sometierais a la voluntad de los Espíritus de la Guerra.

»Tened cuidado, pues Mahiné es astuto, y los corazones de sus guerreros tienen sed de contienda. ¿Acaso el primer árbol que derribasteis en el bosque doblegó la tozuda resistencia del resto? ¿Con la primera fila de rebeldes que habéis matado, se ha destruido el poder del gran ejército que venía detrás? ¿En la gran y terrible batalla que se avecina, no necesitaréis más inspiración que vuestro odio? ¿No necesitaréis más ayuda que vuestras armas bélicas?

»¡Dirijo mis ojos hacia la inmensidad del océano, y veo cómo elevándose

sigilosamente desde su superficie, el viento de la mañana sopla sobre la tierra! ¡Las flores, en su belleza, se inclinan ante su victoriosa llegada! Las hojas del bosque, en su abundancia, se mueven y desperdigan ante su rápido avance. Sobre las nobles cumbres y bajo los rincones secretos de los valles y las rocas, se abre camino. Pasa por encima de todo. ¡No hay nada en la tierra que pueda hacerlo retroceder, y así, regocijándose en su poder, supera los obstáculos del terreno y regresa una vez más a las salvajes aguas que hay más allá!

»De la misma manera se alzan sigilosamente en su lejano territorio las huestes del enemigo. ¡De la misma manera (con el Dios de la Guerra insatisfecho) cederán vuestras bellas mujeres a la voluntad del opresor! ¡De la misma manera vuestros numerosos guerreros serán dispersados por el avance del bando victorioso de Mahiné, y de la misma manera, imponiéndose a través de vuestras costas, volverán a sus hogares seguros y triunfantes!

»Por lo tanto, no desesperéis ni flaqueéis en la búsqueda. Viva o muerta, atrapad a la víctima y todo saldrá bien. Traedla ante los muros del templo y el enemigo huirá de vosotros. ¡Las más bellas de sus mujeres y las mejores de sus posesiones caerán en vuestras manos; y los más orgullosos de los jefes rebeldes se humillarán a vuestros pies, pues así me lo prometió anoche en una visión el Dios de la Guerra!

Aquí el Sacerdote hizo una breve pausa para observar el efecto que su arenga tenía sobre la multitud. Excepto los lamentos de las mujeres o el ocasional gemido de algún niño aterrado, el más completo silencio reinaba sobre el auditorio. Los hombres, en grupos separados, o bien se agachaban silenciosamente sobre la tierra, o bien caminaban preocupados alrededor del círculo exterior de la muchedumbre. La alocución de Ioláni parecía haberles preparado más para la derrota que para asegurar la victoria, y la misma desesperación ominosa y tenaz se expresaba en los semblantes de todos.

Enseguida (ahora en un tono feroz y excitado) volvió a hablar el Sacerdote.

—¿Están abatidos los guerreros? —gritó—. ¿Ha abandonado su determinación a los valientes? ¡Que la recuperen! ¡Buscad sin desfallecer y la victoria aún será vuestra!

»¡Pues yo sí, yo el amado de Oro, el compañero del dios, os conduciré en vuestra búsqueda! ¡Guiado por los espíritus de vuestros padres, protegido por el Arbitro del campo de batalla, a mí la astucia no puede confundirme ni fatigarme! ¡Que los jóvenes se adelanten! Que los mayores y los débiles permanezcan aquí suplicando. ¡Juro por la gloria de Oro que el sol de mañana se levantará sobre el altar para iluminar por fin el sacrificio!

El efecto de estas palabras fue eléctrico. Los hombres, con un solo impulso, se levantaron y agruparon alrededor del pináculo desde el cual Ioláni se había dirigido a ellos. Ser conducidos por él era una señal de éxito para todos, y una prueba de entusiasmo por la causa del dios que nunca antes había sido concedida por un dignatario del país. Maravilloso ejemplo de la tiranía de la superstición sobre el

corazón, era la influencia de este hombre sobre su pueblo. Apenas salió una palabra de sus labios, se consideró inspirada directamente por un mundo distinto y más noble; y mientras que el abatimiento que había caracterizado la primera parte de su arenga había hundido a su audiencia en las más hondas profundidades de la miseria y la desesperación, la enérgica arrogancia de la segunda tuvo, por extraño que parezca, el poder de producir una instantánea y completa revolución en sus sentimientos.

En aquellos momentos, nada podía igualar el entusiasmo de la asamblea. En un periodo de tiempo asombrosamente corto, se reunieron los soldados y los espías, se situaron los centinelas, se apartaron las mujeres y los niños, y se organizaron tres cuadrillas distintas de buscadores, la más numerosa y disciplinada de las cuales fue inmediatamente encabezada por el astuto Ioláni y dirigida hacia Vahíria.

Esa noche, el sol se puso entre nubes espesas y coléricas; y, mientras los congregados se separaban y se encaminaban a sus hogares, los ancianos y los experimentados previeron una inminente tormenta.

CAPÍTULO III

LA PERSECUCIÓN

Si alguna vez forzó Ioláni sus energías hasta el límite, fue en esta ocasión. Ésta era su última oportunidad para vengarse de Idía y para conservar su prestigio como oráculo del Dios de la Guerra. Todo lo había apostado al éxito de su persecución, y estaba decidido a presentar una terrible batalla antes de perder. Ahora todas las responsabilidades recaían sobre él. En esta importante crisis de los asuntos de estado no podía contar con el escaso margen de poder propio del Rey. Los grandes caciques ni le aconsejarían ni le ayudarían en nada, y el favor de Oro aún no había sido obtenido. Carecería de ayuda o de compañía en sus esfuerzos hasta que consiguiese el sacrificio. Si triunfara en esta empresa, su gloria alcanzaría el cenit; si fracasara, su caída sería irrevocable y completa.

Ahora no había tiempo para demoras. Atravesaron las pequeñas aldeas de los valles siguiendo los senderos de las colinas cubiertas por el bosque, y ascendieron por los barrancos en las vertientes de las montañas, hasta que dejaron atrás las regiones habitadas y llegaron, a la caída de la noche, a la espesura de Vahíria.

La distancia entre el templo y el lago, cuando se cruzaba sin interrupciones, era de apenas dos o tres horas de viaje. Sin embargo, al Sacerdote y sus seguidores les llevó un periodo considerablemente más largo, pues tenían la necesidad de separarse para examinar cada posible escondrijo que hubiera por el camino. De ahí la singular tardanza de su llegada al gran escenario de sus esfuerzos que, según indicaba su astuto líder, era la orilla del lago donde se había erigido el Templo del dios de las aguas. A medida que avanzaban, habían abrigado la esperanza de que la luz de la luna les ayudara en su persecución; pues entonces se encontraban en lo más intrincado del bosque y el dosel de hojas que se extendía sobre sus cabezas ocultaba casi completamente el firmamento y su amenazador aspecto.

Pero ahora habían llegado al extremo de una de las masas boscosas, y al plantarse sobre el terreno árido y rocoso obtuvieron una vista ininterrumpida del lago y el cielo.

El sol acababa de ponerse, y se había levantado un viento frío y otoñal. Las oscuras aguas del lago ya estaban más agitadas de lo habitual, y la oscuridad crecía rápidamente desde los precipicios montañosos. Nubes sombrías del color del plomo surcaban la luminosidad que había dejado el desaparecido sol, y había un silencio ominoso y terrible en la atmósfera al que el distante lamento del viento reforzaba, en lugar de interrumpirlo. El Sacerdote frunció el ceño mirando hacia el cielo, y sus seguidores susurraron aprensivamente entre ellos al ver su expresión taciturna. Eran hombres duros y experimentados; no era la tormenta lo que temían, sino el lugar donde estaban condenados a recibirla.

Su parada duró poco, pues, por orden de Ioláni, volvieron a penetrar en el bosque y se dedicaron a seleccionar cañas secas, muy abundantes en este punto concreto, para usarlas como antorchas si les hacían falta por la noche.

—Era mi intención —dijo el Sacerdote— registrar, a la luz de la luna, las cuevas que hay en las rocas de más abajo, pues yo mismo he descubierto muchos escondrijos en ellas; ¡pero contemplad cómo la cólera de Oro ha estallado en el cielo tormentoso y escuchad cómo se oye su aterradora voz entre las montañas!

Mientras hablaba, el sonido grave y lúgubre del trueno se distinguía en la distancia, y se podían oír las pesadas gotas de lluvia cayendo sobre las hojas de los árboles.

—A los que han partido —continuó el Sacerdote— a recorrer la isla a ambos lados de nosotros, a cada paso les será ofrecido cobijo entre sus compatriotas, pues las regiones del este y el oeste están generosamente pobladas; pero nosotros estamos lejos de donde habita el hombre, y nuestros escondrijos en la tormenta estarán en cuevas solitarias. El templo del dios de las aguas no está lejos, pero sus muros son ruinosos y endebles, y la tempestad que se aproxima es abrumadora y pavorosa. En las profundidades de este bosque hay muchas cuevas y huecos donde podremos escondernos hasta que pase la tormenta. Prended, pues, las antorchas rápidamente, ya que la furia del dios está próxima. En las horas de oscuridad, la víctima podrá estar segura, ¡pero juro por la gloria de Oro que su próximo amanecer será el último!

Una vez más, hubo largos y aún más temerosos susurros entre los hombres, y uno de ellos, dirigiéndose al Sacerdote, le indicó por vez primera que un grupo de guerreros ya había partido a inspeccionar las orillas del lago antes de que se anunciara la segunda respuesta del oráculo. Éstos aún podrían estar al alcance de sus voces, de manera que solicitaba permiso para que sus compañeros intentasen el experimento. Cuantos más fueran, más seguros se sentirían. No temían la tormenta, pero temían sobremanera a los hombres salvajes que se decía que acechaban en gran número en los bosques de Vahíria.

—¡Llamadlos si queréis! —gritó el Sacerdote furiosamente—, pero las antorchas, ¡cobardes!, ¡pusilánimes!, ¡las antorchas!

Ahora tenían la tormenta encima, y la escena era espantosa. El terrible sonido de los truenos, inimaginable para los habitantes de las tierras del norte, reverberaba pavorosamente en las lejanas montañas; el relámpago, destellando con un ruido agudo, era temible de escuchar, y en los intervalos de la guerra que se libraba en el firmamento se oía el feroz entrechocar de las ramas en lo alto, y los aullidos de desesperación y terror de los seres humanos que estaban debajo. Los destellos de fluido eléctrico, siguiéndose unos a otros con inconcebible velocidad, revelaban con todo detalle el desastre que estaba asolando la belleza del lugar. Los troncos de los enormes árboles refulgían, lívidos y confusos, en el espectral resplandor que los iluminaba; y las esbeltas enredaderas se contoneaban bajo la furia de los rayos adoptando las formas más espantosas y fantásticas. La densa oscuridad parecía llena

de voces coléricas y pobladas de formas fantasmales. Primero, el viento cantaba fúnebremente en la distancia una sinfonía intermitente y melancólica. Después, atacaba en ráfagas furiosas los árboles que tenía a mano. La destrucción cabalgaba triunfante sobre la tormenta. El rostro de la naturaleza parecía alterado y deformado. La majestuosa tranquilidad del bosque desapareció y, sobre la belleza caída de la tierra, pareció levantarse, durante las horas nocturnas, el tumulto y la confusión de un infierno.

La posición de los perseguidores era ahora extremadamente crítica. Desandar sus pasos era imposible. Inadvertidamente, habían penetrado cada vez más en el bosque. Sus antorchas habían sido apagadas por la lluvia; y, aunque él no lo confesaba, a los guerreros les resultaba evidente que su líder sabía tan poco de los casi interminables laberintos naturales que les rodeaban como ellos mismos. Si a estos motivos de inquietud se añadía su creencia de que la tempestad era una manifestación directa de la furia de Oro por su retraso en la entrega de su víctima, se comprende hasta qué punto les dominaba el temor en aquella funesta noche.

¡Corrieron hacia adelante! Era imposible mantenerse inmóvil con semejante peligro encima de ellos. ¡Adelante! ¡Adelante! Pasando los macizos desgarrados de maleza, bajando a las cavidades pantanosas, rodeando los troncos destrozados y chorreantes, asombrándose con cada paso que daban. La tormenta estaba en su punto álgido, el trueno rugía más fuerte que nunca, las ramas se entrechocaban y la lluvia les golpeaba cada vez más intensamente, cuando una exclamación proferida por uno de los hombres, que se había alejado de sus compañeros, hizo detenerse abruptamente a todo el grupo.

—¡El hombre salvaje! ¡El hombre salvaje! —murmuró, tambaleándose hacia el Sacerdote y cayendo inconsciente a sus pies.

A pesar de ser un villano, Ioláni era un hombre intrépido. Mientras sus seguidores se acurrucaban en el suelo, paralizados por el miedo, él se abrió camino en la temida dirección. Si alguna vez fue un abyecto cobarde, en aquel momento debió de sobreponerse al temor, pues en aquella acción se escondía la clave que determinaría su destino.

No tenía nada con qué guiarse, excepto el resplandor de los relámpagos; pero, como si le condujera la locura, se detuvo en el sitio preciso, justo cuando la oscuridad volvió a dominar la escena, y esperó al siguiente fogonazo.

Con el primero, contempló un espacio abierto entre los árboles y en él un montículo de piedras. Con el segundo, un hombre solitario, observando intensamente el borrón del cielo furioso sobre su cabeza. Con el tercero, su posición y sus rasgos. Y entonces, el trueno rugió aún más alto, y la impenetrable oscuridad volvió a caer sobre la tierra.

Desanduvo sus pasos. Ya no era un ser superior al resto de sus compañeros. Estaba tan silencioso e impresionado, tan precipitado en su huida hacia adelante, tan indiferente a los golpes y las caídas en la penumbra, como ellos. Se alegró tanto como

el más pusilánime cuando, después de media hora de ese caminar desesperado, sintió la piedra bajo sus pies, y oyó el oleaje distante de las aguas del lago, y vio (de nuevo bajo el relámpago) que una vez más estaban al borde del bosque, y que tenían delante una cueva y un refugio.

Era un lugar húmedo, áspero y miserable, pero se arrastraron contentos hacia los más oscuros de sus fétidos recovecos. Así vieron pasar las horas, hasta que la tormenta empezó a amainar, y la mañana por fin volvió a estar próxima.

El Sacerdote no divulgó lo que había visto, y sus seguidores no le preguntaron. El hombre que había descubierto al solitario habitante de los bosques se mantuvo especialmente alejado de Ioláni, de la misma manera que éste le evitaba a él. Ambos estaban poseídos por un temor mutuo. Les oprimía el miedo de que uno pudiera comunicar al otro un nuevo horror, una mejor descripción de la visión que ambos habían contemplado. El pavor compartido genera compañerismo incluso entre los enemigos. Un compañero en la cobardía es la peor agravante del sufrimiento que puede padecer la víctima de un terror sobrecogedor.

Cuando el alba empezó a apoderarse del firmamento, el Sacerdote avanzó solo por una terraza de roca que se proyectaba sobre el lago, meditando sus planes para el día; y descubrió, para su asombro, que fue en ese mismo punto donde habían contemplado el crepúsculo la noche anterior. El trueno aún tocaba su hueca retirada en la lejanía, y las gotas de lluvia aún repiqueteaban sobre las hojas desgarradas de las plantas. Las aguas del lago habían cambiado durante la noche hasta adquirir un monótono color pardo, y aún se agitaban cansinamente, aunque la violencia de la tempestad ya había pasado por completo. Las cumbres de las montañas estaban envueltas en profundas nieblas, nubes negras que se habían amalgamado en grandes masas de tono grisáceo, frío e indistinguible, pero prometedor, más hacia el este, de un día brillante y hermoso.

Apenas había levantado los ojos el Sacerdote hacia el panorama que tenía ante sí, cuando descubrió, a cierta distancia, una pequeña compañía de hombres abriéndose camino penosamente entre las rocas al margen del lago, hacia un lejano extremo del bosque por el cual había errado con sus seguidores durante la noche. Sin dudarle un momento, esperando y temiendo todas las cosas, se volvió de nuevo hacia los bosques que tenía detrás, su temor al viaje dominado por la razón que lo había motivado, y buscó un sendero por el cual sabía que debían pasar para volver a casa.

Era un camino penoso e incierto, que resultaba doblemente exasperante por la febril impaciencia que ahora le poseía. Pero llegó al lugar antes que ellos, y al detenerse oyó el sonido de sus voces y el ruido de sus pisadas al aplastar en su marcha las pequeñas ramitas esparcidas por la violencia de la tormenta nocturna.

Cada vez se acercaban más. Se adelantó corriendo para reunirse con ellos. ¡Alegría para el opresor! ¡Miseria para la agraviada! ¡La fugitiva había sido capturada durante la noche!

¡Allí estaba! Precedida por dos guerreros, y seguida por otros miembros de la

cuadrilla, con su hijo y la sollozante y asustada Aimáta. En el instante en que percibió al Sacerdote, la cuadrilla se detuvo, y así Ioláni y su víctima quedaron frente a frente.

Resultaba extraño, pero Idía era la más tranquila del grupo. Expresiones mezcladas de triunfo y ferocidad iluminaban el semblante de los guerreros; el pesar y la desesperación hablaban elocuentemente en el gesto de Aimáta; una diabólica malignidad dominaba los rasgos del Sacerdote; pero la víctima no parecía sufrir ninguna emoción, ni estar afectada por el terror. Sus ojos sombríos y hundidos eran inexpresivos; y los labios pálidos y chupados tampoco se curvaban con desdén ni se estremecían con temor. ¡Pues, cuando su primavera ya ha pasado para siempre, el corazón se hace más dócil en sus exigencias, y hasta al dolor y el sufrimiento se acostumbra, con una facilidad que entristece!

El Sacerdote susurró unas palabras al oído de uno de los hombres, que de inmediato partió en dirección a la caverna que cobijaba a sus seguidores. Hecho esto, ordenó que llevaran atrás a Aimáta y el niño; y su más oscura y peor expresión empezó a aflorar en su semblante, mientras hablaba.

Este cambio no pasó inadvertido a Idía. En un instante, salió de su ensimismamiento e hizo un esfuerzo para recuperar a su vástago, pero fue inmediatamente dominada por los guardias; y la mujer, tan superior al resto apenas unos minutos antes, cayó ahora a los pies de sus perseguidores y suplicó con lágrimas agónicas que le devolvieran a su hijo.

Unos minutos después, la criatura fue arrancada de brazos de Aimáta por uno de los hombres, que se lo entregó al Sacerdote. Las desesperadas súplicas de las mujeres para que se lo devolvieran no dieron fruto. Las arrastraban en cabeza, mientras que Ioláni cargaba con su vástago en la parte de atrás.

Fue quedando cada vez más rezagado, hasta que se convirtió en el último hombre de la tropa, y los hombres que tenía delante impedían que le vieran las cautivas. Durante algún tiempo, los guardias obligaron a apretar el paso a sus prisioneras, hasta que llegaron a un terreno elevado al extremo del bosque. Allí se detuvieron por un instante, y miraron hacia atrás.

El Sacerdote y el niño habían desaparecido.

CAPÍTULO IV

PADRE E HIJO

¡Date prisa, Ioláni! Ahora la mujer y la muchacha están en tu poder. ¡Liquida al niño, y tu venganza será completa, y tu orgullo habrá quedado satisfecho!

¡Estaba solo! La vacilación que le había asaltado al inicio de la mañana, una vez que el día había avanzado y la víctima estaba asegurada, parecía haberle abandonado para siempre. Como de costumbre, todo parecía ayudarlo en su criminal misión. Estaba demasiado lejos de su tropa para oír los gritos de los guerreros, o los chillidos de las angustiadas mujeres; y no había nada cerca de él que pudiera interrumpir la espantosa quietud de la atmósfera del bosque. Pero esto, que en principio le beneficiaba, pronto se convirtió en un amargo mal para él. Si no se agitaba ni una hoja en los árboles, ni una flor en el suelo, si el niño condenado yacía silencioso e inmóvil en sus brazos, si la absoluta ausencia de sonido reinaba en todas partes, él habría dado un mundo por un soplo de aire, habría cambiado la mitad de su venganza por la caída de una rama marchita, por cualquier cosa que interrumpiera la quietud ominosa y misteriosa. Pero en el antiguo y solitario lugar sólo él se movía.

Paulatinamente, un extraño encantamiento pareció dominarle en aquel silencio. Le influyó lentamente, sin que supiera cómo. Se detuvo inconscientemente en su camino. Tomó aliento más suave y cautelosamente de lo que era su costumbre. El peso del niño ya le cansaba los brazos; pero no se atrevía a cambiar de posición, por miedo a que el acto pudiera ocasionar un ruido. Era sobrecogedor. Había empezado deseando lo mismo que en este momento tanto temía: un sonido.

Miró el fardo viviente con el que cargaba. Los ojos vigilantes y dilatados del infante miraban con una expresión mecánica e inmutable de temor. Era la réplica exacta de la mirada que le había dirigido la madre cuando le sugirió que lo destruyeran. Cuanto más contemplaba el semblante del niño, más extraño y terrible era el parecido. Le parecía oír incluso la voz de la madre llamándole a través del silencio desolado: ¡Ioláni! ¡Ioláni!

El corazón latía desbocadamente en su pecho, y se encogió. Un escalofrío recorrió su piel. El húmedo rocío de la angustia brotó en su frente. Cerró los ojos. Llamó a sus dioses ¡Él, el tramposo que no creía! ¡Él, el hipócrita, el libertino, el villano! Incluso él buscaba refugio en el culto que profanaba. Como el cristiano, como el pagano, también él reconocía su religión sólo para mitigar su pecado. Se arrodilló, imploró. ¡Sólo deseaba que aquel sobrecogedor horror cesara un instante, nada más que un instante!

¿Un instante, Sacerdote? ¡Ese glorioso, importante, inmortal instante de fortaleza del bueno, para las desgracias del malo, es el tesoro que buscan en el infierno, el

único beneficio que tu amo Satanás no puede conceder!

¿Cómo debería actuar? ¿Qué refugio le quedaba ahora? Nunca había odiado al niño tanto como en aquel momento en el que le temía más que a nada. Nunca deseó tan ardientemente la muerte de la madre como entonces, cuando el sacrificio le aguardaba y sin embargo era incapaz de moverse. La víctima ya estaba custodiada en el templo; el momento de la ceremonia se aproximaba cada vez más; los guerreros impacientes esperaban su llegada; el enemigo se preparaba para la pelea, Venganza, Deber y Éxito le susurraban con duros acentos en su interior: ¿Ioláni, te demoras? ¿Debería retrasarse, debería seguir perdiendo tiempo absurdamente?

También estaba el niño, el fruto maldito de un amor maldito, todavía mirándole a la cara, todavía observando su locura, todavía viviendo, a su pesar. Una decisión momentánea, un regreso momentáneo a su antiguo yo, y se libraría de él para siempre. Unos metros más adelante tenía uno de los vallecitos naturales del bosque. Parecía el sitio ideal para llevar a cabo el acto. Sus miembros se convulsionaron, y se acercó tambaleándose; pero llegó al borde del terraplén y por fin miró hacia abajo.

Era un lugar desolado y pestilente, cuyos lados, escarpados y ásperos, estaban formados en algunos sitios por masas de roca descolorida; en otros, por parches de terreno blando y montones podridos de hojas. Alrededor de su fondo, había una oscura ciénaga llena de malas hierbas, en cuya parte más profunda la lluvia de la noche anterior había formado una charca de agua estancada sobre la que descansaban perezosamente algunas hojas marchitas, empapándose del hediondo vapor que flotaba a su alrededor. Aquí no llegaban ni la luz del sol ni su calor; pues, de todas las zonas del bosque, ésta era la de árboles más espesos y la menos explorada por el hombre. Era conocida entre los nativos con el nombre de «El Valle del Hombre Salvaje», por haber visto años antes unos viajeros que casualmente pasaban por allí a uno de aquellos proscritos de la humanidad, merodeando por la melancólica zona.

El Sacerdote se aproximó más al borde y, apartando su cara de los ojos del niño, intentó reunir fuerzas para su sangriento propósito. El horror de aquel lugar no le afectaba en lo más mínimo. Su terror era demasiado real y demasiado intenso como para que algo tan fantástico y tan indefinido como la superstición pudiera acompañarlo por un solo instante. En este momento, no sentía compasión ni remordimiento, pero era incapaz de arrojar al niño. No sabía qué era lo que se lo impedía. No podía comprender cuál era el verdadero horror que le afectaba, pero allí permaneció inmóvil, mirando la charca de agua como si fuera un sueño.

Pronto, como mediante un vínculo misterioso, el valle comenzó a relacionarse en su mente con la escena nocturna que había contemplado en el bosque. Las aguas sombrías que contemplaba parecían reflejar aquel lugar vacío entre los árboles y su proscrito y temible habitante. La escena se repetía en su imaginación, cada vez más espantosa. Sus ojos se oscurecieron y, de nuevo en su imaginación, el trueno volvió a aullar, el relámpago estalló y la lluvia feroz y densa cayó a su alrededor. Era insoportable; se tambaleó saliendo de las sombras hacia algunos rayos de luz que

resplandecían a través de una lejana abertura entre los árboles; y entonces, la impresión de la tormenta se desvaneció de su mente; pero el vívido recuerdo del marginado permaneció.

Parecía como si los mil miedos imaginarios, los muchos asaltos de la indecisión que había evitado durante la ejecución de antiguos crímenes, se hubieran despertado ante su nueva iniquidad para acumular sobre él, en una hora escasa, los tormentos de tantos años; y para después concretarse, tras haber devastado su corazón, en una sola imagen, en el simple recuerdo de una visión terrible e indeseada. Pero incluso en esto había un misterio que la inteligencia mortal no podía resolver. Era un recuerdo distinto de todos los demás recuerdos. Capturaba la atención y fascinaba y fatigaba al mismo tiempo. Se convirtió en un tormento familiar y lento a la vez, una miseria cuya tozuda vitalidad nada podría dañar o destruir.

En este recuerdo había, para él, una condena por los crímenes pasados y un castigo por los futuros; pues estaba destinado a acompañarle en sus pensamientos hasta la hora de su muerte. Destruiría las escasas emociones amables que hubiera poseído. Embotaría su miserable disfrute de los éxitos de su perversidad, pero dejando intacta su ansia de ellos. No interrumpiría su servicio a la iniquidad, pero le arrebataría para siempre sus recompensas. No como el tormento que sólo aflige para reformar, sino como la voz de un crimen pasado, reclamándole incesantemente justicia y expiación en una lengua desconocida.

Ni su propósito ni su naturaleza eran conocidos para el Sacerdote, pero se esforzó instintivamente para sacudírsela, pues sentía que en aquellos instantes dominaba sus actos, aunque no luchaba contra sus pensamientos. Pasaban los momentos inexorables, y el niño aún respiraba, la mujer aún forcejeaba para intentar salvarle, la muchacha aún vivía sin ser mancillada por sus brazos. Era imposible seguir indeciso más tiempo. No había forma de combatir el extraño encantamiento que le había dominado. No había forma de desafiar la protección sobrenatural que parecía amparar al niño. Debía sacrificar en parte su venganza, si no quería perderla por completo. Debía abandonar sus intenciones hacia el niño, si quería cumplir sus propósitos con la progenitora y su amiga.

Habiendo decidido esto, el miserable, con el cuerpo entero temblando como si sufriera una agonía mortal, y los ojos desviados con espanto de su propio vástago, consintió que el niño trepara desde sus brazos hacia un montón de turba que tenía a su lado. Durante un instante, lo miró malignamente y le dedicó las más abominables maldiciones, condenándole al hambre y la muerte. Entonces, se marchó sigilosamente, volviéndose numerosas veces para mirarle y para acumular nuevas maldiciones sobre su cabeza. Cuando los sollozos del niño empezaron a llegar a sus oídos, apretó el paso, y sus ojos (ahora tristes e inexpresivos), vagaron distraídamente sobre el paisaje. Por fin, alcanzó el camino que llevaba a la ciudad, y entonces avanzó más rápidamente, pues la luz del sol ya había comenzado a desaparecer de los claros del bosque que le rodeaban.

CAPÍTULO V

LA ÚLTIMA ENTREVISTA

Los exploradores que iban de avanzadilla divulgaron por las aldeas la noticia de que la víctima había sido capturada, y las pocas personas a las que las exigencias de la inminente batalla no habían arrebatado de sus casas, salían a ver a los prisioneros. Su aspecto había cambiado espantosamente desde el alto en el bosque. Idía era arrastrada por sus guardias sobre una burda litera de ramas y lanzas, tan pálida e inerte que los que la veían temían que la pompa y la gloria del sacrificio hubieran sido destruidas por la Muerte. A su lado, agarrándola de la mano, caminaba la fatigada y todavía fiel Aimáta, su joven semblante hermoso con la melancólica belleza de la paciencia y la resignación. Aunque las lágrimas le afloraban a los ojos cuando las mujeres y los niños que aún la amaban y compadecían se acercaban, algunos con palabras de consuelo y simpatía, otros con su sencilla ofrenda de flores, sólo para ser burlonamente repelidos por los guardias que la rodeaban, no pronunciaba ninguna queja ni mostraba su desesperación. ¡Espléndida e impresionante es tamaña virtud, en alguien tan desamparado y tan joven! ¡El Buen Morador del Cielo podría haber llorado contemplándola desde lo alto, recordando los días de su amarga persecución entre los soldados de la Superstición y el Crimen!

A medida que la tropa se acercaba al templo, su número aumentaba con nuevos grupos de guerreros y nuevas multitudes del populacho, y entre los gritos de la gente y el sonido cruel y monótono de los tambores de guerra, los congregados se detuvieron ante la capilla del dios guerrero.

Los jefes habían recibido órdenes de Ioláni para disponer de las prisioneras. Aimáta sería confinada y vigilada en una solitaria cabaña en las cercanías del templo, y había de ser tratada con la mayor consideración y cuidado. En cuanto a Idía, como víctima del dios, debía ser vigilada por dos sacerdotes en la propia vivienda de Ioláni, adyacente al lugar sagrado, hasta que él llegara a la ciudad, llegada que según les había asegurado se produciría a tiempo para que el sacrificio comenzara al ocaso, para el que faltaban dos horas.

Mientras se llevaban a la mujer, Aimáta hizo un último esfuerzo para obtener de ella un último adiós. Pero Idía seguía insensible a toda influencia exterior, no despertaba del profundo estupor producido por su pesar. La llevaron apresuradamente al templo, y ni siquiera entonces pronunció palabra alguna o hizo un gesto cualquiera.

Si la libertad libera el cuerpo, la cautividad desata el alma. Es cuando el cuerpo está encadenado cuando el espíritu experimenta mejor el peligroso privilegio de la libertad. Es entonces cuando la divina acompañante de nuestra mortalidad efectúa sus más largas excursiones, cuando más se aleja de nuestro lado. Es entonces cuando es

más incontrolable, y más celosa de sus misteriosos e infinitos privilegios. Poco imaginaban los sacerdotes, viendo a la prisionera en su oscuro y tenebroso confinamiento, lo ardiente y profundamente que su víctima ansiaba que quienes habían apresado su cuerpo pudieran también encerrar su espíritu. Poco imaginaban qué pobre sería la cosecha de las más refinadas torturas que pudieran infligirle, después de que el campo hubiera sido segado y saqueado de antemano por miserias que ni siquiera *su* crueldad podría inventar.

Desde la desaparición de su hijo, ni una sola palabra había salido de la desdichada Idía, ni siquiera para dirigirse a la muchacha que había cuidado y querido durante tanto tiempo. En la palidez antinatural de su semblante no se percibía rastro alguno de la tormenta que rugía en su corazón. Con la misma y ominosa calma que había caracterizado su comportamiento durante el viaje, ingresó en prisión y miró a sus inflexibles guardias. Le dieron un poco de agua para humedecer sus labios y pusieron a su lado unas pocas frutas marchitas e insípidas. Después se sentaron tan lejos de ella como se lo permitían los confines del lugar, y la vigilaron en completo silencio.

Pronto, sin embargo, la piadosa confusión que hasta entonces había nublado sus facultades empezó a disiparse, y su mente vagó extrañamente hacia los días que ya habían pasado para siempre. Intensos recuerdos que no revivía desde hacía años, de los sencillos placeres de su infancia, de los resplandecientes y bellos lugares que había contemplado y amado antaño, de niños desconocidos que se habían preocupado por ella cuando estaba sola y que se habían regocijado con ella cuando estaba contenta, despertaron suave y tristemente en su corazón; para engañar con la promesa de la curación que, sin embargo, no concedían. Pues, antes de que los recuerdos del Pasado pudieran aliviar las penalidades del Presente, desaparecían ante nuevos pesares, y cuanto más deprisa aparecían aquellas visiones, con más contundencia eran destruidas y empañadas en su divino esplendor.

Y entonces, sus pensamientos, regresando a su antigua obsesión, volvían a centrarse en su hijo. Sus ternuras infantiles, antes observadas sólo para ser olvidadas, volvieron a deslizarse en su corazón con un patetismo que nunca habían poseído en la realidad. Las más ligeras caricias, las más evanescentes peculiaridades de su vástago perdido, pasaron vívidamente por su cabeza, y pareciera que volviese a oír sus últimos murmullos, sus últimos intentos de hablar, tan tristemente musicales y tan profundamente elocuentes para sus oídos. Todo lo que el niño había sido, todo lo que el niño podría haber sido, lo sentía ahora en su interior, ahora, cuando lo máximo que podía esperar era que su tumba no fuera removida, que su frío cuerpo no fuera profanado ni molestado. A lo largo de su breve y desgraciada vida, había sido para ella un compañero en el sufrimiento y un consuelo. ¡Tal y como los dioses de su pueblo eran los unos para los otros, así había sido el infante para ella!

Y ahora, ¿dónde apoyaría él su suave mejilla? ¿Cuándo volvería a despertarse?

¡Arriba! ¡Arriba, guardianes de la cautiva! ¡Cuidad de *vuestra* seguridad y de la *suya* en su hora de necesidad! Pues sus pensamientos por fin se han impuesto al

sufrimiento de su alma. Sus labios se separan con una extraña y misteriosa sonrisa, y sus ojos se inflaman con un fuego salvaje y repentino. Dejad que rompa esas ligaduras de las que ahora tira tan ferozmente y todavía podríais veros privados de vuestro triunfo y vuestro sacrificio. ¡Ja! ¡Se aflojan, ceden! ¿Se parten? ¡No! ¡Resisten sus esfuerzos! ¡Ella se tambalea y cae de nuevo al suelo! Agua, más agua para sus labios reseca y su frente ardiente. El acceso de furia pasa, y el agotamiento, la debilidad, vuelve a apoderarse de ella.

¡Mirad desde los muros del templo! Las lentas horas se acercan a su final. El sol se inclina hacia el seno del mar. El demonio supremo se aproxima. Los guerreros desperdigados se reúnen. La multitud silenciosa y sobrecogida ya está en terreno sagrado. ¡Escuchad! La señal ha sonado en la puerta. ¡Ha llegado su hora! ¡Despertadla de su largo y profundo arrobamiento! ¡Despertadla para que muera!

* * *

Muchos años después de la época de nuestra narración, el campesino polinesio solía describir a sus atemorizados hijos y a los vecinos curiosos el horrible y desfigurado aspecto de Ioláni, el Sacerdote, cuando regresó al templo. Qué era lo que había ocasionado esa alteración, nunca se supo. La superstición popular, sin embargo, pronto lo achacó a un encuentro con fantasmas y demonios del bosque, que se creía habitaban las orillas del temido y desolado lago; y en épocas posteriores, entre las canciones del país destacó como la leyenda favorita del pueblo «la batalla nocturna del Sacerdote».

Parecía que fuera a caerse al suelo, tan tambaleantes eran sus pasos, tan completo su agotamiento al aproximarse al final de su viaje. Pero por fin había llegado, cuando en el momento en que iba a entrar en el lugar sagrado un explorador, sin aliento y fatigado por el viaje, le detuvo informándole de que el enemigo marchaba hacia sus fronteras.

Se reunió a los caciques, y todos estuvieron de acuerdo en desacreditar la información del hombre. Tenía un carácter sospechoso, y eso era razón suficiente para desconfiar de él. Sus respuestas, cuando le preguntaron, eran vagas y extremadamente contradictorias. Había visto al grupo de hombres que había despertado sus sospechas a una distancia tan grande, y tan brevemente, que se consideraba dudoso que pudiera estar seguro de que no se trataba de un destacamento de su propia gente, de camino a sus cuarteles. El poco tiempo transcurrido desde la escaramuza en los bosques parecía hacer imposible que el ejército rebelde se hubiera reagrupado tan completamente como para dejarles en disposición de enfrentarse a su violento propósito. Además, parecía inconcebible que Mahiné se aventurase a la batalla sin representar de nuevo las ceremonias de la guerra, decisión que sin lugar a

dudas debía de haber adoptado si la información del explorador era correcta. Pronto, después de mucha deliberación y confusión de planes, se tomó la decisión de enviar espías más fiables, confinar al sospechoso (*entonces* le consideraban traidor) y, en todo caso, proceder con el sacrificio cuanto antes.

Entre los guerreros subordinados hubo algunos que protestaron contra tan ciega y peligrosa decisión, pero su oposición fue inútil. El extraño encaprichamiento de Ioláni con el asunto del sacrificio parecía haberse extendido a sus colegas, y sus deseos, que no su razón, les inducían a tomarse a la ligera cualquier obstáculo que se opusiera a su inmediata ejecución. Así, el populacho, desconcertado y desalentado por todo lo que habían visto y oído últimamente, y los soldados, algunos dubitativos, otros desafectos, regresaron a sus puestos. Cierta aire de melancolía pesaba sobre todos los corazones. Las mujeres cautivas ya no eran las únicas que lloraban. Desde el actor principal en su escenario hasta el niño que deambulaba entre la multitud, todos estaban poseídos por una inquietud sombría y pesada; y un audible murmullo de temor y descontento se elevó desde la muchedumbre cuando el Sacerdote, volviendo del consejo, entró impacientemente en el recinto sagrado.

Fue inmediatamente a sus habitaciones, y los dos vigilantes que le esperaban allí destacaron el hecho de que pareciese desapercibido tanto de su presencia como de la de su cautiva. Sus ojos se movían incesantemente de un sitio a otro, y parecía incapaz de detenerlos durante un solo instante en un punto concreto, incluso cuando le saludaron reverencialmente, como era su costumbre. Se volvió hacia la mujer, pues habían aflojado sus ligaduras por temor de que su insensibilidad anunciase la muerte, y que el sufrimiento infligido por ellas fuera la causa del ominoso y temido ensimismamiento. Ella se levantó y, avanzando titubeante hacia el Sacerdote, le agarró firmemente la mano derecha.

—¡Sangre! —murmuró con voz ronca y espantosamente poco femenina—. ¿Otra vez sangre?

Y empezó a repasar las líneas de su mano, con dedos temblorosos, y a mirarlas una y otra vez con ojos locos y vacíos, como si pudieran contarle una última e importante verdad que ya había desesperado de oír de sus labios. Entonces susurró, mecánicamente, antiguas palabras amorosas que habían intercambiado antaño, tirándole de las ropas, como si quisiera obligarle a escucharla. Pero él no le dio respuesta. Durante unos momentos, pareció perderse en sus pensamientos. Entonces, volviéndose repentinamente hacia los sacerdotes presentes, les ordenó que se ocupasen de los preparativos fuera; y cuando salieron, él mismo se dispuso a dirigirse a la puerta. Pero en cuanto dio su primer paso, la mujer le echó los brazos alrededor del cuello, gimiendo una vez más en su oído: «¿Está muerto?».

Con una brutal maldición se la quitó de encima y, apoyando la espalda en la pared, la miró a la cara, como si la desesperación y la angustia que expresaba cada arruga proporcionaran alegría a su corazón.

—¡Está muriéndose! ¡Muriéndose! —murmuró él, con un tono de triunfo salvaje

—. Cerca del camino del templo, está el Valle del Hombre Salvaje. Es un lugar maldito y solitario. Allí gime el infante, mientras el viento frío le marchita, hora tras hora. ¡El vástago con el que me has deshonrado ha sido abandonado allí! ¡Nadie hay cerca para ayudarlo, nadie le oirá ni responderá a su llanto! ¡Para el Hambre fue para lo que protegiste a tu hijo! ¿Te enorgulleces ahora de haberme frustrado cuando te dije que me obedecieras? ¿Te burlarás en mi cara, en tu prisión, como lo hiciste en aquella cueva? ¡Maligna! ¡El momento del triunfo es ahora mío! ¡Miserable! ¡Ha llegado la hora de entregarte, y fuera ya está sonando la señal de tu muerte!

Mientras hablaba, el rugido de la música marcial que indicaba la llegada del Rey se oía desde el altar. La desgraciada mujer cayó al suelo y escondió la cara en su manto, como si quisiera ocultar todos los objetos mortales a su mirada, cuando el Sacerdote se volvió hacia la puerta e indicó a los servidores que entraran en la prisión. Sus lacayos agarraron a la víctima y la condujeron al lugar señalado. Se formó una comitiva, y él ocupó su puesto firme y orgullosamente, como siempre. Era su última victoria sobre la tiranía de su interior, y era una victoria digna de él. Avanzaron hacia el altar, y justo cuando llegaban, el sol se puso...

CAPÍTULO VI

LA BATALLA

Será necesario que nos detengamos aquí un instante para describir al lector de forma concreta lo que hasta ahora sólo ha sido mencionado de forma general: la llanura ante el templo. Pues en este lugar se concentra uno de los principales puntos de interés del relato.

Al contrario que la mayoría de las construcciones sagradas de la isla, el templo de Oro se erigía sobre un emplazamiento parcialmente cubierto por los árboles, que hacían de guardianes de las capillas adyacentes. En dos de los lados, el bello y suave terreno se alargaba durante una milla o más, antes de que su superficie fuera interrumpida, bien por el bosque, bien por las viviendas del hombre. En el tercero, sin embargo (el que estaba en dirección a la frontera enemiga), el piso era rocoso y desigual, y salpicado de árboles hasta llegar casi a los muros del templo. En este punto se levantaba el altar sobre el cual se había decidido ofrecer la víctima al dios en el caso que nos ocupa. Aquí, por el carácter sagrado del lugar, no se había edificado ninguna choza, y las solitarias y umbrosas avenidas serpenteaban sin que las profanara la labor del campesino en el enorme bosque que se extendía más allá. Por este lado era por el que se encontraba el camino más corto, y también más difícil para llegar a la región hostil. En muchas partes esperaban al viajero innumerables valles y cuevas sin ningún sendero que le guiase. Por lo tanto, debido a la multitud de escondrijos que ofrecía, fortificar las inmediaciones del templo con alguna posibilidad de éxito era imposible para los rudos guerreros del país. Su principal seguro contra un ataque desde ese flanco residía, sólo, en la casi total inaccesibilidad, al menos siguiendo algo que semejara un orden marcial, del laberinto natural que lo rodeaba. En esta ocasión, Ioláni y los jefes guerreros sencillamente habían decidido situar vigías en las diferentes salidas del bosque, más como una medida de seguridad elemental que como una verdadera necesidad. Su intención, más que atacar, era defender. Se creían en un estado de preparación bélica superior al de su enemigo, y decidieron aprovechar la inmensa ventaja que, en una campaña como la suya, les proporcionaba trasladar el escenario de la batalla desde su propia región hasta la del bando hostil.

La disposición de los reunidos, en el momento anterior al sacrificio, era extremadamente impresionante. Un poco apartados del resto, y próximos al bosque, estaban Ioláni y la víctima; ésta, atada al altar, y aguardando la muerte sin la menor señal de emoción o miedo. Al lado de los dos actores principales estaban los sacerdotes inferiores, los guerreros distinguidos, y algunos guardias que sujetaban a la aparentemente inerte Aimáta, quien, por orden de Ioláni, había sido incluida en la

comitiva. Más allá de éstos, estaba el grueso de los soldados, extendidos a lo largo de varios cientos de metros, en una masa densa y oscura; y aún más allá, los ancianos inútiles, las mujeres y los niños. Ningún sonido quebraba el profundo silencio de la atmósfera, excepto el hueco rugido del océano en la distancia, sobre los arrecifes de coral, cuando el Sacerdote, cuyos rasgos estaban horriblemente distorsionados, levantó su arma para golpear. De improviso, sin embargo, para asombro de la multitud, la dejó caer al suelo, y volviéndose hacia los desfiladeros que tenía a sus espaldas, escuchó atentamente.

Había oído, o le había parecido oír, un débil grito procedente del puesto de los vigías. La más ligera señal de alarma le preocupaba. Miró fijamente la profunda penumbra que tenía delante, pero no distinguió nada. Escuchó con la mayor atención y cuidado, pero no llegó a sus oídos ningún otro sonido desde el temido flanco. No era momento de vacilaciones; la tarea había sido emprendida por él mismo, y sólo él debía concluirla; y una vez más se volvió hacia la víctima.

La cachiporra estaba firmemente sujeta, su cuerpo estaba echado hacia atrás para añadir fuerza letal al golpe, su otra mano ceñía el cabello de la mujer, el arma volvía a levantarse; y entonces, una flecha procedente del bosque a sus espaldas le alcanzó en el hombro derecho, y otra, inmediatamente después, se alojó en su muslo. Cayó al suelo, y al momento la batalla había comenzado sobre el cuerpo postrado del Sacerdote.

¡Los hombres sanguinarios llegaron en avalancha! ¡Los soldados de la revuelta con sus caciques rebeldes peleando a la cabeza! A la primera arremetida, los guerreros de Ioláni retrocedieron hacia el grueso de sus fuerzas arrastrando consigo a su herido profeta. Y fue allí, sobre el suave terreno y bajo la sagrada luna, donde se libró por fin la terrible y mortífera lucha.

Mientras, los hombres que habían incapacitado al Sacerdote (después de haberle sorprendido y asesinado a sus vigías), se habían hecho con la muchacha, Aimáta, y liberado del altar a la supuesta víctima del dios de la guerra. En esta osada maniobra les dirigió Mahíné. Los guerreros no perdieron ni un instante. Un par de besos apasionados para la muchacha aún desfallecida, una mirada a las mujeres, mientras eran llevadas hacia los bosques, y el héroe rebelde ya estaba gritando la canción de guerra de su tribu en mitad de la refriega.

Ninguno de los dos bandos esperaba ni concedía cuartel. El pillaje y la venganza animaban a un ejército, la desesperación y la determinación, al otro. Cada vez más salvajes crecieron los aullidos de las mujeres y niños atacados, cada vez más altas en la noche silenciosa sonaron las furiosas maldiciones de los Profetas de la Guerra, y cada vez más estridente se elevó el entrechocar de armas en mitad del espantoso conflicto. Aquí no se podía confiar en la fortuna. Era una lucha cuerpo a cuerpo, un enfrentamiento multitudinario, una guerra de exterminación. ¡Escuchad! ¡El grito victorioso de las huestes de Mahíné! Han matado y capturado al primer hombre. Llevan su retorcido cuerpo clavado en las lanzas. Corren hacia el templo, y lo arrojan

ante el dios de la guerra, al cual bañan en sangre. Queman al hombre hasta reducirlo a cenizas. Es el primer fruto de la batalla, y los rebeldes lo ofrecen al árbitro de la contienda. «¡Victoria para Mahíné! ¡Un presagio para Mahíné!», gritan los Profetas de la Guerra, mientras manchan sus cuerpos con la sangre de la ofrenda, y agitan sus banderas, apresurándose hacia donde la matanza es más intensa y la pelea más espantosa.

¡Escuchad! ¡Escuchad! ¡Sus voces se elevan sobre la confusión del campo!

—¡Mahíné! ¡Mahíné! ¡Te diriges a la gloria! ¡Tus guerreros vencerán! ¡El Rey del país se inclinará ante ti! ¡Golpea y no te compadezcas! ¡Aunque sollocen, no tengas piedad! ¡Aunque se arrastren y supliquen, no perdones! ¡Como el granizo a las flores, destruye la muchedumbre de tus enemigos! ¡Como las rocas del océano serás cuando te ataquen! ¡Como el remolino en aguas tranquilas, cuando caes sobre ellos, haces que den vueltas! ¡Amontonarás sus muertos hasta que lleguen a las copas de los árboles! ¡Asesinarás a sus huidos hasta que los ríos se vuelvan rojos! ¡El espíritu de la batalla pelea contigo! ¡Te diriges a la gloria! ¡Mahíné! ¡Mahíné!...

Y, en el otro bando, los Profetas no guardaban silencio.

—¡Levantaos, levantaos guerreros del país! ¡Recordad a vuestros padres, cómo pelearon, a vuestros antepasados, cómo triunfaron! ¡No desesperéis de la victoria! ¡Ioláni aún vive para comulgar con el dios! ¡Por su causa peleáis, y no os abandonará! ¡Recordad vuestras mujeres y vuestras posesiones! ¡Vuestro Profeta y vuestro Rey! ¡Y no dejéis vivo a ningún rebelde! ¡Para Oro sólo son perros! ¡No perdonéis! ¡No perdonéis! ¡Aunque la mañana llegue durante la batalla, no os canséis de la matanza y la contienda!

Y ahora, nubes oscuras empezaban a flotar sobre el rostro de la luna, y las antorchas se encendían, y cada bando las levantaba para que iluminaran su mortífero trabajo. Para entonces, la batalla ya duraba más de una hora. El suave y delicado terreno estaba manchado de sangre. La belleza de los jardines florales había sido destruida por los asesinos y por los asesinados. Las voces empezaban a fallar, y el estruendo de las armas a incrementarse, ¡y sin embargo, la batalla aún no estaba decidida! Pues, cuantos menos combatientes quedaban, más terrible era la contienda.

Ambos ejércitos habían derivado paulatinamente hacia la orilla del mar. Ya se podía ver a guerreros de ambos bandos peleando en el agua para hacerse con la flota del Rey, por si la refriega terminase en el océano. Pero en ese instante, el Sacerdote Ioláni, sujetado y rodeado por una fuerte guardia, apareció en el campo. El bando del Rey se recompuso al verle, e hizo retroceder a los rebeldes, hasta que el enfrentamiento volvió a rugir una vez más junto a los muros del templo.

En ese momento, como para abreviar la masacre, la luna volvió a salir, y entonces fue evidente para los contrincantes de ambos bandos que tenía que llegar el exterminio o el final de la batalla.

La feroz lucha todavía rugía desenfrenada donde, pisoteando cadáveres, los guerreros aún hacían su trabajo de matanza. Exhaustas al fin, dos líneas hostiles se

miraban fijamente en absoluto silencio, detenidas tan sólo el tiempo de tomarse un respiro para reiniciar el combate con la temible y diabólica ferocidad que había caracterizado su inicio. En un lado, agazapándose en la distancia, el lanzador de honda aún afinaba su mortífera puntería bajo la luz de la luna. Al otro, los heridos, levantados por los ilesos, volvían tambaleándose a la pelea para descargar la furia de su sufrimiento en un último ataque. Mientras, en los alrededores de un ejército se podía ver al anciano, llorando en su desolada morada por la pérdida de sus parientes; a la mujer, sacando a rastras del campo al guerrero muerto; al viejo y al desvalido, con manos temblorosas, cavando la tumba que impediría que el cuerpo de un jefe fuera mutilado y deshonrado; al niño solitario, gritando aterrorizado junto al cadáver de su padre; y al perro salvaje hambriento, esperando entre los árboles la partida de los vivos para darse un festín con los muertos. En la otra parte de la llanura, había guerreros moribundos, dando con su último aliento ánimos para sus compañeros; macabros y fríos cadáveres extendidos bajo la luz de la luna; y heridos trastabillándose en su intento de vengar a los muertos y expirando antes de alcanzar el campo. ¡Mientras aún sonaban, elevándose incluso sobre el clamor del conflicto, la canción de batalla de Mahiné y los desvarios de los Profetas de la Guerra!

Un tercio de los rebeldes y la mitad del bando del Rey yacían ya muertos y heridos. ¡Resultó evidente, por fin, que la victoria favorecía a Mahiné y los suyos! Lentamente, paso a paso, golpe a golpe, muerte a muerte, hicieron retroceder a sus adversarios hasta las aldeas donde estaban encerrados las imágenes de sus dioses, su gran Sacerdote, sus mujeres, sus niños y sus posesiones. Los derrotados habían decidido, hombre a hombre, morir en esa posición; el enemigo se había preparado para conquistarlo por encima de sus cadáveres, cuando Ioláni y el Rey dieron la orden de que los restos de sus fuerzas abandonaran la lucha y se dirigieran a las espesuras de las montañas, a cubierto de la noche.

Atormentado por el dolor de su cuerpo y la agonía de sus pensamientos, el Sacerdote había perdido sus facultades desde el inicio de la batalla, y ahora era tan incapaz de actuar como el mismo Rey. La urgencia del momento le obligó a dar la orden de retirada; y ése fue su último acto de decisión, su última demostración de capacidad. Fue transportado por las mujeres en una camilla, su desamparado hermano lamentándose a su lado con los viejos y los niños. La última ofensiva la llevaron a cabo unos pocos fieles y desesperados, y cubiertos por ella, los restos de los vencidos se dieron a la fuga para ser perseguidos hasta la muerte, a partir de ese momento, por los implacables vencedores. ¡Apenas unos momentos después, allí donde la luna había salido sobre los vivos y los orgullosos, ahora se ponía sobre los silenciosos y los muertos!

CAPÍTULO VII

LA RETIRADA

Perseguidos y perseguidores iniciaron una marcha nocturna a través del bosque, en dirección opuesta al campamento rebelde. No había por parte del bando derrotado ningún intento de mantener el orden. No tenían nada para guiarlos hacia su refugio, excepto los intermitentes rayos de la luna que ocasionalmente atravesaban los huecos en el espeso follaje sobre sus cabezas, ni nada que les advirtiera del paradero del enemigo, excepto los gruñidos de los desdichados heridos sacrificados a su rencor, según eran alcanzados, o el resplandor de sus antorchas a través de los oscuros árboles cuando se acercaban a ellos en su carrera. Ciertamente, los sanguinarios guerreros de Mahiné pronto disminuyeron tan considerablemente la distancia que les separaba de sus víctimas, que resultó evidente que la única posibilidad para los ilesos y los levemente heridos era abandonar cualquier escrúpulo hacia los que estaban más desvalidos en su retirada. Ahora dependían exclusivamente del cacique principal de las huestes de Ioláni, que, aun herido y descorazonado, llevaba las riendas del mando. De este hombre emanaron las primeras instrucciones de abandonar a los heridos, y con lágrimas rodando por sus mejillas, el viejo guerrero dio ejemplo al resto abandonando a su hijo moribundo en manos del enemigo.

Pero, entre aquellas bondadosas aunque pecadoras gentes, muchos rehusaron imitar el estoico ejemplo de su jefe, y en medio del odio imperante surgieron muestras de afecto en aquella noche fatal.

Había un hombre, mortalmente herido, cuya esposa y hermano le habían llevado a rastras a pesar de todos los obstáculos. Sin darse cuenta, cada vez se habían ido quedando más atrás. Su tribu les había exigido que abandonasen su carga si querían salvarse. Durante un momento, vacilaron; al siguiente, se detuvieron en el bosque y se prepararon para el martirio que se avecinaba. La mujer y el joven se miraron el uno al otro, durante unos minutos, en un silencio expresivo y entonces la mujer sujetó la cabeza de su marido, tan tranquilamente como cuando solía darle consuelo en tiempos de paz, y el hermano levantó su arma y se plantó ante ellos: y allí aguardaron su destino. Las luces brillaron con mayor intensidad a través de los árboles. Los gritos de triunfo y los gruñidos de sufrimiento se hicieron cada vez más altos. Las ramas chasquearon, partiéndose. Hubo un entrechocar de armas, un chillido desgarrador, y al momento las luces volvieron a empalidecer, los gritos volvieron a apagarse, y todo lo que ahora se movía, en aquel desolado lugar, era un mechón de cabello de la mujer que el viento agitaba sobre su cara, y una hoja marchita que cayó sin ser notada sobre los rígidos rasgos del noble y devoto trío.

También hubo un anciano que había sido abandonado por el resto para que

pereciere, y con quien un niño solitario había permanecido, resistiéndose a sus súplicas y decidido a quedarse con él hasta el final. Cuando el enemigo se aproximó, el guerrero condenado se acurrucó detrás de un árbol, cubriendo con su cuerpo el de su acompañante de manera que, con suerte, el pequeño pudiera escapar. Llegaron. Le descubrieron con sus antorchas. Le arrancaron al niño, lo atravesaron con sus lanzas y dejaron atrás al anciano, para que llorase sobre su cadáver. Escarbó un puñado de hojas y tierra del suelo, y al esforzarse por ocultar el cuerpo en la insuficiente cavidad que había hecho, y al limpiar de la cara del muchacho las gotas de sangre que chorreaban desde su propio pecho, él mismo se reunió con los muertos que llenaban el bosque aquella noche.

Ahora nos volvemos desde los silenciosos y los fríos hacia los que aún sufren y corren, pues las horas han pasado y el reducido grupo de los que escapan está alcanzando el lugar de su refugio.

El terreno que en ese momento ocupaban los fugitivos era montañoso, y carecía de caminos o señales de ninguna clase que pudieran guiar los pasos de un extraño. La luna había desaparecido, y ayudados por la oscuridad y un conocimiento superior del lugar, habían conseguido poco a poco incrementar la distancia entre el enemigo y ellos. A esas alturas, la litera ya había sido desechada y, apoyándose en su hermano y en los más robustos de sus ayudantes, el Sacerdote se abría camino a pie penosamente, detrás del grueso de los derrotados. Aún quedaban algunas mujeres y niños entre ellos, pero ya prácticamente exhaustos y casi suplicando que los dejaran atrás para morir en paz. El cacique guerrero había intentado comunicarse con Ioláni una o dos veces, pero tan vagas y torpes habían sido sus respuestas, que las facultades del Sacerdote parecían arruinadas para siempre. Su hermano había querido sacarle de ese extraño estado de ánimo, y las mujeres le habían consolado y se habían lamentado a su lado. Pero su gesto no había cambiado, pues tampoco había cambiado nada en su interior. La excitación del momento del sacrificio, la sorpresa de la emboscada, la confusión de la batalla, el sufrimiento de la retirada, todo ello había dejado intacta la fuerza del recuerdo del bosque. La cruz que ahora pesaba sobre su ánimo era tan amarga y tan misteriosa como en el primer momento, cuando empezó a afligirle en presencia del niño.

Aunque avanzando cada vez más despacio, los derrotados seguían ascendiendo por la montaña. Los jóvenes, a partir de ese momento, vigilaban desde los claros el avance de los vencedores, que con impávida paciencia y perseverancia seguían las huellas de los fugitivos desde el valle. Por fin, llegaron a un profundo y escarpado barranco, sobre el cual se había tendido un burdo puente de troncos. En cuanto todos hubieron utilizado este paso, fue destruido, y al otro lado, los despojos del bando del Rey se detuvieron.

En este punto, casi al borde del barranco, se erigía una especie de plataforma de gran resistencia, construida casi enteramente con madera. Pasando bajo ella, los fugitivos llegaron a un espacio cerrado de extensión considerable, tres de cuyos lados

estaban protegidos por un muro de piedra de doce pies de altura, y el cuarto, por la citada plataforma. El terreno se inclinaba suavemente en el extremo más alejado del barranco y, a escasa distancia de la fortaleza, era muy boscoso. Esa entrada al recinto era considerada la más peligrosa de todas, y el muro, allí, era de gran anchura y fuerza, con su parte alta enlosada como una terraza para comodidad de los guardias, cuya torre de vigía en tiempos de conflictos era esa eminencia. El interior de este refugio estaba ocupado por un par de burdas chozas, una arboleda de plátanos y árboles de fruto de pan y un riachuelo. En lo alto de la plataforma había varias masas de piedras, montones de rocas y otros proyectiles para ser usados si el enemigo intentaba capturar el sitio escalando por las paredes del barranco que tenía inmediatamente debajo. Este refugio no pertenecía a ningún bando en concreto, sino que era propiedad, en aquel momento, de quien quiera que lo alcanzase antes. Tomarlo por la fuerza era algo que se consideraba imposible. Sus ocupantes estaban bien provistos contra el hambre. Lo único que debían temer era la posibilidad (terrible en un momento como el presente) de la sorpresa.

En el momento en que entraron, todos los fugitivos empezaron a prepararse para el esperado ataque. Los más fuertes se dirigieron a los bosques de alrededor para conseguir provisiones extra, y otros comenzaron a bloquear con grandes piedras la entrada bajo la plataforma. De los más débiles, algunos dispusieron las armas, y otros atendieron a los heridos. Así, en un periodo de tiempo inconcebiblemente corto, el refugio se puso en estado defensivo y, terminadas sus tareas más urgentes, los hombres del Rey aguardaron, en casi completo silencio, la llegada del enemigo.

En la habitación principal estaban reunidos el Rey, las mujeres, los niños y los gravemente heridos, y en las murallas estaban los guardias. Todos estaban juntos, excepto el cacique y el Sacerdote, y de estos dos, uno estaba en lo alto de la plataforma, y el otro se acurrucaba cobijándose bajo uno de los muros de piedra.

El día ya despuntaba, y los que lo habían recibido con regocijo la mañana anterior, hoy lo contemplaban silenciosos y apesadumbrados.

El Rey, que apenas unas horas antes se había movido entre miles, ahora veía a su alrededor apenas a unos centenares. De la riqueza de sus posesiones, apenas quedaba un puñado de armas. De sus numerosos consejeros, apenas restaba un hombre incapacitado y descorazonado. Era el primero de su estirpe cuyo reino había sido mancillado tan completamente por la derrota. Ya no tenía guía ni consuelo en el Sacerdote. Su Reina había sido asesinada en el umbral de su morada. Sus dioses le habían abandonado, y había perdido lo mejor de su ejército. Ya había sufrido el deshonor de la huida, de manera que ahora sólo le quedaban dos pruebas más: el cautiverio y la muerte.

Mientras meditaba, con amargura en el corazón, sobre sus adversidades, el desventurado gobernante se volvió una vez más hacia el silencioso y solitario Sacerdote. Pero Ioláni no tenía nada que decirle. La caída de una estirpe y la masacre de un ejército eran cuestiones demasiado nobles y generosas para un espíritu como el

suyo. Podía pensar en la huida de la víctima, y en la supervivencia de Aimáta, pues en ello encontraba razón para blasfemar de sus dioses. Podía meditar sobre su abandono del niño, pues en ese acto encontraba todavía alimento para su aborrecimiento de la madre. Podía recordar, una a una, las iniquidades de su existencia pasada, pues en esa ocupación, por terrible que fuera, estaba su única posibilidad de desentrañar el misterio de su recuerdo del bosque, destruyendo así su eterna conexión con sus pensamientos y evitando su fatal y continua influencia sobre sus actos. Pero compartir los pensamientos con sus congéneres, planear con otros, para el beneficio de otros, le resultaba, en un momento como éste, imposible. ¿Qué le importaban ahora los deberes de su posición o la celebridad de su nombre? Devolvedle su venganza, liberadle de la tortura de un recuerdo y un sentimiento, y para siempre perdería Rey y patria, honor y libertad, sin derramar una lágrima o formular una queja.

Mientras el sol se elevaba sobre la plataforma, los fugitivos aguardaban en silencio las primeras señales de la llegada del enemigo, y el Rey, incapaz de seguir soportando la angustia de la espera, subió al puesto que el viejo cacique defendía en solitario.

La cara del guerrero miraba al sol. Se apoyaba pesadamente en su cachiporra, e inspiraba el aire a bocanadas, a pesar de que se había levantado la brisa de la montaña. Una palidez mortal y la severa rigidez de sus rasgos le distorsionaban el semblante. De pronto, sin embargo, el sombrío y mortecino brillo de sus ojos se iluminó con una mirada feroz y salvaje; todo su cuerpo tembló violentamente, hizo un esfuerzo por hablar, se tambaleó hacia su señor y, señalando hacia los bosques de más abajo, cayó a sus pies. ¡Las primeras líneas del enemigo se aproximaban al barranco!

El Rey gimió desesperado y, levantando al anciano en brazos, le habló con voz amable y apesadumbrada. El guerrero moribundo volvió los ojos hacia su monarca e intentó besarle la mano. El Rey le arrancó la armadura del pecho y le levantó, pero la rígida expresión de su cara ya no volvió a cambiar. ¡Ay, la última batalla del cacique por la seguridad del soberano y por el futuro de la guarnición, ya había sido librada en las llanuras de más abajo!

CAPÍTULO VIII

EL DESTINO DEL NIÑO

Apenas había perdido de vista el Sacerdote a su vástago cuando los arbustos de la parte posterior del valle se abrieron lentamente y por la abertura se deslizó con sigilo un hombre solitario.

Manteniéndose deliberadamente fuera de la vista del niño, esta figura se aproximó a él lo más posible sin dejar de estar perfectamente oculto, y, agachándose, hizo un largo y paciente estudio del pequeño desventurado.

La única vestidura del hombre era un pedazo de ropa desgarrado que rodeaba su cintura con hebras de cocotero. El pelo largo y desordenado le llegaba hasta las caderas y, como su barba, era de un color marrón oscuro, habiendo sido chamuscado hasta alcanzar ese tono por la constante exposición a los rayos del sol. La piel de su cara era seca y descolorida, sobre la frente llevaba una profunda y repugnante cicatriz y, sobre el labio inferior, sus dientes sobresalían como colmillos. Su cuerpo, que por naturaleza había sido de gran altura, estaba ahora tan retorcido y deformado que su estatura distaba mucho de ser impresionante; y sus brazos flacos y huesudos parecían, en consecuencia, desproporcionados en tamaño y fuerza cuando se comparaban con el resto del cuerpo. En la piel tenía contusiones y desgarros, y andaba cojeando, como si hubiera sido gravemente herido en una pierna. Aunque la primera emoción que podía provocar su imagen era el terror, la segunda, en la mayoría de los espíritus, habría sido únicamente la lástima, tan completo era el aire de desamparo y sufrimiento de su aspecto. Nada en él indicaba la grandeza del hombre, nada afirmaba su semejanza externa con la humanidad, excepto sus ojos, e incluso éstos, en su extraordinaria expresividad, en su repentina y perfecta elocuencia, eran casi estremecedores. Si tenía pensamientos, debían de pasar como huracanes sobre su mente. Si poseía sentimientos, debían despertar en su corazón únicamente para no acomodarse allí, pues cada emoción humana parecía tener un intérprete instantáneo y fugaz en el único rasgo en que la belleza de la humanidad aún se podía descubrir en él. Unas veces, esos ojos impresionantes se oscurecían con tristeza; otras, se iluminaban con alegría; primero, resplandecían con ferocidad; después, se suavizaban con dulzura. Misteriosos, casi terribles, se distinguían dolorosamente del resto de su apariencia; desafiaban la deformidad que en el resto de él había hecho estragos en su forma.

Mientras vigilaba desde su escondite, el llanto del niño desamparado y abandonado llegó a sus oídos. Al principio tembló como si el sonido sólo le produjera terror. Después, escondió la cara entre sus largos y amorfos dedos y por último, como si le animara una idea repentina, desapareció, regresando casi de inmediato con

algunas frutas y una concha de agua en la mano.

Se acercó al niño con cierto temor, escondiendo sus rasgos tras el pelo como si fuera un velo, y colocó las escasas provisiones a su lado, arrodillándose y humillándose como si estuviera ante un ser que pudiera aniquilarle con una palabra.

Había algo impresionante y temible en la escena. Los árboles oscuros y majestuosos arqueándose en lo alto, la luz pálida que impregnaba el lugar, los rayos del sol cayendo fantásticamente sobre las dos figuras, la posición y apariencia del hombre, el terror frenético expresado en el semblante del niño, la lúgubre monotonía del distante panorama de los árboles... todo hacía honor a la reputación sobrenatural del sitio, todo se correspondía con las características de su miserable habitante.

Mecido por el peligro y acariciado por el terror, rodeado, como había estado desde el primer amanecer de su infantil percepción, por las gentes más salvajes y feroces del país, fue lo repentino de la llegada del hombre, más que la deformidad de su apariencia, lo que asustó al niño. La separación de su madre y su raptó y posterior abandono por el Sacerdote casi habían agotado su resistencia al miedo, y muy pronto las lágrimas volvieron a recorrer sus mejillas. Mientras miraba una vez más la figura acucillada del marginado, su expresión paulatinamente fue convirtiéndose más en sorpresa que en consternación.

Entonces, después de un intervalo, el hombre se aventuró (el pelo aún caído sobre su semblante) a tomar la mano del niño, y a acariciarla suavemente. El infante se sobresaltó ante el gesto, y retrocedió como si el contacto con la dura y callosa tez de su protector hiciera daño a su piel delicada, pero no aparecieron nuevas lágrimas en sus mejillas, ni nuevos sollozos salieron de sus labios. Lenta y cuidadosamente, el proscrito incrementó la familiaridad así iniciada (con el niño retrayéndose ante cada nuevo avance, pero sin intentar repelerlo) hasta que cogió en brazos al objeto de sus preocupaciones. Entonces tomó el fruto de pan, lo ablandó en el agua, y alimentó al niño con esmerada consideración, con la atención afectuosa y entusiasta de una mujer. Por último, lo devolvió amablemente a su lugar de descanso original, y empezó a reunir las más llamativas y delicadas flores silvestres que crecían en los alrededores, engarzándolas en burdas guirnaldas y formas fantásticas, y esparciéndolas ante el niño para que las destruyera o las acariciase, según fuera su infantil capricho. Con las prisas y el entusiasmo, el pelo se le había descompuesto, dejando parcialmente visible su cara, pero el niño abandonado siguió con su agradable entretenimiento, sin un gesto de miedo ni una expresión de desconfianza. Pronto, la sonrisa regresó a sus labios, murmuró graves e imperfectos intentos de habla, y pronto incluso dejó las flores y entrelazó los dedos en la larga y enredada barba del marginado, cuando éste se inclinó sobre él, examinando con infantil sorpresa su longitud y apariencia, y ya sin retraerse ni temblar.

Repentinamente, sin embargo, el rostro del hombre cambió. Sus ojos relampaguearon y se dilataron, y todo su cuerpo tembló convulsivamente. Se apartó del niño y se tambaleó hasta un punto cercano, apartado de su vista. Titubeó, regresó

un par de pasos, y entonces, como haciendo un último y sobrehumano esfuerzo, desapareció en el bosque.

Primero avanzó con rapidez, indiferente a los obstáculos, y quejándose y murmurando espantosamente para sus adentros. Después, como si estuviera completamente agotado, cayó al suelo, removiendo la tierra con manos y dientes, con espuma asomándole por los labios, los ojos brillando ferozmente y un temblor en los miembros, como si sufriera la más extrema agonía. En una ocasión, medio se levantó de la tierra, mirando patéticamente la soledad que le rodeaba y murmurando con voz rota sencillas palabras cariñosas, o diciendo tristemente un nombre concreto. En otra, miró a su alrededor con una expresión de pavor extremo. Entonces, retrocediendo, elevó ferozmente la mano como para descargar un golpe repentino y decidido. En ese gesto, el acceso de locura volvía a dominarle y atormentarle. Era una demencia temible cuando le poseía, pero no duraba mucho. Pronto quedaba agotado, con una siniestra palidez cubriéndole el rostro, y yacía inmóvil y silencioso sobre el suelo, salvo cuando un repentino escalofrío recorría sus miembros, o cuando un suspiro profundo y ocasional escapaba de sus labios.

Poco después se levantó y, apartando de su rostro y su persona las consecuencias de la repentina visita del sufrimiento, desanduvo lentamente sus pasos, en dirección al niño. Excepto por un casual y transitorio regreso de su más salvaje expresión a los ojos, no había ninguna evidencia exterior del tormento que tan recientemente había soportado, y su actitud hacia su pequeño protegido fue tan paciente, amable y sumisa como antes. Su repentino delirio parecía haber sido previsto y sufrido como un trance familiar, como una desgracia tan frecuentemente vivida que había acabado convirtiéndose en costumbre.

Volvió a dedicarse a la tarea de divertir a su acompañante, y sus esfuerzos fueron recibidos por el niño con la misma alegría que antes. Así vieron pasar las horas ambos, en su solitario receso, hasta que estuvo cerca el crepúsculo, el memorable crepúsculo que señalaba el mayor peligro para la madre y la feliz salvación del hijo, y entonces el hombre, cogiendo en brazos al niño una vez más, desapareció lentamente con él, dejando atrás el valle solitario e internándose en la maleza de la que había emergido cuando partió el infame Sacerdote.

Se abrió camino a través de lo más espeso del bosque (pasando por el claro y el montículo de piedras en donde había sido visto por Ioláni) hasta que llegó a lo más recóndito del bosque, donde el terreno era rocoso y desigual, y aparentemente inaccesible por la cercanía de los árboles y la cantidad de plantas silvestres y maleza que crecía entre ellos. Abriéndose paso a través de estos obstáculos, y al mismo tiempo teniendo el mayor cuidado de que los estorbos del camino no hicieran daño alguno al niño, llegó, después de descender una corta distancia, hasta una fila de rocas basálticas, y entró en una de las más profundas y grandes de las muchas cavidades que se abrían allí.

Desde este lugar, aunque la espesura de los árboles y una elevación del terreno lo

ocultaban de la vista, se podía oír, en una noche borrascosa, el oleaje de las aguas del gran lago. El aspecto interior de la cueva era vasto y lúgubre. En una esquina había un montón de musgo seco y hojas marchitas. En otra, los andrajosos restos de un vestido femenino, cuidadosamente disimulados en una grieta en la piedra. El espacio abierto ante la boca de la cueva estaba desgastado formando un pequeño camino, a un lado del cual florecía un macizo de pequeñas pero exquisitamente hermosas flores, que estaba protegido por una fuerte valla hecha con estacas de madera de carpe. Había en aquel lugar un aire de soledad absoluta extremadamente melancólico. Era uno de esos retiros, solitario y ermitaño, donde la menor muestra de presencia humana tiene un interés absorbente para el ojo más descuidado, donde el más humilde logro del arte humano sugiere una historia dolorosamente misteriosa a las imaginaciones más volátiles.

El primer acto del marginado fue avanzar a tientas a través de las tinieblas de la parte interior de la cueva, hasta el lugar donde estaba escondido el pedazo de vestido de la mujer. Aparentemente, con la intención de discernir si durante su ausencia había permanecido perfectamente inadvertido e intacto. Después de palparlo cuidadosamente, regresó hacia la mitad exterior de la cueva y empezó a esparcir su provisión de musgo seco en un pequeño hueco de la roca y, sobre el colchón tan simple y rápidamente preparado, colocó al niño con suavidad, sentándose a su lado para vigilarlo hasta que se quedó dormido.

Pero cuando el fresco aire nocturno empezó a penetrar en el lugar, un escalofrío recorrió el cuerpo del pequeño, y empezó a sollozar. El proscrito se volvió involuntariamente hacia el pedazo de ropa que estaba escondido a sus espaldas. Avanzó hacia él. Entonces, como si careciera del valor necesario para perturbarlo, recogió un poco más de musgo y con él cubrió el cuerpo de su protegido. Pero la agitación del niño pronto hizo inútil este abrigo y, después de dudar otro instante, sacó su extraño tesoro del escondrijo y con él envolvió el cuerpo del pequeño, produciéndole el uso que había dado a su posesión algún temor sobre su seguridad, pues mantuvo la mano sobre ella hasta que el objeto de sus preocupaciones volvió a sumirse en un profundo y tranquilo sueño.

Entonces dejó la cueva y caminó arriba y abajo por su pequeño sendero, deteniéndose al fin, como dominado por un impulso irresistible, junto al lecho de flores. Éstas parecieron despertar en él la facultad de la memoria, pues sus ojos se ablandaron (¡otro día podrían incluso haberse llenado de lágrimas!) al mirarlas, y cuando se inclinó y apartó un par de hojas marchitas que habían caído sobre su cercado, murmuró, mecánicamente, las mismas palabras cariñosas y el mismo nombre que había pronunciado durante su acceso de locura apenas unas horas antes. Pronto, sin embargo, regresó a la cueva, y se sentó una vez más junto al niño dormido. Y así, la noche de la batalla y la masacre pasó pacíficamente para los habitantes del bosque. ¡Así la abandonada e indefensa criatura se salvó, mientras el poderoso tirano que había planeado su destrucción era derribado de la cumbre de su

poder, y los guerreros del país eran derrotados y humillados en su esplendor!

CAPÍTULO IX

LA VENGANZA DE MAHÍNÉ

La noche de la batalla señaló el regreso de la acostumbrada tranquilidad a la aldea rebelde. Donde la pompa del sacrificio y el bullicio de los preparativos bélicos habían reinado recientemente, brillaba en ese momento la luz de la luna, y donde apenas un día antes se mezclaban gemidos y risas, maldiciones y bromas en la más absoluta confusión y en el más salvaje estruendo, sólo se oía la agradable música de la brisa entre las rocas de la playa y el crujido de las hojas de la arboleda que rodeaba la morada del jefe. Algunas de las casas parecían desiertas, mientras que a la puerta de otras apenas se podían ver algunas mujeres y niños, o un anciano solitario disfrutando tranquilamente de la belleza y el silencio de la noche. Uno por uno, incluso éstos fueron desapareciendo, cuando llegó la escolta de guerreros que acompañaba a las mujeres rescatadas hacia la morada de Mahiné.

Al organizarse el ejército, estos hombres habían recibido instrucciones precisas del jefe y, hasta ese instante, las habían obedecido con la mayor exactitud. Habían cogido por sorpresa a los vigías del Sacerdote, los habían asesinado en silencio, habían liberado a las mujeres y las habían traído a la aldea rebelde, y se estaban preparando para seguir las órdenes de Mahiné en lo referente a cómo debían ser tratadas aquí. Ambas debían ser alojadas, hasta su regreso, en la vivienda del cacique. Pero, si Idía insistiese en ello, se le debería permitir gozar de libertad, teniendo cuidado, sin embargo, de que Aimáta conservase su propia guardia especial bajo cualquier circunstancia. Hombres veteranos y expertos habían sido seleccionados por Mahiné para este servicio, y desde el primero al último demostraron ser dignos de su confianza.

La estancia de las mujeres estaba en la parte más hermosa de la isla, y tenían a su disposición todos los sencillos lujos del país; pero estos beneficios llegaban en un momento en que ninguna de las dos tenía ánimo para notarlos, ni deseo de disfrutarlos. Las escenas de terror vividas habían sometido la juvenil elasticidad del carácter de Aimáta, y ahora tenía que soportar la nueva tortura de desconocer el destino de su joven guerrero. Pero ni siquiera entonces le fallaron la paciencia y la fortaleza a la muchacha, y aunque sus penas eran muchas, se aplicó tan laboriosamente como siempre a ayudar a la recuperación de la desventurada Idía.

No hay prueba más maravillosa de la íntima conexión entre la formación corpórea y espiritual del hombre que la semejanza de la regla por la que se regulan en ambas los poderes de la resistencia. Si el dolor tiene el privilegio de afligir al cuerpo, después de haber perdido su poder, el pesar tiene el mismo valiosísimo privilegio en lo tocante al espíritu; y la insensibilidad no anuncia con más seguridad las más

agudas sensaciones en el uno que en el otro. Un vigoroso ejemplo de letargo espiritual se presentó, en esos momentos igual que en la ocasión anterior del viaje al templo, en la condición de Idía. Ninguna lágrima rodó por sus mejillas. Ningún temblor apareció en sus labios. Ningún suspiro, ningún gesto de pesar brotó de ella. Pero de todas las épocas de prueba, tal vez ésa fuera la peor que había sufrido. Miró a la muchacha arrodillándose a su lado, y pareció reconocerla con facilidad, pero no le habló, como había sido su costumbre durante los días de sufrimiento. Temiendo haber escapado de una muerte sólo para sacrificarse a otra, Aimáta redobló sus esfuerzos para aliviarla. Durante aquella noche fueron en vano, pero la siguiente se experimentó un cambio.

Una extraña inquietud parecía dominarla. Corría de un lado a otro, con un aire medio atormentado, medio distraído, como si intentara recordar alguna palabra o acontecimiento que acabara de borrarse de su memoria. Entonces, llamaba a Aimáta a su lado, y repasaba con ella, una y otra vez, las más insignificantes circunstancias relacionadas con el nacimiento y la existencia del niño; con sencillo patetismo, recreándose en los menores detalles, como si esta autoflagelación la consolara en su desgracia. Y entonces, después de un largo intervalo de meditación silenciosa y dolorosa, un relámpago de alegría antinatural pasó sobre su semblante, y apresurada y afectuosamente abrazó a la muchacha, diciéndole que había llegado la hora de su partida, que debía hacer un viaje al bosque cuanto antes.

Con la consternación y el asombro más completos, Aimáta le preguntó con qué intención, y ella al fin confesó que el único objeto de tal peregrinaje era intentar descubrir el cuerpo de su niño abandonado, que, después de muchos y dolorosos esfuerzos, había revivido su entrevista en la prisión con el Sacerdote, que él le había revelado la escena de su crimen, y que ella alimentaba la esperanza de que la zona del bosque donde había sido cometido el acto, al ser desolada y solitaria, hubiera permitido que el cadáver del pequeño pudiera seguir yaciendo sin ser molestado en el lugar de su miserable muerte. No implicaría a nadie en los peligros e incertidumbres de la búsqueda y, por lo tanto, rogaba para que nadie fuera tan cruel como para oponerse a su intención. Tuviera éxito o no, era muy poco el tiempo que exigía la realización de su proyecto. Su ausencia no tendría importancia para nadie, y suplicaba que la dejaran partir sin interferencias ni discusiones.

Todo esto lo dijo sin palabras de lamentación, sin lágrimas de tristeza. La menor posibilidad de reunirse con su hijo, aunque fuera de manera tan desdichada, extendía una fugaz y engañosa calma sobre su espíritu, y había en sus ojos una estremecedora expresión que era una mezcla de esperanza ansiosa y terrible, y de miseria latente y profunda cuando miró a la muchacha. Cuando Idía terminó de hablar, Aimáta tomó su decisión en un instante. Olvidando todos los peligros que en esta época de conflicto afectaban al país, y más especialmente a sus lugares solitarios, ella también anunció a la mujer su decisión de ayudarla en su lúgubre búsqueda, sólo para recibir inmediatamente la oposición de los guardias a que cumpliera sus generosas

intenciones.

Todas sus súplicas no consiguieron influirles lo más mínimo. Sus órdenes eran claras: la mujer podía partir, pero la muchacha debía quedarse. Aimáta sentía vívidamente los peligros que, bajo circunstancias como éstas, entrañaba la intención de Idía. Prometió cumplir en todo las órdenes de los hombres si al menos uno de ellos protegía a la mujer durante su viaje. Esta solicitud también fue rechazada. Se les había ordenado mantenerse en sus puestos hasta el regreso del jefe, y no podían desobedecer un mandato tan imperioso. A ojos de ellos, los peligros de la excursión de Idía eran tan pocos que consideraban que alguien de su propio sexo podría protegerla con tanta seguridad como ellos mismos, y tal protección sí la consentirían, pero ninguna otra.

Pensando que una compañía para Idía, aunque inútil, sí podría al menos mitigar su ansiedad, Aimáta aceptó la propuesta de los guardias, aunque para llevar a cabo el proyecto se encontró con muchas dificultades. Las mujeres temían exponerse en esos momentos en un lugar como Vahíría, y se resistieron obstinadamente al deber que se les imponía. Bajo otras circunstancias, los guerreros no habrían hecho más intentos por persuadirlas, pero en este caso sabían que complacer a Aimáta significaba ganar el favor del jefe, así que perseveraron para conseguir el cumplimiento de su promesa. Después de alguna demora, dos de las mujeres del lugar fueron seleccionadas como escoltas de Idía. Con la servil obediencia que dispensa en Polinesia el sexo débil al fuerte, las mujeres, visiblemente temerosas y reticentes, se armaron y se sometieron al decreto de los guardias. Y así la madre partió en silencio hacia el bosque, y la doncella permaneció llorando en la morada del jefe.

CAPÍTULO X

LOS ASEDIADOS

Sin prestar atención ni al rápido avance del enemigo ni a los ocupantes del recinto que se apelotonaban en el patio, el Rey contempló el cadáver del viejo guerrero guardando un largo y triste silencio. El último de sus sirvientes de renombre y capacidad le había sido arrebatado. Ya no le quedaba ningún consejero, ningún compañero. Pese a su poder, nunca se había sentido tan completamente inútil como en aquel momento. Nunca le habían asaltado la miseria y la melancolía con tanto patetismo como entonces. Cogió el cadáver entre sus brazos y descendió con él para reunirse con su pueblo. Una persistente desesperación dominaba sus filas. Los terrores de la muerte y el cautiverio parecían haber perdido sus efectos sobre ellos, y aguardaban su destrucción con una tranquilidad fría e insensible que se reflejaba en el modo de comportarse de todos y cada uno.

Más afectado, por naturaleza, de indolencia que de estulticia, el Rey se vio impelido a la acción por la necesidad del momento. Se apresuró a regresar a la plataforma, conminando a los guerreros que aún le quedaban a que le siguieran. Para entonces, el enemigo había cortado varios árboles de gran tamaño, había improvisado con ellos un nuevo puente y se preparaba para cruzar el barranco. El bando sitiado se apresuró a utilizar las flechas para oponerse a su avance; con cierto éxito al principio, ya que seis de los guerreros hostiles murieron mientras intentaban cruzar el puente. En todo caso, la participación de los luchadores del Rey fue breve, pues una lluvia de proyectiles procedente del grueso del ejército rebelde pronto les obligó a abandonar sus puestos, y los asaltantes acabaron por alcanzar la fortaleza sin encontrar oposición.

El Rey y sus seguidores les observaron desde detrás de sus defensas con una dolorosa incertidumbre. Desde la batalla, su número parecía haberse incrementado y, mientras desfilaban con gallardía frente a la solitaria fortaleza, hicieron toda una representación de marcialidad, con sus estandartes, sus instrumentos musicales y, a la cabeza, sus Sacerdotes Guerreros entonando a voz en grito la canción de la victoria. Acamparon a escasa distancia del refugio, e inmediatamente después de que se hubieran detenido, un embajador se aproximó a los muros del recinto portando una bandera de paz.

Fue recibido por el Rey. El mensaje era de Mahiné: el jefe, deseando ser misericordioso, le recomendaba por primera y última vez que se rindiera, si es que pretendía salvar su vida y la de aquellos que le acompañaban. Por otra parte, el discurso también dejaba claro que los insurgentes habían recibido refuerzos, y que estaban, además, a la espera de recibir más ayuda todavía, de modo que, estando el

Rey privado de aliados y defensores, resultaba evidente que sus dos únicas opciones eran vivir según los términos de Mahíné o morir según los suyos propios.

Cuando el hombre terminó de transmitir el mensaje, el desafortunado soberano contempló abatido aquel puñado de fugitivos heridos y fatigados. Aquellos guerreros curtidos en mil batallas aguardaban sin un solo gesto de ansiedad, con el obstinado valor de su stirpe y su nación, la orden que iba a condenarles al cautiverio o a la muerte. Su infeliz monarca fijó la mirada en ellos durante largo rato. Una fugaz expresión de furia y duda apareció en su cara, para ser, en todo caso, reemplazada por la miseria y la desesperanza más profundas. Se volvió hacia el heraldo; hundió la cabeza en el pecho y, más que decir, gimió estas dos melancólicas palabras:

—Me rindo.

Tan pronto como el mensajero hubo entregado aquella información en su campamento, Mahíné y sus jefes principales, escoltados por una fuerte guardia, se aproximaron a los muros. Las defensas de la entrada fueron retiradas inmediatamente, y los asediados, en triste comitiva, salieron a través de hileras de conquistadores.

En primer lugar aparecieron el Rey y su hermano, el Sacerdote. La presencia de Ioláni produjo el asombro más absoluto entre las tropas de Mahíné. Cualesquiera que fuesen los planes del enemigo, era evidente que se habían formulado siguiendo la suposición de que el Sacerdote había fallecido durante la retirada y, en el instante en que apareció, el jefe tuvo que soportar las imprecaciones de varios de sus asociados, expresadas en un tono agrio y de reproche. Aquel desacuerdo, en todo caso, pronto fue silenciado, y lo que quedaba del ejército real, seguido por las escasas mujeres y niños que habían escapado a los horrores de la batalla, continuó su marcha hacia el campamento rebelde sin que se les molestara ni prestase atención.

Al consejo de guerra, convocado por Mahíné y sus jefes, acudieron únicamente Ioláni y el Rey. Antes de detallar, en todo caso, el resultado de su conferencia, sería necesario señalar que la oferta de paz había sido realizada por el cabecilla rebelde sin la concurrencia de sus experimentados guerreros, cuyo consejo había sido respetar la sanguinaria costumbre, habitual en ocasiones como aquella, de exterminar a los vencidos. Mahíné se había negado a seguir aquel consejo. Una vez superados el calor de la batalla y la furia de la persecución, su crueldad se había desvanecido. El contacto con la dulce Aimáta había hecho más por suavizar y humanizar su naturaleza de lo que sus consejeros sedientos de sangre eran capaces de concebir; y nada podría alterar su piadosa determinación, que había llevado a cabo del modo detallado.

La conferencia fue breve, ya que al hallarse todo el poder en manos de uno solo de los bandos, era de prever que no se daría pie a la discusión. Los términos en los que Mahíné consintió en renunciar a posteriores hostilidades fueron: primero, la abdicación del rey en su favor y la cesión de su trono; y, segundo, el exilio inmediato del depuesto soberano, su hermano y todos aquellos que les habían acompañado durante su huida, a una solitaria y lejana isla, representando el regreso de cualquiera

de ellos a las costas de Tahití una ofensa penalizada con la muerte inmediata. Tal fue el osado y ambicioso uso que hizo el jefe de su recién adquirido poder. El desgraciado monarca y su espiritualmente devastado hermano aceptaron las condiciones con la insensibilidad que provoca la desesperanza más absoluta. Al momento se hizo traer una banda roja y blanca, alegórica de la paz, y, como si de una amarga burla se tratase, el destronado e indefenso Rey fue obligado a pronunciar el juramento habitual, según el cual se comprometía a no llevarla jamás en tiempos de guerra, mientras dicha posibilidad pudiese ser evitada por cualquier medio. Concluida aquella práctica, el cuerpo de guerreros al completo y el resto de la gente volvieron a ponerse en marcha en dirección a la costa. El jefe, para llevarle a su amada la noticia de su victoria, y los demás, para preparar las ceremonias por la paz que se llevarían a cabo en el Templo de Oro.

Durante la conferencia, los guerreros de Mahiné habían podido darse cuenta de que las pocas palabras pronunciadas por Ioláni durante el debate habían sido vagas y contradictorias, y que su reputada energía y coraje parecían haberle abandonado por completo. Por eso ahora, mientras pasaba lentamente frente a ellos, le observaron con curiosidad. Había en sus ojos una mirada fija y salvaje, y en sus labios una sonrisa feroz y antinatural, que les hizo temblar mientras le contemplaban. Parecía hallarse inmerso en una constante, extraña y severa comunicación consigo mismo. Ningún objeto o suceso externo parecía afectarle en lo más mínimo y, al verle dirigir sus pasos hacia adelante, murmurando ocasionalmente, se susurraron los unos a los otros que le había alcanzado algún pavoroso y secreto castigo de los dioses, una pena espiritual sin remisión ni clemencia.

CAPÍTULO XI

MADRE E HIJO

Con el corazón oprimido, las acompañantes de Idía la seguían de mala gana hacia los rincones más apartados del bosque. Continuamente volvían la vista hacia atrás, hacia los felices hogares que habían sido obligadas a abandonar, y no dejaban de dirigir miradas de desconfianza e incomodidad hacia la mujer que las obligaba a internarse en lo más profundo de la solitaria foresta. Cuanto más se alejaban, más lenta y errática se volvía la orientación de Idía. Se desviaba de un sendero a otro sin causa aparente para demorar su viaje de aquel modo, encontrándose aún en una etapa tan temprana de su empresa. Cuando se quejaron de aquel innecesario gasto de energías, Idía pareció no darse cuenta, ni siquiera las contestó. Antes de que transcurriese mucho tiempo, las mujeres empezaron a sospechar de sus motivos y a criticar su reserva, murmurando de vez en cuando entre ellas con inquietud. Si se alejaban más, ya no serían capaces de encontrar su camino de regreso en caso de que fuese necesaria una retirada. En el punto en que se encontraban, aquel recurso aún entraba dentro de sus posibilidades, y, tras dudar un poco, decidieron utilizarlo, fuesen cuales fuesen las consecuencias que pudiera provocar semejante comportamiento.

Una vez se hubieron puesto de acuerdo para llevar a cabo aquel egoísta propósito, la mayor de las mujeres le dijo a Idía que se detuviese, y con un tono malhumorado y determinante le habló de la siguiente manera:

—Hasta aquí hemos soportado contigo la fatiga del camino, pero no lo vamos a seguir haciendo. Nos conduces siempre hacia adelante, sin que sepamos adónde, con un propósito muy peligroso y completamente inútil. Si tu deber es disponer de tu pequeño, aunque ya esté muerto, también nosotras tenemos que cuidar de nuestros vástagos, y ellos están vivos. Continúa, por tanto, por ti misma tu búsqueda, ya que tememos seguirte más allá, rodeadas de una soledad tan absoluta y triste como ésta. En contra de nuestra voluntad fuimos obligadas a viajar contigo. Ahora, siguiendo nuestros propios deseos, nos proponemos regresar y desafiar la furia de los guerreros. Mejor es sufrir la ira de aquellos a los que conocemos que arriesgarnos a encontrarnos con los extraños y los vagabundos que hacen de éste su solitario hogar. Por lo tanto, sea cual sea el peligro, nos retiraremos y regresaremos mientras aún hay luz.

La desdichada y abandonada mujer fijó en ellas una larga y afligida mirada de reproche, pero no intentó replicar, no pronunció palabras de despedida mientras la abandonaban a su suerte. Las contempló mientras desaparecían entre los árboles con una atención triste y mecánica. Después, con un amargo suspiro, reemprendió de nuevo la marcha.

De vez en cuando se detenía y miraba atentamente a su alrededor, en parte por fatiga, en parte como si siguiera un irresistible impulso, pero con la única excepción de aquellas ocasionales paradas, continuó imperturbable su solitaria ruta. Estaba convencida de que, una vez alcanzara cualquiera de las orillas del gran lago, podría encontrar sin mayor dificultad el lugar donde el niño había sido abandonado. Pero su desconocimiento de las rutas del bosque convertían el descubrimiento de Vahíria en una incertidumbre. Cada pocos pasos, Idía se detenía para escuchar atentamente, por si acaso el rumor de las aguas fuese audible, pero fue el mismo silencio solemne y absoluto lo único que la recompensó en cada intento. Sentía el corazón apesadumbrado por la miseria, y los miembros tambalearse debido al cansancio, pero aun así se obligó a seguir avanzando lentamente hasta que, por fin, completamente agotada, llegó hasta una fuente que brotaba en mitad del bosque, y de la que partía una pequeña corriente del agua más cristalina. Tras haberse detenido allí para recuperar fuerzas, siguió el curso del riachuelo. Sus orillas pronto empezaron a ensancharse, y poco después sintió bajo sus pies un terreno rocoso e irregular. Siguió caminando hasta que la multitud de árboles empezó a disminuir, y consiguió llegar por fin a una de las salidas del bosque, bajo la cual yacía el derruido Templo del Dios de las Aguas, y la superficie del desolado lago.

Para entonces (tanto tiempo había vagado a través del bosque que acababa de dejar atrás) el sol había sobrepasado ya su meridiano, y la solitaria mujer, tras pasear una breve mirada sobre el escenario de toda su felicidad y todas sus desgracias, localizó el camino en el que se había encontrado con el despiadado Sacerdote por primera vez tras su captura.

Su comportamiento se caracterizó a partir de aquel momento por una agitación que daba miedo contemplar. A cada paso, a la vez que avanzaba apresuradamente, miraba cuidadosamente a su alrededor, hasta que alcanzó el banco de turba en el que Ioláni había abandonado al niño. En un instante vio los fragmentos de guirnalda desparramados por el lugar y, al agacharse sobre el suelo para examinarlos, descubrió marcas de pisadas sobre la tierra suave y porosa. Lanzando un histérico sollozo de júbilo, siguió las huellas más allá de aquella solitaria y pequeña depresión para internarse en la espesura que había más allá. Allí, las perdió la pista, pero aun así siguió avanzando, pese a la inútil oposición de los brezos y las espinas, hasta que alcanzó (con los miembros sangrando y lacerados) el espacio abierto que se extendía frente a la cueva del proscrito. En aquel lugar reaparecían las huellas. Sin dudar un instante, las siguió. En la boca de una de las cuevas se detuvo, y allí, avanzando a zancadas para salirle al paso con un palo alzado y una mirada de furia en sus ojos... ¡se encontró con un hombre solitario y aterrador!

Y apretado contra su pecho, en uno de sus brazos... ¿qué vio Idía? ¡Un niño! Se movió, la observó, profirió un gritito familiar y luchó por liberarse, alargando hacia ella sus pequeños brazos. ¡Un niño! ¡Era su hijo! ¡Estaba vivo! ¡Estaba contento! ¡Había conseguido escapar! ¡Qué hermoso era todavía!... ¡Su pobre y desdichado

niño! ¡Su hijo!

¿Qué importancia tenía ahora para ella el palo o aquel que lo empuñaba? Se abalanzó sobre el hombre, agarrando sus manos y cubriendo de besos el manto que cubría al niño. El pequeño redobló sus sollozos y sus esfuerzos por liberarse. El brazo del hombre cedió, dejó caer el arma alzada e inmediatamente Idía lo estrechó contra su pecho... ¡Había encontrado un niño vivo y saludable en vez del frío cadáver para cuyo entierro había vagado hasta tan lejos!

Una y otra vez recorrió con la mirada el cuerpo del niño, y aun así no lograba convencerse de que lo había recuperado, intacto. Minuto tras minuto, completamente inconsciente de su situación, se dedicó a acariciar a su vástago y a colmarle con todas y cada una de las palabras de aprecio que poseía su lenguaje. Pero antes de que pasase mucho tiempo levantó la mirada, retrocedió tambaleándose hacia la boca de la caverna y, presionando compulsivamente el cuerpo del pequeño contra su pecho, miró a su alrededor con una expresión del más absoluto asombro y consternación.

Los ojos del proscrito estaban fijos sobre ella, mostrando una profunda y elocuente melancolía. Su garrote yacía detrás de él, olvidado, y en sus manos tan sólo sostenía el manto con el que había envuelto al niño mientras lo había acunado entre sus brazos, recuperado cuando la madre había obtenido la posesión de su hijo. Sus labios se entreabrieron y se movieron como si hubiera hablado, pero ni una sola palabra audible salió de ellos y, tras una pausa, se volvió hacia el lugar que había acomodado para el descanso del niño, tomó de allí una guirnalda de flores y encaminó sus pasos hacia la parte más profunda de la cueva.

En aquel momento, Idía podría haber escapado con impunidad, pero permaneció allí, inmóvil. Sus ojos se dirigieron inconscientemente hacia el lecho del que el proscrito acababa de retirar la guirnalda, y sobre el cual había yacido evidentemente el niño. Observó el laborioso y cariñoso cuidado con el que se había confeccionado aquel lecho, pensó en la caridad que había preservado con su amor al niño abandonado, y una gratitud tan enorme y repentina inundó su corazón que convirtió toda sospecha en contra del salvador en agradecimiento por la salvación. Actuando, por lo tanto, según su primer y generoso impulso, avanzó hasta alcanzar la parte media de la caverna y, se dirigió a su miserable habitante con la mayor amabilidad posible.

Éste se encontraba ocupado plegando y guardando la guirnalda que había tomado del lecho en el interior de lo que quedaba del ropaje, demorándose en la tarea, como si le encantara recrearse en ella. Cuando las primeras palabras surgieron de la boca de la mujer se mostró alterado, y tras depositar su extraño tesoro en su escondite habitual, se dirigió abruptamente y en silencio hacia la entrada de la caverna.

Cuando volvieron a encontrarse al descubierto, Idía percibió que las lágrimas rodaban abundantes sobre las arrugadas mejillas del proscrito. Intentó dirigirse a él de nuevo, mediante simples expresiones de alegría y gratitud, pero él tan sólo murmuró unas quebradas y casi ininteligibles palabras de súplica y le hizo señas de que le

dejara solo.

Ella se marchó al instante, ya que no se atrevía a oponerse a su voluntad. Sin embargo, antes de que el follaje pudiera esconderle de su vista, se volvió y le miró, con la esperanza de que él aún pudiera hacerle una señal para que regresara. Pero en ese momento, el proscrito parecía insensible a todo estímulo externo, y lo último que vio de él fue que estaba sentado junto a su pequeña plantación de flores, tan silencioso e inmóvil como las rocas que rodeaban su solitario retiro.

Su propósito quedó fijado de inmediato. Pese a lo cerca que se encontraba la tarde, prefería intentar regresar antes que arriesgarse a buscar refugio en un lugar tan triste como los bosques de Vahíria. En su actual estado de éxtasis, no temía a la fatiga ni preveía desgracias, de modo que se puso en marcha, impaciente por iniciar su viaje de regreso a casa. Se trataba de una ruta fatigosa y, aunque una y otra vez se desviaba inconscientemente del sendero directo, era capaz de regresar a él gracias a una facilidad desconocida, consiguiendo llegar sana y salva y así disipar los temores de la fiel Aimáta y enterarse de la caída del infame Sacerdote. A la invitación que le hizo el jefe para que acudiera junto a él y su amada a las ceremonias de la Paz, Idía ofreció una agradecida pero firme negativa. De igual manera que antes había llorado por su hijo —explicó—, quería en tal momento disfrutar con él a solas. De modo que la dejaron en el pueblo junto al mar y partieron apresuradamente hacia el Templo del dios guerrero.

Y aquí, antes de que sigamos avanzando, sería necesario demorarse unos instantes para investigar la historia del extraordinario ser cuyo interés por el niño y cuya misteriosa conexión con el Sacerdote hacen de él un objeto de interés y con consecuencias en esta narración.

Aquel desgraciado había sido uno de los *muchos* designados para aumentar la lista de víctimas del Paganismo de las Islas del Pacífico, ¡y uno de los *pocos* que había escapado a los horrores de la muerte por sacrificio! En días más felices había sido una persona de rango y consideración en la isla de Eiméo. Un día, de visita en el territorio vecino de Tahití, llevado por el orgullo y la exuberancia de su corazón, habló con tanta jactancia de la extensión de sus posesiones en su tierra natal que logró despertar la curiosidad del Sacerdote, el cual aceptó ser huésped de aquel hombre tan rico durante un corto periodo de tiempo. El mismo día de su llegada a Eiméo, se enamoró de la mujer de su anfitrión, una bella aunque malvada mujer que sucumbió ante su pasión en cuanto oyó sus primeros ruegos. Asegurarse la posesión de su inútil trofeo fue entonces el siguiente objetivo de Ioláni. Persuadió sin dificultad a su enamorada para que denunciase a su esposo ante el Rey, declarando que había insultado a su persona y a su gobierno. La injusta estratagema funcionó demasiado bien y las habituales consecuencias a su ofensa cayeron de inmediato sobre el sospechoso: fue condenado, por orden del gobierno y del Sacerdote, a ser la próxima víctima humana ofrecida en los altares de los dioses del país.

En consecuencia, la noche establecida, aquel miserable condenado a muerte fue

capturado y conducido hacia el sacrificio. Las infames intenciones de Ioláni, en todo caso, estaban destinadas a verse frustradas en el preciso momento de su aparente triunfo. Merced a su gran fuerza y vitalidad, y a saber aprovechar el momento preciso, la víctima escapó y corrió por su vida en un instante de despreocupación de sus guardias, viéndose perseguido por una hueste de guerreros encabezados por el infame Sacerdote.

Su huida se inició en una extensa llanura, a cuyo extremo más alejado consiguió llegar en un espacio de tiempo increíblemente corto, habiéndose distanciado de todos sus perseguidores con la única excepción de Ioláni. Mientras el fugitivo ganaba el bosque, el neblinoso crepúsculo se había convertido en una noche nubosa, y confió en que, gracias a la oscuridad, podría despistar a su último enemigo y escapar. Pero cada vez que se detenía, aunque sólo fuese un momento, oía detrás de él los pasos del astuto Sacerdote. En vano intentó todo artificio que el ingenio podía sugerirle o su cuerpo llevar a cabo; su perseguidor se mantenía tan cerca del rastro que su única esperanza consistía en una huida continua y hacia adelante. Cuando hubo alcanzado la solitaria y pequeña depresión mencionada hace algunas páginas, sintió que sus sentidos se desconcertaban y que Ioláni le estaba alcanzando. En cuanto llegó al borde de la cavidad, aguijoneado por la desesperación, se volvió, desarmado como estaba, con la intención de defender su vida. El Sacerdote, que se encontraba más cerca aún de lo que él había supuesto, le atacó antes de que le diera tiempo a prepararse, y le asestó, en la oscuridad, un fuerte golpe en la frente que le dejó inconsciente. La víctima se derrumbó en la depresión como si hubiese sido golpeado por la muerte en persona, pero, en semejante posición y lugar, los empecinados esfuerzos de Ioláni por encontrarle aquella noche fueron inútiles. Su perseguidor, en cualquier caso, pronto abandonó el intento de encontrar el cuerpo, creyendo que lo había matado y proponiéndose reanudar la búsqueda al día siguiente, cuando la luz de la mañana debería coronarle infaliblemente con el éxito. Pero, antes de que llegara el amanecer, la desdichada víctima de la iniquidad del Sacerdote se recobró de su desmayo. Su herida, aunque grave, no había sido fatal, y tuvo la fuerza suficiente como para arrastrarse hasta asegurarse un escondite que le permitiera confundir los intensos esfuerzos que harían sus enemigos por descubrirle cuando llegara la mañana.

Desde entonces y hasta el momento de su presentación al lector, su existencia había sido una ininterrumpida sucesión de soledad y pesar. Las terribles secuelas que sobre su persona dejaron la soledad y el sufrimiento habían garantizado su seguridad frente a la captura; y los pocos caminantes que ocasionalmente le habían visto, en lugar de dar caza al *sacrificio*, habían huido sorprendidos y aterrorizados por la presencia del *Hombre Salvaje*.

Durante los primeros meses de su aislamiento, medio enloquecido por la soledad y negándose, a causa de su amor (pese a tener todas las pruebas ante sus ojos), a creer en la parte de culpabilidad que en la atroz conspiración que le había exiliado recaía sobre su mujer, se atrevió, protegido por la noche, a escabullirse hasta el escenario de

su fuga, únicamente para que se le rompiera el corazón al descubrir la prueba fehaciente de la complicidad de su infiel compañera con Ioláni en la perpetración de sus males. La vio salir de su vivienda, se apoderó en su ausencia de parte de las prendas que ella había vestido el día de su boda y regresó a su aislamiento, para dedicarse a cultivar un pequeño lecho con las flores que a ella más le había gustado entretejer para hacer guirnaldas y para rumiar melancólicamente sobre aquella reliquia que representaban sus ropajes, inundado por un pesar oculto y nunca aliviado.

La extraña perversidad que le había conducido a nutrir una pena tan indigna de su corazón pavimentó el camino para los demás males que aún le esperaban. La horrible soledad de su situación pronto empezó a actuar de manera fatal sobre su mente, cuyas energías se hallaban ya demasiado mermadas como para ofrecer resistencia ante su ominosa y malvada influencia. Pero además de sus otras desgracias, unos ocasionales ataques de locura vinieron a cumplir su papel en el tormento del desdichado vagabundo de los agrestes páramos de Vahíria.

Analizar la naturaleza de los sentimientos de aquel desgraciado, tal y como habían ido deteriorándose al tiempo que la deformidad se había ido extendiendo gradualmente por todo su cuerpo, es una tarea demasiado tenebrosa y demasiado extensa para la presente narración. Baste decir que sus primeros anhelos por estar con los de su raza se convirtieron paulatinamente justo en la emoción contraria: un horror y una desconfianza ante la humanidad completamente natural después de haber sufrido aquella continuada y melancólica soledad. Durante un breve espacio de tiempo el contacto con el niño había tenido el poder de vencer su creciente misantropía. Existe en los mejores sentimientos humanos una vitalidad que muy pocos sospechan. A menudo duermen en nuestro interior, pero en raras ocasiones mueren. Y así lo demuestra el comportamiento de aquel infeliz proscrito sin hogar. Aunque había presenciado el abandono del niño, había llegado demasiado tarde como para descubrir y enfrentarse al perpetrador del crimen. Las mejores influencias de la naturaleza humana siguieron actuando en su interior, de modo que pronto abandonó el motivo egoísta y natural que le había llevado a rescatar al niño abandonado con el fin de asegurarse alguna compañía en la soledad y la aflicción, para observarle con cariño por lo que era y no por lo que podía representar. Lo rápidamente que le fue arrebatada para siempre su última esperanza de consuelo, el lector ya lo sabe. Un instante de observación le había bastado para apercebirse, con dolorosa seguridad, del derecho de aquella mujer sobre el niño, y una apresurada reflexión le había sobrado para decidirle a someterse pacientemente a su destino. Aquélla fue su última lucha. La frustración de su última esperanza quebró el único lazo que le unía a la humanidad. A partir de aquel momento, sus ataques de locura se volvieron cada vez más frecuentes. En un breve periodo de tiempo, a pesar de sus esfuerzos por evitar la calamidad, todas las asociaciones que le ataban a su lecho de flores y a aquellos harapos nupciales, desaparecieron de su corazón. ¡Antes de que hubiese transcurrido

mucho tiempo, del antaño gentil y feliz isleño sólo quedó un peligroso demente!

CAPÍTULO XII

LAMENTOS ENTRE EL PUEBLO

La lenta marcha de los conquistadores y los conquistados a su regreso de la fortaleza presentaba un singular contraste con la velocidad a la que habían viajado hacia su refugio. Además de sus otras muestras de clemencia, el jefe había concedido al bando vencido el privilegio de enterrar a aquellos de sus muertos que habían caído durante la retirada, reservándose a sí mismo el derecho de disponer de los que habían sido asesinados en el campo de batalla. Aquella muestra de inusual indulgencia fue recibida con gratitud y alegría por los exiliados, y en esos momentos se rezagaban triste y lentamente por los senderos sobre los que tanto se habían apresurado la noche anterior.

Resultaba una visión melancólica, incluso en aquellos lugares donde menos cadáveres había, ver con qué heroica paciencia administraban los supervivientes de la lucha sus últimas necesidades a aquellos que en algún momento les habían amado y cuidado. Los métodos más expeditivos que podía inventar el bando vencedor para obligarles a llegar con más premura al final del viaje se demostraban inútiles. Sabían que el privilegio que Mahiné les había concedido cesaría al llegar al campo de batalla, y estaban decididos a aprovecharlo al máximo posible mientras lo tuvieran. Algunos formaban un grupo animado por el triste triunfo que representaba descubrir que todos aquellos a los que habían honrado y amado habían sido asesinados en la retirada, y que podrían, por tanto, ser preservados de la mutilación y el deshonor. Más allá, por el contrario, se rezagaban un par de desdichados que no habían podido encontrar entre los cadáveres a ninguno que pudieran reclamar como suyo, y que envidiaban a sus compañeros aquellos muertos que habían escapado del combate para ser sacrificados en la huida. Desde que habían recibido su sentencia de exilio, una especie de delicada simpatía parecía haber brotado en el corazón de los desterrados. Una extraña y repentina alteración de sus sentimientos se había alzado entre ellos. Y es que los silenciosos y fríos cuerpos no estaban acostumbrados a reclamar sus cuidados. Por ello, se demoraban más y más al recorrer aquellos sombríos senderos. Aún en el mismo umbral del bosque continuaron sirviéndose de su privilegio, tan duramente ganado y con tanta ansiedad disfrutado.

Y cuando al fin llegaron a la llanura... cuando sus hogares, en otro tiempo reverenciados por ellos con amor y alegría, les saludaron a su regreso convertidos en ruinas negras y desmoronadas... cuando los campos y los jardines en los que habían disfrutado desde la mañana a la tarde se mostraron sombríos y atroces con su carga de cadáveres... cuando, en una amarga burla, el océano que iba a conducirlos hacia su destierro rompía con su acostumbrada melodía en una playa bañada de sangre y

brillaba sobre los arrecifes de coral con su acostumbrado resplandor... entonces lloraron su miseria, entonces se arrodillaron en el suelo, vencidos por su dolorosa y absoluta desesperación.

En un primer momento, entre los que formaban el bando del depuesto Rey, sólo unos pocos fueron vistos vagando tristemente entre los muertos, que no se atrevieron a tocar, o deteniéndose con un pesar vacío y casi alelado junto a sus derruidos y saqueados hogares. Pero, gradualmente, también ellos se unieron al cuerpo principal de estoicos congregados alrededor del Rey prisionero, como si temieran la soledad comparativa impuesta sobre ellos por su separación temporal de los demás, y observaron con una atención mecánica y desolada, como sus compañeros, los sombríos preparativos para las ceremonias de la Paz.

Entonces, mientras el sol empezaba a hundirse sobre las aguas frías y serenas, se oyó la canción de la victoria entonada por los Profetas de la Guerra. Y sus voces se hundían en una cadencia profunda y hueca o se elevaban feroz y poderosamente en el aire, según la variación del tema o del ritmo. Mientras duró el son, los guerreros de Mahiné fueron vistos por todas partes, arrastrando los cuerpos de los asesinados en dirección al Templo y apilándolos en espeluznantes y deformes montones como ofrendas a la grandeza del dios de la batalla. Durante un intervalo de tiempo bastante considerable, aquella horrenda labor continuó con una regularidad y diligencia absolutas, excepto cuando un jefe se detuvo un momento para apropiarse del cráneo de un enemigo ilustre, el cual pretendía convertir en vasija que le sirviera de trofeo de guerra y con la que bebería en la celebración de la victoria. Cuando hubieron completado su repugnante tarea, los guerreros formaron una única, densa y oscura masa frente a los supervivientes de sus artes bélicas, a la espera de que llegara el jefe-Rey.

Nada, en aquel momento, podía resultar más salvaje o más sobrenatural que aquella escena. La luna empezaba a elevarse e iluminaba las calmadas aguas del Pacífico y la maltratada y ensangrentada tierra de la isla de Tahití con una suavidad sureña bellísima de contemplar. Las copas de los árboles a cada lado del llano, las filas de los guerreros que descansaban y el confuso amontonamiento de los cautivos acucillados en el suelo, aparecían, aquí y allá, parcial y pintorescamente iluminados por la misma luz brillante y deliciosa. Mientras, las zonas más ocultas de las rocas que rodeaban la playa a cada extremo, la orilla y los muros del Templo, con los muertos a su alrededor, se presentaban amortajadas por una impenetrable oscuridad que contrastaba enormemente con el brillante escenario recién descrito. Por otra parte, allí estaban los islotes, lejos, junto a los arrecifes, brillando sin sombras, y los bosques y las montañas, a lo lejos, hacia el interior de la isla, iluminados tenuemente o reposando bajo una suave e ininterrumpida oscuridad. Y sin embargo, pese a lo impresionante de la noche, sus maravillas pasaron desapercibidas para todos aquellos que se encontraban en la llanura, ya que para sus corazones endurecidos por el triunfo y sus ojos empañados por la miseria y la vergüenza, los encantos de la naturaleza no

poseen ni la elocuencia que emociona ni el encanto que asombra y deleita.

Poco después, el sonido de una música solemne surgió de los bosques que había tras el pueblo, y Mahiné y Aimáta, seguidos por una larga caravana de habitantes de diferentes regiones de Tahití y las islas vecinas, entraron en escena. Por la mañana, la impaciencia generalizada había sido tal que la realización de las ceremonias de la Paz, en lugar de comenzar una vez que hubiera llegado la noche, había sido prevista para la puesta de sol como muy tarde. En todo caso, eran muchas las causas que se habían combinado para producir un retraso tan inesperado como el que se había dado. Ya que, además de las horas perdidas por el bando vencido en enterrar a aquellos que habían sido asesinados durante la retirada, mucho más tiempo aún había empleado Mahiné en preparar la partida de su poblado nativo, en parte por la dificultad de reunir y preparar a sus seguidores, pero también debido a la nula disposición de Aimáta a acompañarle hasta el escenario de la batalla. De hecho, al alcanzar dicho lugar, el jefe se arrepintió de haber insistido en que obedeciera sus deseos, ya que tan pronto como hubo contemplado la sombría perspectiva que le aguardaba, la fortaleza completamente fingida abandonó a la pobre muchacha, y solicitó lastimosamente que se le concediera permiso para esperar la conclusión de la ceremonia en algún lugar donde los horrores del campo de batalla y la miseria de los cautivos no estuvieran al alcance de sus ojos. Mientras profería, entre lágrimas, su solicitud, una sombra momentánea cubrió el rostro del joven guerrero. Pero los dictados del amor llegan incluso a tener una influencia más fuerte sobre el corazón que los acerados imperativos de la tradición, de modo que su expresión airada pronto abandonó su semblante y la petición de la chica fue concedida sin reservas ni demora.

Entonces empezaron las ceremonias, con los lugartenientes y consejeros de Mahiné avanzando hasta determinado lugar para dedicar una oración a los vencidos, al encontrarse con el depuesto Rey y lo que quedaba de su ejército, y expresar de viva voz tanto la enorme e inusual clemencia del jefe victorioso hacia sus enemigos como los castigos a una posible revuelta y, por último, la virtuosa determinación del nuevo dirigente a mantener una paz larga y duradera. La respuesta del arruinado monarca se limitó a una excusa por la inasistencia de su hermano el Sacerdote a consecuencia de sus heridas, y una declaración de obediencia implícita por su parte a los deseos de su nuevo soberano. Apenas llevaba, en todo caso, unos momentos hablando cuando sus emociones de vergüenza y pena le impidieron continuar. Se detuvo abruptamente y, para esconder su desgracia a los ojos de sus conquistadores, se ocupó en preparar las jóvenes ramas que iban a ser entrelazadas con otras, proporcionadas por el bando opuesto, en la corona sagrada que representa el emblema de la paz. Una vez finalizada esta ceremonia, se ofrendaron a los dioses los animales requeridos y los Sacerdotes, por adivinación, declararon el tiempo que iba a durar la tregua. Entonces, el misterio final, la «heiva» o gran danza, comenzó con los hombres y las mujeres de la tribu de Mahiné bailando al inspirador son de los tambores y las flautas. El rasgo más extraordinario de aquella actuación fue el movimiento mediante el que cada

bailarín, cuando le llegaba su turno, intentaba sorprender a los guardias que rodeaban a su Rey recién elegido y acercarse a su persona tan cerca como para besarle la mano o para tocar los pliegues de sus ropajes reales. Aquella danza, que expresaba una absoluta devoción por la causa del monarca, pareció desatar el interés y la curiosidad más intensos, y cada vez que uno de los bailarines culminaba con éxito su propósito, se veía recompensado por los espectadores con escandalosas y duraderas exclamaciones. A la conclusión de aquella extraña ceremonia, se divulgó una proclama referente al solemne banquete que se celebraría a la mañana siguiente y al nombramiento del nuevo dirigente, tras lo cual la asamblea se disolvió. El grueso de los guerreros permaneció acampado alrededor del terreno para vigilar a los vencidos hasta que llegase el amanecer, momento en que finalizarían los preparativos para su destierro. Mientras, Mahiné y sus principales jefes y consejeros dirigieron sus pasos hacia un refugio provisional, situado a corta distancia del campo de batalla, en el que pasarían la noche. El guerrero triunfante se detuvo en el camino para visitar la cabaña en cuyo interior se alojaba, vigilada, su amada; pero su entrada no fue recibida con bienvenidas, ya que la joven Aimáta se estaba preparando para su reposo no con sonrisas y alegría sino con lágrimas y en silencio.

Y cuando las fatigadas horas de la noche llegaron a su fin y el primer rubor del amanecer hubo aparecido sobre el cielo oriental, la desolada llanura revivió durante un breve intervalo de tiempo con el ajetreo de los preparativos. La flota de canoas fue dispuesta ordenadamente junto a la orilla, los guerreros y el populacho fueron conducidos a sus respectivos puestos, y los heridos, los afligidos y los vencidos empujados hacia su largo y amargo destierro. El Rey destronado, con estoica paciencia y una calma inhabitual en alguien en su situación, abría el camino. El caído Ioláni, mirando a su alrededor con una expresión de impotente rabia y desdén, siguió a su hermano. Tras él llegó el cuerpo principal de los exiliados: el guerrero herido, la mujer desconsolada, y el niño aterrorizado. ¡Una procesión fatigada y maltratada por el infortunio!

Subieron a sus barcas, los guardianes las empujaron desde tierra firme y, triste y lentamente, se alejaron flotando de los hogares en los que habían vivido y de las costas que habían amado. Entonces, a medida que la pequeña flota se iba perdiendo de vista, la multitud reunida en la playa obedeció la señal de sus jefes e inició el camino de regreso a través del bosque hacia el hogar de su Rey rebelde.

Desde las desiertas aguas, las brisas se alzaron más frescas y puras, las grises y lejanas nubes se caldearon instantáneamente hasta adquirir un matiz suave y brillante, y un sol esplendoroso se elevó sobre la llanura del Templo, no para el regocijo de los corazones de una población feliz, sino para burlarse de la deformidad de los macabros y fríos cadáveres y para acentuar la desolación de sus hogares desiertos y en ruinas.

* * *

Fin del Libro Segundo

LIBRO TERCERO

«The web is woven...
the work is done».

GRAY

«La telaraña se ha tejido...
el trabajo está hecho».^[3]

CAPÍTULO PRIMERO

LAS NUPCIAS DE MAHÍNÉ

Nunca había brillado el sol del otoño con tanta intensidad sobre Tahití como lo hizo durante aquellos días consagrados a la boda y a la ascensión al trono del nuevo Rey. Nunca se había visto un contraste tan extraordinario como el que en tales momentos se apreciaba en la apariencia de sus habitantes en comparación con el pasado. El Sacerdote vagaba pensativo por los interiores del Templo y el guerrero se tendía al sol de la mañana, ya sin sus armas y libre de sus atavíos de guerra. Los viejos y los niños se mezclaban, confiados, entre las filas de los robustos campesinos; y las mujeres acariciaban a sus hijos, sin reprocharles nada en absoluto, en los lugares más apartados y desiertos del campamento. El mismo aspecto de paz reinaba por todas partes, y la misma alegría simple e indolente se reflejaba en el comportamiento de todos. En la costa se podían ver, a medida que se aproximaba la fresca marea, flotas de canoas desembarcando su carga de felices visitantes llegados de las islas vecinas. En los sombreados senderos del poblado, se reunían pequeños grupos de campesinos, con sus trajes de fiesta, y bailaban al son de la música suave y lujuriosa de la flauta nativa; y en los distantes bosques se demoraban perezosamente el joven que cortejaba a su amada, el viejo guerrero que portaba sus armas hasta su lugar de descanso, y el niño que recogía a cada paso una flor más fresca y hermosa para añadir a la reserva de guirnaldas festivas acumuladas en casa. Ningún recuerdo desolador en relación con la reciente guerra parecía afectar a un solo corazón en todo el pueblo. Sus palabras, sus miradas y sus acciones eran todas producto de la alegría. Y tan ligera era la canción, tan alegre la música de aquella feliz gente, como si jamás hubieran conocido un tumulto en sus costas, como si nunca se hubieran cernido la tristeza y el duelo sobre sus moradas.

A medida que amanecía el día de la boda, empezaron los festejos, aunque tampoco entonces se pudo ver una mezcla indiscriminada entre los sexos, y la escena resultaba por lo tanto bastante más curiosa e impresionante que estimulante y pintoresca. Todas las golosinas que se podía permitir la isla estaban esparcidas sobre el suave y verde césped, frente al sexo más fuerte y privilegiado, y a cierta distancia, para el mayor disfrute de cada uno de los sentidos, las bailarinas y los músicos practicaban infatigablemente sus lujuriosas artes. Hora tras hora se mantuvo el goce, sin una palabra de cólera ni un amago de fatiga que dañara su constante presencia, hasta que la música de los tambores y las flautas dio la señal, desde los claros del bosque, para el inicio de los juegos del festival, y entonces se abandonaron por fin los festejos y el pueblo al completo se volcó ansioso sobre los deportes.

El lugar dedicado en aquella ocasión para el entretenimiento de la isla fue un

llano de cierta extensión cubierto de hierba, completamente rodeado por magníficos árboles y ligeramente inclinado desde todos sus extremos hacia el centro, adquiriendo casi la forma de un anfiteatro natural. En poco tiempo, el lugar, únicamente ocupado en un principio por los vigilantes de los juegos, quedó repleto por la jubilosa e impaciente multitud hasta las mismas barreras que indicaban la localidad reservada para los participantes. Ninguna variedad podría ser más hermosa que la que ofrecían la indumentaria y las posturas de los espectadores, a medida que cada uno de ellos se acomodaba en su lugar favorito. Las lustrosas tonalidades blancas, amarillas y escarlatas de los vestidos brillando a la luz o matizadas por la suave oscuridad de la sombra, contrastaban bellamente en su alegre mezclanza, con la tranquila monotonía del verde que les rodeaba. En aquel lugar no había asientos cuidadosamente colocados mediante los que propagar un antinatural aire de orden y propiedad sobre las posiciones de la asamblea. Algunos permanecían de pie, impacientes por el inicio de las actividades deportivas. Otros, descuidados y relajados, se reclinaban apáticamente sobre el suelo. Un grupo se amontonaba sobre las barreras. Otro se retiraba lentamente para unirse al público apelotonado en el umbral del bosque. Un grupo de jóvenes trepaba a los árboles para obtener una mejor visión de los juegos, y se ocultaba felizmente entre las frescas y sombreadas ramas, mientras un ambicioso pilluelo peleaba para atravesar las barreras y alcanzar el mejor puesto, el más cercano de todos. La confusión y el movimiento continuos penetraban en cada hilera de espectadores, y la risa y las bromas pasaban de boca en boca, hasta que el viejo bosque volvió a quedar inundado por el sonido. Finalmente, tras cierto retraso, llegó el momento de la excitación. Un luchador de Tahití y un luchador de Eiméo entraron en el recinto preparándose para el combate, y un silencio de intensa expectación se abatió sobre la festiva multitud.

Ambos hombres se encontraban desnudos excepto por unos taparrabos de lino. El campeón de Eiméo tenía una ligera ventaja sobre su adversario en altura y constitución física, pero el luchador nativo era un espécimen muy superior en belleza y gracia masculinas. Cada uno de ellos era, por sus capacidades personales, el más celebrado de su respectiva isla, y la presente contienda se veía de modo general como decisiva para averiguar a cuál de ellos pertenecía la supremacía del campo.

Durante los primeros minutos, los antagonistas mantuvieron las distancias observando cautelosamente los movimientos del rival, ya que la práctica de la lucha libre en las islas del Pacífico permitía el uso de artimañas de todo tipo si alguno de los combatientes no se sentía seguro de alcanzar el éxito únicamente por la fuerza. Al final, como si la espera le hubiera impacientado, el campeón de Eiméo se abalanzó sobre su hombre, agarrándole de los hombros y confiando en que su altura y peso superiores le permitirían derribarle. El luchador de Tahití actuó únicamente a la defensiva hasta que notó que lo peor del asalto del otro ya había pasado. Entonces, repentinamente, soltando el hombro de su adversario y por lo tanto desequilibrándole, rodeó la cintura del hombre de Eiméo, lo alzó en el aire y le arrojó violentamente

contra el suelo.

Un momento más tarde el aire se había inundado con los gritos de los espectadores y la discordante música de los tambores de guerra. Las barreras fueron arrasadas como por una tormenta, y hombres, mujeres y niños bailaron como criaturas frenéticas alrededor del cuerpo del hombre derribado. Cientos de voces se unieron en un salvaje coro, después en diferentes canciones de victoria, para terminar gritando con más fuerza aún sus más bestiales expresiones de triunfo y desafío. El tumulto se elevó todavía más cuando el bando del luchador caído empezó a responder a los que lo celebraban mediante vociferantes declaraciones de la habilidad del vencido y las más salvajes predicciones sobre la cada vez más cercana derrota de su rival. Apenas podría imaginarse una escena de más fiero clamor y confusión. Y sin embargo, cuando el tumulto alcanzó sus cotas más altas, bastó la aparición de dos nuevos luchadores para que todo volviese a la calma de una manera casi inmediata. La gente se retiró a sus puestos tan súbitamente como los habían abandonado y se reanudó la competición, aunque tan sólo para volver a desembocar en la misma extraordinaria demostración de entusiasmo y júbilo en sucesivas ocasiones, hasta que todos los combatientes quedaron exhaustos y la atención de la feliz multitud pareció quedar atrapada por otro tipo de diversiones.

Las mismas reacciones que habían caracterizado los combates de lucha libre marcaron la celebración de los siguientes juegos, constituyendo los motivos de entretenimiento los simulacros de peleas, los bailes, y el lanzamiento de jabalina. A la llegada del atardecer concluyeron las festividades de aquel día con la actuación de la compañía Areoi, teniendo ésta las mismas características ya mencionadas con anterioridad en esta misma narración. Una vez concluida esta última exhibición, volvió a sonar la música, pero ahora siguiendo unos compases más solemnes y medidos, y los presentes en la asamblea, susurrando ansiosamente entre sí, dirigieron sus pasos hacia las avenidas que conducían al Templo de la Paz, posicionándose a los lados del camino para contemplar la comitiva nupcial que se esperaba apareciera de un momento a otro.

La paciencia de la multitud fue, en aquella ocasión, puesta a prueba muy brevemente, ya que apenas se habían situado en sus puestos cuando de entre los recovecos del bosque empezaron a surgir unos distantes trinos de flauta, y poco después, avanzando lentamente por las largas y sombreadas avenidas, se hizo visible (simple y sin embargo imponente) la comitiva nupcial.

En primer lugar aparecieron los sacerdotes, con sus ropajes sagrados, seguidos por un grupo de músicos, envueltos en togas amarillas estampadas en rojo con las formas de las diferentes flores que se podían encontrar en la isla. A cierta distancia marchaba una selección de los más ilustres jefes de Mahiné, con sus holgados y blancos ropajes inferiores, que hacían destacar por contraste los amplios chales de rojo vivo y oscuro con los que habían envuelto sus torsos. Después llegó un grupo compuesto por algunas de las más jóvenes y hermosas mujeres de la isla, cubiertas

sencillamente por níveas togas. A ellas las siguieron la novia y el novio y, al final del todo, llegaron los parientes del Rey e Idía y su hijo.

Si alguna vez el rostro suave y feliz de la chica había sido hermoso fue en aquel momento, cuando toda la variedad de emociones placenteras que puede contener el corazón pugnaba por asomar elocuentemente a su expresión. Nada podía ser de un buen gusto más exquisito y apropiado que su vestido nupcial, desde el cabello trenzado en forma de turbante y la triple corona de flores blancas, rojas y amarillas que adornaba su cabeza, hasta la toga ribeteada de escarlata que la cubría hasta los pies. Nada podía ser más natural y seductor que su apariencia y su actitud, mientras permanecía bajo la solemne y tenue luz que alumbraba el interior del Templo, estremeciéndose entre sus encontrados sentimientos de placer y apasionada admiración por el Rey, y la intimidante cercanía del inicio de la sagrada ceremonia.

Y en aquel momento, tocado con los atavíos más imponentes de su orden, el Sacerdote jefe se adelantó y dirigió una solemne admonición tanto al esposo como a la mujer en pro de su futura constancia, concluyendo el discurso con la elocuente y patética oración por la futura felicidad de la pareja de recién casados, habitual en ocasiones semejantes. Entonces, tras haber sido tomados de sus tumbas los cráneos de los ancestros de Mahiné y colocados a su lado, se trajo un gran pedazo de tela blanca, emblema de la pureza y lo sagrado de la ceremonia, y Aimáta y el Rey la agarraron en silencio cada uno por un extremo. Y es que, la hermosa superstición de que los espíritus de sus muertos amados y honrados se convertirían de esta manera en los guardianes de su descendencia en la tierra, estaba completamente arraigada entre aquella gente de alma poética. La más perfecta reverencia quedó reflejada entonces en el comportamiento de todos los presentes, ya que se había alcanzado el momento culminante de la ceremonia nupcial, cuando los espíritus de sus padres se demoraban alrededor de la forma de Mahiné para santificar sus votos y para propiciarle unos prósperos días en su futura existencia. Durante un tiempo considerable, nadie rompió el silencio; cada asistente al Templo permaneció tan fijo e inmóvil en su posición como los muros a su alrededor. Al fin, tras recibir una señal del Sacerdote jefe, la novia y el novio retrocedieron hasta sus lugares anteriores, los cráneos fueron cuidadosamente retirados y la ceremonia final fue preparada por Idía y los padres del Rey.

Habiendo tomado previamente un trozo de tela blanca entre las dos, Idía y la madre de Mahiné se infligieron a sí mismas varias heridas con un objeto punzante en distintas partes de su cuerpo, tan graves como para causar un flujo de sangre que cayera sobre el lino que ambas sostenían. Cuando éste estuvo perfectamente empapado, fue depositado por las dos mujeres a los pies del rey y de su novia, quienes a su vez abrazaron afectuosamente uno a su anciana madre, y la otra a su generosa protectora y amiga. Este extraño procedimiento no era diferente en intención de la anterior ceremonia. Del mismo modo que en aquélla los cráneos de los muertos eran símbolos de la presencia favorecedora de los espíritus que ya habían

partido, en ésta la tela manchada de sangre evocaba la sinceridad y la vitalidad del afecto de aquellos que eran más queridos por los adoradores que en aquel momento se encontraban en el altar. ¡De esta manera poética y conmovedora se constituía un matrimonio en las islas del Pacífico! Y sin embargo, ninguna ceremonia tenía unos efectos tan temporales y era tan poco reverenciada o considerada cuando ya había terminado como aquélla. De hecho, podría decirse sin faltar a la verdad que el contrato nupcial en aquella tierra de lujos se establecía con inteligencia y cuidado, únicamente para romperse a voluntad por la frivolidad y el capricho.

Con aquel ritual concluyó la boda y la partida nupcial, conducida por el Sacerdote jefe, reapareció en la avenida del Templo. Sin embargo, en vez de regresar al poblado, se internaron por un sendero que atravesaba el bosque y que conducía a una pequeña cabaña que se alzaba en medio de un retirado valle, rodeado y casi oculto a la vista de todos por su majestuosa protección arbórea. Allí, la procesión se detuvo. La joven pareja fue situada sobre una corteza recubierta de hierba y mientras los grandes jefes y consejeros se turnaban para homenajear a su recién elegido Rey, las mujeres de la partida entregaron a la joven Aimáta sus humildes obsequios, consistentes en flores, frutas y ropajes alegremente teñidos. Finalizadas aquellas obligaciones, se intercambiaron los abrazos de la despedida y los diferentes asistentes a la boda se prepararon para partir, ya que el sol empezaba a hundirse rápidamente en el océano occidental.

El rumor de las voces procedentes de las avenidas ya había cesado, la multitud se había dispersado y los senderos de las selva se habían vaciado con la llegada de la noche. Los Sacerdotes encaminaron sus pasos hacia el Templo. Los jefes y los consejeros regresaron al palacio del Rey, Idía se retiró con su hijo a su solitaria morada, y Mahiné y Aimáta, que remoloneaban bajo el suave crepúsculo a la puerta de su aislado refugio, se quedaron solos en la soledad del Templo del bosque.

CAPÍTULO II

LA CAZA DEL PROSCRITO

Dos meses desprovistos de incidencias habían transcurrido desde la celebración de las nupcias del Rey y, en el ejercicio de sus labores habituales, las gentes del poblado casi habían olvidado los días de festejos y alegría que habían disfrutado. En un primer destello de egoísmo por su amor, Mahiné, despreciando el consejo de sus guerreros, se había retirado con Aimáta a uno de los islotes cercanos a Tahití. Allí, en una gozosa indolencia, él y su amada habían pasado los últimos días agradables del otoño rodeados de cantantes, músicos y bailarinas, reposando a la fresca sombra de los cocoteros o deslizándose en sus canoas sobre la tranquila superficie del océano de medianoche a la luz de la luna. Aquella indiferencia por las obligaciones derivadas de la necesidad de reforzar su gobierno recientemente adquirido fue recibida con considerable desprecio y aprensión por los consejeros más ancianos y experimentados de Mahiné. Resueltos a despertar al Rey y a mostrarle el peligro que representaba su inactividad en un momento tan poco apropiado, le visitaron por segunda vez en su retiro, sólo para ser recibidos de nuevo con la misma despectiva indiferencia que había marcado su recepción en la anterior ocasión.

Las consecuencias inmediatas de este desacuerdo entre el Rey y sus ministros, que nada bueno presagiaba, pueden imaginarse sin dificultades. Las más remotas, sin embargo, no las desvelaremos por el momento.

Mientras en el islote el amor batallaba de esta galante manera contra las obstinadas incursiones del Deber, la solitaria Idía permaneció sin ser molestada en su casa de la aldea. La paz parecía haber regresado por fin a su vida, pero la felicidad que la había acompañado en aquellos días pasados aún se demoraba en acompañarla. Las variadas y profundas emociones cuya violencia había sufrido durante tanto tiempo habían dejado su huella en la profunda y habitual melancolía que durante aquel periodo se apoderó de su corazón. Aun a su pesar, todavía echaba de menos los fatales días en los que había mantenido sus primeros contactos con el Sacerdote. Todo lo que había sufrido a causa de la crueldad de Ioláni no parecía sino un desenlace melancólico a todo lo que había disfrutado gracias a su afecto. Pese a que sentía lo degradante que resultaba aquella debilidad, superarla estaba más allá de su capacidad, y salvo cuando la presencia del niño se convertía en ciertos momentos en un severo y penoso reproche a la inutilidad de sus reflexiones, sus pensamientos se dirigían invariablemente hacia el apasionado amante de Vahíria antes que hacia el inexorable tirano del Templo y del campo de batalla. Y es que, ¡ay!, aunque podemos provocar el amor de alguien por el capricho de un solo instante... ¡a menudo le condenamos a reprimirlo durante toda una vida!

Su existencia se había convertido en una monotonía llena de tristeza, aumentada, que no rota, por la insuficiente compañía de su hijo. El único consuelo para su soledad era sentarse, atardecer tras atardecer, cuando el niño ya estaba durmiendo, inmersa en sus pensamientos, a contemplar el brillante y lujurioso paisaje a medida que se difuminaba y se oscurecía debido a la proximidad de la noche. Hasta entonces se había entregado a aquella pacífica ocupación sin incidentes ni interrupciones, pero en todo caso, aquel atardecer al que está dedicado este capítulo, estaba destinada a experimentar un serio contratiempo en la inocente ocupación de sus horas solitarias.

Como era su costumbre, había estado vigilando al niño, en este caso sentada a su lado, hasta que se había quedado dormido. Después, se aproximó a la entrada de la cabaña, se acomodó en su sitio habitual, y se sumergió, con cierta premura, en su habitual ensueño.

Cuando el crepúsculo se hubo marchado y la luna se elevó en el cielo, la inquietud de su estado mental infectó sus facultades corporales por lo que, abandonando su asiento, anduvo a zancadas de un lado para otro frente a la puerta, contemplando el cielo repleto de estrellas y también el oscuro océano. Al detenerse un momento en uno de los extremos de su jardín, vio, o creyó haber visto, una figura que se arrastraba a cubierto de las paredes de su cabaña. Durante unos momentos su agonía y su terror fueron tan intensos que se quedó completamente inmóvil. Todo pensamiento temeroso e inesperado estaba relacionado en su mente con las maquinaciones del Sacerdote, y pese a estar convencida de su destierro, era al astuto Ioláni al que esperaba encontrarse cuando, con una resolución desesperada, se aproximó por fin a la puerta de su morada.

Dudó un breve instante, mientras el recuerdo de todos sus sufrimientos a manos del Sacerdote se abalanzaba como un remolino sobre su mente. Después, su resolución la ayudó una vez más y entró.

Los rayos de luna que se filtraban a través del umbral caían sobre el lecho del niño. Su sueño seguía igual de tranquilo que cuando su madre había estado velando por él, ahora que su lugar había sido ocupado por el demente proscrito del lago Vahíria.

¡Se había sentado allí! Su deformidad aparecía más espantosa y terrible que nunca a causa de la luz pálida y fría que la iluminaba en aquel momento. Sus ojos se fijaban, soñadores y tristes, en el rostro del niño y, de vez en cuando, esparcía unas cuantas flores sobre su lecho, como si aún se creyese en el interior de la caverna en la que había conseguido preservar al objeto de sus cuidados. En un primer momento de sorpresa y terror, Idía lanzó un agudo grito. El proscrito se levantó de inmediato, agarró al niño y, con la extrema astucia de la locura, se retiró al rincón más oscuro de la cabaña, con la intención de conseguir que la mujer dejara libre la entrada atrayéndola hacia al interior con idea de rescatar a su vástago, o impulsándola a salir en busca de ayuda. No estaba, en todo caso, destinado a escapar con semejante impunidad. Los gritos de socorro de la mujer habían atraído hasta la cabaña a unos

campesinos que regresaban hacia sus hogares. En el momento en que sus pisadas fueron audibles, el demente abandonó su refugio (ya que notaba cómo se cernía sobre él uno de sus frenéticos ataques), apartó a Idía del umbral de la puerta arrojándola al suelo y se enfrentó al grupo que se aproximaba al rescate en uno de los extremos del jardín. Intentó abrirse paso entre ellos, pero uno de los hombres se arrojó sobre su cuello y otro le arrebató al niño de las manos y corrió con él a la cabaña. De inmediato, antes de que ninguno de los tres campesinos que quedaban pudiera agarrarle también, el proscrito alzó en brazos, como si fuera un niño, al hombre con el que aún estaba luchando y echó a correr internándose en la espesura.

No había nada que guiara a los horrorizados campesinos que se apresuraron al rescate de su compañero aparte de sus gritos de socorro y la salvaje risa de aquel loco, que sobrecogía el inmóvil aire de la noche. Pronto, los gritos cesaron por completo y ya sólo se escuchó la risa, cada vez más y más distante. Pero ellos siguieron adelante. Se trataba de una persecución espantosa y llevada a cabo a una hora espantosa, pero mientras hubiera la más mínima esperanza, aquellos hombres estaban determinados a rescatar a su desgraciado compañero, fuese cual fuese el peligro que les acechaba.

Lo que no sabían es que se encontraba más allá de toda ayuda. Su fuerza había quedado reducida a nada al compararse con el abrazo del demente. Con el brazo izquierdo rodeando fieramente a su víctima y con la mano derecha apretando firmemente su garganta, el proscrito le había estrangulado como si de un niño se tratase. Apenas unos minutos de lucha y había muerto.

¡Alegre! ¡Alegre! ¡Sobre el llano iluminado por la luna, a través de los senderos que atraviesan el desierto bosque, y sobre la suave y blanca arena que descansa más allá, junto al océano! ¡Mientras brillen las estrellas! ¡Mientras el rostro del muerto siga lívido! ¡Mientras las maldiciones de tus perseguidores resuenen a tus espaldas levantando ecos en el bosque! ¡Habrá razones para sentirse jubiloso! ¡Habrá placer en la huida! ¡El viento silba débilmente! ¡Las olas gimen tristes junto a la solitaria orilla! ¡Sigue avanzando alegre, loco! ¡Sigue avanzando alegre!

Le persiguieron hasta la playa. Allí se volvió un instante mientras le gritaban que se detuviese. Entonces, redoblando sus esfuerzos, se dirigió hacia los altos peñascos que bordeaban la costa y se lanzó a trepar por sus accidentadas y escarpadas superficies. En aquel momento los campesinos empezaron a reducir las distancias, ya que el peso de su horrible trofeo le estorbaba y perdía terreno a cada paso que ascendía. Los campesinos vieron que la única oportunidad de atraparlo residía en aquel tramo rocoso y redoblaron sus esfuerzos. Pero abrirse paso a través de aquellos precipicios no resultaba tarea fácil bajo la engañosa luz de la luna, y poco después, pese a los infructuosos resultados de su peligroso empeño, llegaron a un punto muerto al borde de un abismo.

Daba miedo contemplar tal lugar a aquellas horas. La sima, aunque estrecha, era profunda y oscura, siendo el extremo del otro lado la parte más escarpada y elevada.

Cómo había podido el proscrito, cargado como iba, atravesar aquel abismo, era imposible de concebir. Pero allí estaba. Sobre el peñasco más alto, completamente iluminado por la luna, observando a sus desconcertados perseguidores con el cadáver aún firmemente agarrado entre sus brazos. En aquel momento descubrieron por primera vez que su camarada había perecido en el abrazo de aquel demente. Rescatar su cuerpo del deshonor era ahora la única esperanza que les quedaba. Le amenazaron, le rogaron... En su agonía, provocada por la ansiedad y la impaciencia, buscaron a tientas sobre la uniforme superficie del peñasco un proyectil que les permitiera conseguir por la fuerza lo que habían sido incapaces de lograr hablando, pero todo fue en vano. Finalmente, uno de ellos, que se había atrevido a escalar un trecho considerable de acantilado, llamó a sus compañeros diciendo que había descubierto un modo de cruzar. Se prepararon para obedecer sus instrucciones cuando aquella terrible risa burlona volvió a resonar en sus oídos. Alzaron la mirada. En aquel mismo instante, el demente alzó el cadáver por encima de su cabeza y lo arrojó con rabia al abismo antes de desaparecer de su vista.

Oyeron el cuerpo golpear una o dos veces contra los salientes de la piedra... después hubo un momento de silencio, y luego se oyó un chapoteo apagado y discreto. ¡Había desaparecido!

Los pasos del proscrito se dirigieron de nuevo hacia la playa. Se apresuró avanzando hasta que alcanzó una pequeña cala, en la que los árboles del bosque ocupaban el lugar de las rocas y llegaban prácticamente hasta la misma orilla. En aquel lugar el desgraciado paria se detuvo, vencido al fin por la fatiga. Poco después, sin embargo, abandonó su postura de apático reposo por una de intensa atención, como si hubiera oído un sonido inusual. Tras escuchar durante unos minutos, se arrastró cuidadosamente, manteniéndose apartado de la luz lunar, hasta una cabaña semiderruida que permanecía medio escondida en uno de los extremos de la cala, y miró a través de una de las múltiples grietas que se abrían en sus desmoronadas paredes.

Apenas había acabado de instalarse en su puesto de observación cuando la expresión de vacío abandonó sus ojos para ser sustituida por una feroz mirada de triunfo e inteligencia como nunca había brillado en ellos con anterioridad. Mientras aquello que tenía de salvaje su peculiar tipo de locura permaneció, lo que tenía de idiota pareció desvanecerse súbitamente. Cuanto más miraba, más concentrada era su atención, más absorto se veía su comportamiento. Sus brazos se habían cruzado convulsivamente sobre su pecho, como si temiera permitirles la más mínima libertad de movimientos. Tenía todo el aspecto de un hombre que siente que su pasión está sobrepasando todas las barreras que su inteligencia había levantado para protegerse de ella, y que decide prolongar una resistencia ante sí mismo hasta el último momento.

Si alguna vez el retorno de su razón pudiera haber beneficiado al proscrito, fue aquella. Y es que, de los dos hombres cuya secreta conversación había oído aunque

sin comprender, uno era Otahára, el más célebre hechicero de las islas del Pacífico, y el otro era Ioláni, el Sacerdote.

CAPÍTULO III

LA FUGA DE IOLÁNI

Antes de continuar, será necesario detener el desarrollo de nuestra narración para explicar la extraña reaparición del Sacerdote entre las gentes a las que había agraviado y en las costas que había deshonrado.

La isla a la que el bando derrotado había sido transportado según las órdenes de Mahiné estaba lejos, a unas treinta millas inglesas de Tahití. Los habitantes eran pocos; el suelo, estéril y poco prometedor en comparación con el de las islas más grandes; y las montañas y las selvas, inaccesibles y salvajes. Clarear los bosques, cultivar y mejorar la vegetación natural y erigir nuevas moradas fueron las tareas impuestas al Rey destronado y sus desterrados compañeros. El nuevo monarca había adquirido una inexplicable querencia por aquel lugar tan poco prometedor y había anunciado formalmente su intención, una vez se hubieran completado las mejoras, de hacer del lugar su residencia veraniega.

Los exiliados no tenían otro remedio, vigilados como estaban por sus guardianes, que someterse sin quejas a la labor que se les había impuesto. Y para el asombro de todos y cada uno de ellos, el más obediente y diligente entre sus filas fue el otrora orgulloso e implacable Sacerdote. Dos razones llevaron a este hombre a actuar de tal manera. La primera era la esperanza de que el incesante desgaste físico pudiera aligerar el tormento que le consumía por dentro. La otra era la necesidad de alejar de él toda sospecha por parte de sus capataces, con el objetivo de lograr su primer gran objetivo: la fuga.

Aún era, en el fondo de su corazón, tan villano como siempre, pero tanto la memoria del pasado como los planes para futuras iniquidades habían perdido su fascinación anterior para convertirse en una pesada labor, en algo que su naturaleza aún le urgía a llevar a cabo, pero que había perdido la capacidad de aplacarle. El único recuerdo que aún permanecía incesantemente junto a él para amargarle en su desgracia era el que había empañado sus días de gloria. Con la excepción de los incidentes más generales, todos los demás sucesos relacionados con su arenga en el Templo y la noche pasada en los bosques se habían desvanecido de su mente. Había olvidado el número e incluso los nombres de los hombres que le habían acompañado en aquella persecución de malos presagios. Había olvidado los antes bien conocidos alrededores del bosque y el aspecto de los diferentes escondites que habían registrado en su viaje hacia el desolado lago. Pero el recuerdo de la fugaz visión del proscrito, el único incidente sobresaliente de todos los que acontecieron aquella noche, seguía anclado en su mente, con una energía en absoluto empañada por el sufrimiento y una viveza intacta pese al tiempo. Todo lo que le había sucedido con anterioridad, todos

aquellos acontecimientos almacenados en su memoria, parecían haberse desvanecido como para que aquel único recuerdo, en cuyo misterio no había modo de penetrar y ante cuya tiranía no había alivio posible, creciera y se extendiera hasta ocupar todo el espacio disponible. Una y otra vez había intentado recordar acciones de su vida pasada que le permitieran identificar al fantasma que incesantemente acechaba sus sueños durante la noche y sus pensamientos durante el día, pero había sido en vano. Aquella presencia en su interior le habría conducido a la locura en breve de no haber sido por otro tema de reflexión que también ocupaba su mente, reprimiendo su poder mientras pujaba por subsistir. Se trataba de la incesante búsqueda de un medio que le permitiera llevar a cabo la venganza que durante tanto tiempo había deseado y que ahora parecía condenado a no cobrarse. Su profunda ansiedad por escapar era sin duda atribuible a la pervivencia de su resentimiento hacia Idía y al repentino nacimiento de una sospecha sobre la verdadera causa de sus sufrimientos y su caída.

Como Profeta del Dios de la Guerra, y exiliado obediente y trabajador, se le permitía acudir a rezar, alejado de todos los ojos excepto de los de un Sacerdote nativo, en el pequeño Templo de la isla. Las canoas se hallaban bajo la constante supervisión de los guardias, y el compañero de sus devociones era reconocido universalmente como un cálido partidario de la causa del Rey recientemente elegido, de modo que aquel privilegio concedido por necesidad se consideraba un ejercicio de piedad completamente inocuo.

Las esperanzas de Ioláni se centraban en el habitante del Templo de la isla. Era un hombre de simplicidad completamente polinesia y de carácter indolente, por lo que su astuto compañero no tardó en sacar ventaja de aquellas peculiaridades tan admirablemente adaptadas a sus necesidades. Día tras día el consumado villano fue ganándose la confianza del sacerdote de buen corazón hasta que su influencia sobre su víctima devino absoluta. Ioláni maduró entonces un plan de fuga y dejó su inmediata ejecución en manos de su desdichado compañero.

En una parte poco frecuentada de la isla habían encontrado una canoa desgastada y abandonada por sus propietarios, ya que resultaba completamente inútil para cualquier propósito. Dirigido por Ioláni, el sacerdote nativo arrastró durante la noche la frágil embarcación hasta el único lugar en que podrían esconderla sin que fuese descubierta: la sala más recóndita y sagrada del Templo. Allí, en sus horas libres, el confiado isleño trabajó reparando la canoa. Cegado por una profusión de promesas y satisfecho con los halagos más arteros, el pobre desgraciado había desarrollado un vínculo y una reverencia por aquel hombre sin escrúpulos que le dispusieron al más estricto secretismo, y le inspiraron el entusiasmo más generoso por la causa del exiliado. En apenas un par de semanas, cuando hubo completado su labor, le mostró a su cómplice una embarcación digna de navegar con un deleite y un sentido del triunfo tan infantiles que incluso el despiadado corazón de Ioláni el Sacerdote podría haberse sentido conmovido.

Esperaron bastantes días más antes de atreverse a partir. Al fin, un atardecer, el

sol se puso entre oscuras y negras nubes, y el intento quedó fijado para aquella noche.

Los exiliados se alojaban en una gran cabaña, cuya puerta era escrupulosamente vigilada a todas horas. Ioláni esperó hasta que sus compañeros de prisión se hubieron dormido, y entonces, alzándose hasta el techo de la construcción, retiró suficiente paja (la cual había sido removida con anterioridad por el sacerdote de la isla, ya que de otro modo no habría podido retirarla sin provocar ruidos que podrían haber conducido a su descubrimiento) como para permitirse el paso al exterior. Habiendo ganado el techo de la cabaña, volvió a colocar la paja cuidadosamente en su sitio y se descolgó por la parte trasera de la vivienda. El ruido de la lluvia que empezaba a caer y el rumor de las olas le protegieron del peligro de ser oído por los guardias que se encontraban frente a la cabaña.

Se abrió paso cautelosamente a través de la oscuridad hasta que llegó al Templo, donde le aguardaba su tembloroso compañero. Salvo por alguna regañina severa y ocasional, dirigida a calmar sus temores, Ioláni mantuvo un estricto silencio ante su compañero mientras éste le ayudaba a transportar la canoa hasta el lugar acordado.

El isleño no pudo evitar temblar y retroceder cuando vio el oscuro y airado océano y el cielo tormentoso que lo cubría. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. La canoa fue botada, él se vio arrastrado a su interior por el Sacerdote y un momento más tarde ambos se hallaban inmersos en un peligroso y solitario viaje.

Mientras se mantuvieron en la parte interior de los arrecifes, la canoa resistió bien los embates del mar, pero una vez se hubieron internado en pleno océano, resultó obvio para ambos que la embarcación llevaba demasiado peso. Las sujeciones de las planchas pronto empezaron a aflojarse, y a través de las grietas que iban apareciendo el agua empezó a entrar en pequeñas cantidades. El isleño, aterrorizado al ver aquello, rogó que le permitiera cambiar el rumbo para regresar, pero Ioláni le arrebató el remo y, ordenándole en un airado tono de voz que achicara el agua, mantuvo la canoa en su curso.

La lluvia caía cada vez con más fuerza. Un viento enfurecido se abatía sobre el océano en repentinas y violentas ráfagas y, cuanto más se alejaban de la isla Ioláni y el sacerdote, más agua penetraba en la embarcación. Llegados a aquel punto, los hombres ya no intercambiaban ni una sola palabra, pero cuando la luna asomó momentáneamente por detrás de una nube, ambos aprovecharon para observar el mar. Su común pero callada sospecha quedó entonces terriblemente confirmada. ¡Los tiburones estaban siguiendo su estela!

Resultaba evidente que la canoa necesitaba ser aligerada, o si no los dos iban a resultar presas de aquellos monstruos del mar. Los ojos del isleño no se separaban de Ioláni, observando con una extraña expresión de pavor y desesperación cómo continuaba silenciosamente con su labor. Durante algunos minutos más, el pobre desgraciado siguió achicando el agua, como había venido haciendo hasta aquel momento. Entonces, un escalofrío recorrió su cuerpo, y el sacerdote abandonó sus esfuerzos, se aferró instintivamente a los bordes de la frágil embarcación y contempló

detenida y temblorosamente la espesa oscuridad que cubría las olas. Mientras lo hacía, la mirada de Ioláni no le abandonaba ni por un instante, aunque continuó remando como si sólo estuviera concentrado en dirigir la embarcación. De repente, se detuvo... lanzó una salvaje imprecación y, cuando su víctima se volvió al oír su voz, le golpeó en la cabeza con el remo. El isleño cayó aturdido, y un momento más tarde el villano le había arrojado al mar.

Una vez más, la luna volvió a asomar por un breve espacio de tiempo. Ioláni miró hacia atrás. Sobre las momentáneamente brillantes aguas apareció una mancha oscura. Después, las nubes volvieron a imponerse, y el solitario ocupante de la barca retomó su labor.

Ahora, de cualquier manera, la canoa flotaba más ligera, y las aberturas entre las planchas aflojadas se relajaron al verse alzadas por el oleaje. Pero el Sacerdote había comprado su seguridad a un precio más alto del que en principio había supuesto. Aunque la crueldad no había abandonado su corazón, su insensibilidad había desaparecido para siempre, de modo que Ioláni se vio asaltado por un abyecto temor por su seguridad y un horror cobarde e impenitente ante el crimen que acababa de cometer. En cada ola veía una muerte tormentosa y una tumba deshonrada. En el monótono canto fúnebre del océano oía las voces de los espíritus acusadores. Su mano se agitó al agarrar de nuevo el remo. Su cuerpo tembló al inclinarse hacia su labor. Constantemente miraba hacia atrás, mientras su agitada imaginación retrataba a su desgraciado compañero aún en su puesto, maldiciéndole y presagiando su destrucción. Llegar a tierra, fuera la que fuera y estuviese donde estuviese, era su única esperanza. Prefería sufrir la tortura y la muerte sobre la bendita tierra antes que recibirla en mitad de su solitario viaje, bajo el mar de medianoche. Por ello se obligó a avanzar y a seguir avanzando aún más allá. Mientras el terror le persiguiera sobre las aguas, no se dejaría vencer por la fatiga hasta alcanzar tierra firme. ¡Avanzar! ¡Avanzar! No habría descanso, no habría paz, hasta que llegara el amanecer y con el día aparecieran las montañas de Tahití.

Mientras la noche en la tierra llega como una compañera, la noche en el mar se aproxima como un extraño al corazón del hombre. Las asociaciones que el hombre atribuye a una, nunca van unidas a la otra. La luz lunar tiene una lujuriosa dulzura al remolonear sobre las montañas por las que hemos andado, y la oscuridad contiene una refrescante melancolía al cernirse sobre los valles en los que hemos vivido y amado. Pero hay tristeza en el resplandor de la noche y terror en su oscuridad, cuando ambas caen del mismo modo sobre un espacio único, sobre una desierta monotonía en la que nada hay que merezca ser recordado o a lo que pueda uno vincularse. Así de pesimista se presentaba la medianoche sobre el océano en el endurecido corazón de Ioláni el Sacerdote. Mirara donde mirara, no había absolutamente nada que contribuyera a aliviar su tormento interior. Las más espantosas supersticiones de su gente, que él no había experimentado y en las que ni siquiera había creído con anterioridad, le asaltaban ahora debido al peligro y a la soledad. El terror podría haber

acabado por vencerle del mismo modo que la duda podría haber empañado su corazón, pero su desfallecimiento fue únicamente momentáneo, ya que la venganza y la crueldad, tan intensas como siempre, aún permanecían por debajo de todo aquello. Podía estremecerse como los diablos pero, al igual que ellos, era incapaz de arrepentirse.

Finalmente (¡oh, qué larga y agotadora se había hecho la espera!) el tenebroso firmamento empezó a aclararse por el este, y en lontananza pudo apreciar los picos de las montañas, ofreciéndole su bienvenida. ¡Allí le esperaba el seguro y solitario refugio que le ofrecía la orilla! ¡Se hallaba a salvo del peligro! ¡Aún podía cobrarse su venganza y triunfar!

CAPÍTULO IV

SE PREPARA LA BRUJERÍA

Escaso asombro puede causar la pervivencia de las creencias y la práctica de la brujería entre unas gentes tan imaginativas y supersticiosas como los isleños del Pacífico. Su mitología poblaba, con diferentes razas de espíritus, tanto el sol como la luna, las estrellas, los valles, las montañas y los bosques. Según la creencia nativa, ningún yermo por muy impresionante que resultara, ningún recoveco por muy humilde que fuese, dejaba de estar habitado por sus correspondientes sílfides o demonios, invisibles para el ojo mortal pero con gran poder sobre el corazón. A todas aquellas deidades se podía uno aproximar mediante la invocación de los Sacerdotes escogidos y los Profetas del país. De aquellos cuya misión en la tierra era el bien, se suponía que habían partido las revelaciones que le habían mostrado al hombre las bellezas y los bienes del paraíso polinesio. De aquellos cuyo privilegio era el mal, habían surgido las tenebrosas amenazas de la hechicería y la brujería.

La creencia en los fatales poderes de los magos, fortalecida diariamente por la experiencia, era compartida sin excepción por la gran masa de habitantes de las islas del Pacífico. Eran muchos, por motivos de odios o venganzas, los que año tras año se veían condenados por los brujos a vidas de miseria mental y física o a una muerte repentina y violenta, a menudo sin el más mínimo aviso de su funesto destino. En aquellos casos en los que la sospecha sobre la procedencia del ataque rondaba a la víctima, se empleaban contrahechizos, cuyo éxito o fracaso dependía exclusivamente de que las aprensiones del que padecía resultaran ser correctas o erróneas. Los oscuros secretos de esta ciencia, tenidos por omnipotentes y hereditarios de padre a hijo, eran conocidos por muy pocos. Hasta este día, las verdaderas causas de los efectos producidos por los encantamientos de los brujos han sido, por necesidad, investigadas de manera superficial. Simplemente se sabe que los hechiceros se hallaban en posesión de conocimientos prácticos sobre venenos vegetales absolutamente dignos de admirar en una raza, en tantos aspectos, tan poco cultivada. Pero, pese a las exhaustivas investigaciones de los viajeros del norte, ha sido imposible averiguar la naturaleza de sus brebajes y el secreto de sus consecuencias sobre el cuerpo humano.

Desde el momento de la batalla y la derrota, una oscura sospecha había aparecido en la mente de Ioláni: que la misteriosa visión cuyos efectos venía sufriendo desde la noche de la persecución era el resultado de un hechizo, invocado sobre él a modo de venganza por la desdichada mujer a la que había abandonado y agraviado. Todas sus facultades se centraban ahora en la posibilidad de destruirla mediante los mismos medios que, según creía, ella había utilizado para atormentarle. Durante la época en

que gozaba de gloria y reputación, había temido usar aquel método de satisfacer su venganza, ya que una traición y su descubrimiento le habrían impedido seguir manteniendo su carácter santo en el lugar. Además, en aquellos días en los que se sentía henchido de orgullo, habría despreciado deberle el éxito de su venganza a nadie más que a él mismo. *En ese instante*, en todo caso, sus determinaciones habían cambiado. Era un hombre arruinado, un vagabundo para el resto de su existencia sobre la faz de la tierra. En la brujería residía la última oportunidad de triunfo sobre el objeto de su implacable odio. Tenía todo por ganar y nada que perder, y estaba decidido a que aquel último esfuerzo de iniquidad fuese digno de su antiguo yo.

Cómo había logrado escapar de su destierro, ya es algo sabido. Al alcanzar la orilla no se demoró un solo instante, sino que comenzó a correr hasta alcanzar la semiderruida cabaña mencionada hace algunas páginas. Salvo por el tronco de un platanero joven, cubierto por extraños objetos e inclinado sobre la pared, con su copa apuntando hacia el bosque que se extendía detrás de la choza, la vivienda estaba completamente vacía cuando entró.

La disposición aparentemente accidental de aquella única pieza de mobiliario aparecía repleta de instrucciones a la vista del Sacerdote. La observó atentamente durante un par de minutos y después abandonó la cabaña para internarse tierra adentro.

Con cautela, pero velozmente, atravesó los senderos del bosque hasta que alcanzó un lugar de apariencia salvaje y tenebrosa, en cuyo centro se erguía un viejo árbol. Allí habían colocado otro platanero, pero en este caso con la copa apuntando hacia el suelo. Lo examinó con el mismo cuidado que había empleado la primera señal y después penetró abruptamente en una oscura espesura que había a su izquierda.

A cada paso el terreno se volvía más pedregoso, y por todas partes aparecían cavernas oscuras y profundas, que más parecían pozos que se hundían en la tierra. En la boca de una de ellas yacía un tercer platanero y, junto a él, una antorcha y los materiales necesarios para encenderla. Haciendo uso inmediato de ellos para su expedición subterránea, el Sacerdote penetró en la cavidad después de dudar un poco.

Durante un buen tramo el terreno se deslizaba perpendicularmente, y Ioláni se vio obligado a gatear hasta que concluyó su descenso. En todo caso, cuando alcanzó la parte nivelada de la caverna, su amplitud le permitió alzarse y no volvió a encontrar más obstáculos que le impidieran una total libertad de movimientos. Aquél era un lugar extraño y secreto. Los laberintos naturales, aparentemente interminables, se extendían en diferentes direcciones a cada lado, y recorrerlos sin guía parecía a primera vista una tarea peligrosa e imposible. El Sacerdote se detuvo durante unos minutos y miró a su alrededor con perplejidad. Después, como si hubiera percibido repentinamente alguna señal secreta de la misma naturaleza que aquellas que había examinado previamente, se dirigió hacia el pasaje más amplio de la caverna.

Cada pocos pasos se detenía y escuchaba, pero nada llegaba hasta sus oídos salvo el monótono chapoteo de un descenso de agua y el chisporroteo de la antorcha que

portaba en la mano. Avanzó un trecho más, y entonces sintió un viento frío en la cara y una vaharada de humo que pasaba junto a él antes de volver a perderse en el laberinto, a sus espaldas. Un poco más allá pudo distinguir el sonido de una voz humana. En ese momento se detuvo y dijo en voz alta:

—¡Otahára! ¡Maestro! ¡Soy yo... Ioláni, el Sacerdote!

Durante algunos momentos no obtuvo respuesta. Después, oyó las siguientes palabras pronunciadas en un tono ronco y hueco:

—¡Invoca a tu dios para que te proteja, pues Heva y sus espíritus del mal te rondarán mientras sigas aquí! ¡Oro es poderoso! ¡Invócale si quieres acercarte y vivir!

Un poco más adelante la galería daba un abrupto giro. El Sacerdote lo siguió impávido y en un instante se encontró frente al hechicero. En aquel lugar, la caverna acababa en un amplio recoveco, en cuyo techo, a unos cincuenta pies de altura, las raíces de los árboles formaban arcos. Las rocas de las paredes se habían roto componiendo las formas más descabelladas, sobresaliendo hasta quedar colgadas en el aire o hundiéndose hacia atrás hasta perderse de vista en la tenebrosa espesura. En sus partes más altas nacían largas plantas trepadoras de variadas, bellas y fantásticas formas, que se mecían hacia adelante y hacia atrás con el viento que se filtraba en su prisión crepuscular. En una cavidad, el agua se escurría goteando perezosamente sobre las rocas inferiores, mientras en los salientes, parches de musgo húmedo y podrido cubrían la superficie de la roca. Parte del suelo se hallaba ocupado por un fuego reducido a ascuas, y a un lado, los restos de un enorme tronco de árbol sobre el que se sentaba un hombre de mucha edad que contemplaba los rojos y oscuros rescoldos que se extendían a sus pies. Con una mano apretaba contra su pecho un manojo de hierbas y flores secas. Con la otra se apoyaba sobre uno de los extremos de su desolada ermita. Una toga grande y blanca le cubría el cuerpo, y alrededor de la cabeza se enrollaba una guirnalda tejida con hojas marchitas. Le temblaban los miembros y tenía los labios separados en una sonrisa a medio camino entre la agonía y el triunfo. Cuando arrojó su puñado de hierbas sobre la lumbre y observó el humo alzarse en extrañas y misteriosas formas hacia los árboles de arriba, sus ojos brillaron con irregulares destellos de locura. Una vez se hubo consumido la ofrenda y el espeso vapor se hubo disuelto, volvieron a fijarse vacíos y apesadumbrados sobre los rescoldos. Y entonces sus labios se movieron y, con una voz profunda y hueca, murmuró su invocación a los espíritus, hacia las bóvedas que se abrían a su alrededor, o hacia la desolada selva cuya majestuosidad les abarcaba desde la superficie.

Ioláni no intentó interrumpir aquella extraña ceremonia ni con palabras ni con hechos. Una vez concluida, sin embargo, se dirigió apresuradamente al hechicero, pero Otahára le hizo de inmediato una señal seca y airada con la que requirió su silencio, y se dirigió hacia la salida siguiendo la misma ruta de la que Ioláni se había servido para entrar. Ni siquiera entonces hubo una sola palabra pronunciada por ninguno de los dos. El mago precedió a Ioláni, deteniéndose únicamente para alterar

la disposición de los plataneros repartidos en el bosque, hasta que alcanzaron la desierta cabaña. Entonces, el hechicero habló.

—¿Es que te ha parecido ése un lugar apropiado —gritó— para mantener conversaciones entre mortales? ¿Es apropiado, acaso, que nosotros, que somos hombres, alcemos allí la voz salvo para suplicar? ¿Te ha abandonado la reverencia hasta el punto de llevarte a profanar con tus pisadas los senderos de los espíritus de la oscuridad? ¿Para qué estaba el platanero dispuesto en su lugar correspondiente sino para alejarte de las cuevas? Si tienes algo que decir, habla ahora. ¡Con tu precipitación has cometido una grave ofensa, pero con tu arrepentimiento aún podrás conservar la esperanza!

Aquel reproche fue recibido con paciencia y humildad por el Sacerdote. Tras un corto intervalo de silencio, y aparente contrición, se aproximó al hechicero y en voz baja y circunspecta ambos empezaron a hablar.

Durante la primera parte de la entrevista, mientras el Sacerdote se recreaba en sus agravios, sus sufrimientos y su huida, la severa calma expresada por el rostro de Otahára permaneció inalterable. Pero en la segunda, a medida que la conspiración que había propiciado la venganza fue desmadejada, un aire de satánica malevolencia y deleite apareció en los ojos hundidos y siniestros del hechicero. Se inclinó hacia adelante y escuchó con la atención más absoluta el discurso de Ioláni, asintiendo en silencio a cada pausa que se producía en su súplica.

Pero, en la excitación y la agitación del momento, el Sacerdote pareció pasar por alto la respuesta a su petición. Se arrodilló frente al hechicero y le tomó de la mano, suplicándole.

—¿Permanece mi hermano en silencio? —sollozó—. ¿Acaso se ha despertado la ira de tu servidor sin causa alguna? ¿He mentido al jurarte que había sufrido? ¿Es que he maldecido sin razón a la culpable de mis desdichas? ¿Quién me arrebató mi gloria y mis posesiones? ¿Quién dio a luz a un niño para deshonrarme? ¿Y quién lo preservó para desafiarme? ¿Quién se alió con mis enemigos e inició una guerra cuyo resultado fue la derrota y el destierro? ¡Ella! ¡Otahára, hermano! ¡Fue Ella! ¿Por qué me han sido arrebatadas mis posesiones y mi poder? ¿Por qué me veo atormentado día y noche, en la calma y en la tormenta, haga frío o calor, por una miseria que nadie ha tenido que sufrir con anterioridad? ¡Por ELLA! ¿Acaso deberá la brujería de una mujer triunfar mientras tú vivas en esta tierra? ¿No deberé por todo ello cobrarle venganza? ¿Acaso dudas de mi firmeza? ¡He asesinado! ¡Otahára, he asesinado en el mar y a medianoche! ¡He derramado sangre cuando incluso los guerreros, en plena lucha, han intentado evitarlo! ¡Y derramaré más por ti! ¡Mataré a tu servicio! ¡Soportaré los golpes y las maldiciones que quieras imponerme a cambio de que me vengues! ¡Contempla cómo me arrodillo ante ti, yo que en otro tiempo fui orgulloso! ¡Estoy suplicando a tus pies, yo que una vez fui amo! ¡Otórgame la venganza! ¡Otahára! ¡Mi venganza! ¡Mi venganza!

—¡Tuya es! —exclamó con furia el hechicero—. ¡Levántate y prepárate! ¡Ha

llegado el momento de que sea *ella* la que sufra, y *tú* el que se regocije!

Ioláni tenía todos los motivos para creer que la conformidad del mago con sus deseos era sincera. La complicidad en antiguas iniquidades es el único lazo reconocido entre los villanos, y ya existía entre ellos. Unos minutos más bastaron para madurar el plan. El hechicero se marchó a hacer sus conjuros y el Sacerdote le esperó en la solitaria cabaña hasta la llegada de la noche.

El agotamiento se había apoderado de él, de modo que se tumbó en el suelo e intentó descansar, ya que, como se encontraba en tierra firme, se había asegurado la ayuda del mago, y se había garantizado su venganza, imaginaba que sus tormentos habrían desaparecido. Pero el sueño reparador seguía, en esta pacífica y soleada tierra, tan lejos de él como lo había estado en el tormentoso océano. Los mismos terrores que le habían asaltado durante la noche, lo hicieron durante el día, y aquel recuerdo pavoroso y eterno continuó torturándole como tenía por costumbre. Desde su última maldad, un nuevo cambio se había producido en su interior. La soledad, en cualquier parte, se había convertido en un terrible tormento. Pero no osaba seguir al hechicero. Esperar, contemplar cómo transcurrían las horas interminables, en medio del temor y la miseria, era el destino que le aguardaba hasta la llegada de la noche, que señalaría el inicio de su venganza. El otrora impávido e implacable tirano de toda una nación, temido por sus maldades, se hizo un ovillo, murmurando y gimiendo para sí mismo, reducido a un estado miserable y titubeante, a medio camino entre la peor maldad del villano y la indecisión y el temor más completo del cobarde.

El sol se había puesto, la oscuridad lo había reemplazado y hacía una hora que había salido la luna cuando regresó Otahára. Cuando vio al Sacerdote apresurarse ansiosamente a su encuentro, aquella malévola sonrisa reapareció en su rostro a la vez que exclamaba: «Hecho», y puso frente a los ojos de Ioláni un mechón de pelo oscuro y suave. El Sacerdote contempló completamente desconcertado el símbolo que formaba el cabello al contraerse. Antes de que pudiera expresar su asombro, Otahára habló de nuevo.

—¡Observa! —gritó—. No he perdido el tiempo ni siquiera en dormir. Es *su* pelo lo que contemplas, y a través de él penetrará el demonio que permitirá que el hechizo tenga éxito. El sol aún lucía bajo en el cielo cuando alcancé los arbustos que rodean su cabaña. Frente a la puerta caminaba un guarda, un campesino de la tribu de Mahiné. Observé y esperé. Y de esta manera llegó y se marchó el crepúsculo, y la oscuridad de la noche empezó a acechar sobre la tierra. Entonces, vencido por el cansancio, el campesino se tumbó frente al umbral de la puerta. Esperé un rato más y... ¡ajá! se había dormido. Esperé un poco más aún y después me arrastré en silencio hacia la entrada. A veces se oían murmullos desde el interior. En otras ocasiones provenían del exterior, cuando el campesino se agitaba en su reposo al verse su sueño sobresaltado por los espíritus de la noche. Protegido por la oscuridad que rodeaba las paredes de la cabaña, me introduje en su interior. Un único rayo de luna penetraba en ella. Su luz caía sobre la mujer, que se encontraba sentada junto a su hijo. Le besaba y

se lamentaba. Mi mano estaba preparada y, cuando ella se echó hacia atrás el cabello (porque el niño rompía a llorar cada vez que caía sobre su cara), conseguí mi trofeo, sin que nadie me viera ni sospechase. ¡Contéplalo, aquí lo tengo! ¡Alégrate, hermano! ¡Alégrate! ¡Bastarán unas cuantas súplicas más y la venganza será tuya!

Y de nuevo, se lo mostró al Sacerdote. *Su* cabello... ¡Cielos! ¡Ese cabello que en otros tiempos se había deslizado sobre su pecho! Ese cabello que su propia mano había adornado con flores. ¡Ese cabello que sus propios labios habían alabado por su belleza y exuberancia! ¡Y ahora podía abandonarlo al atroz encantamiento, a la posesión contaminante del hechicero, sin un solo latido de lástima en su corazón, ni un rubor de vergüenza en sus mejillas! ¡Cielos! ¡Cielos!

Llevando en la mano aquel tesoro conseguido con malas artes, Otahára se dirigió hacia la puerta. En aquel momento la feroz expresión de triunfo abandonó el rostro del Sacerdote. Agarró convulsivamente la toga del hechicero y detuvo su apresurada marcha.

—Basta de soledad —murmuró salvajemente—. ¡Es terrible estar solo! ¡Te seguiré adonde vayas! ¡Incluso en el mismo interior de la caverna seguiré tus huellas! ¡Para mí no existen ni el sol, ni la luz, ni la belleza cuando me encuentro a solas! ¡La maldición actúa con más fuerza cuando no hay nadie a mi alrededor!

Una sonrisa de desprecio atravesó los severos rasgos del hechicero. Pero antes de que pudiera responder, Ioláni habló de nuevo (en esta ocasión en un tono suplicante y tembloroso).

—¡Le asesiné! ¡Oh, Otahára! ¡Hermano! ¡Le asesiné en el mar y a medianoche! Y sin embargo podría soportarlo, ya que mis manos están cubiertas por otras sangres además de la suya. ¡Pero el Hombre Salvaje! ¡Su efigie! ¡El espíritu malvado que reside en mi interior para siempre! ¡Ese tormento no puedo sufrirlo a solas! ¡Ten piedad de mí! ¡No me dejes! ¡Ten piedad! ¡Ten piedad!

—¡Recuerda que en la caverna has de permanecer en silencio! —contestó Otahára con firmeza. Y, sin más palabras, condujo al Sacerdote a través del bosque.

Fue aquella entrevista, desde el principio y hasta el final, la que contempló el proscrito, del modo en el que ya se ha descrito, desde la pared exterior de la cabaña. Aunque a su razón hecha pedazos le resultó imposible comprender una sola palabra del diálogo precedente, había reconocido perfectamente, loco como estaba, al Sacerdote. Todas las evocaciones de aquel tiempo en que vivía mezclado con la humanidad habían desaparecido, salvo ésta. La locura había podido velar pero nunca destruir por completo el recuerdo de la apariencia de su enemigo. En todas las demás cuestiones se manejaba como un demente. En aquélla, aún era capaz de actuar como un ser razonable e inteligente. En el momento en que el hechicero había estado a punto de abandonar a su desdichado cómplice, el proscrito se había puesto inmediatamente en pie, pero, al regresar Otahára, había vuelto a acuclillarse para seguir observando. Cuando los dos partieron finalmente juntos en dirección al bosque, el proscrito se alzó rápidamente y siguió sus pasos desde tan lejos como

pudo.

Los siguió hasta el lugar donde se erguía el gran árbol, pero allí desaparecieron de su vista repentinamente. Tras vagar por aquel lugar durante un buen rato en un vano intento por recuperar su rastro, regresó al lugar donde los había visto por última vez y se escondió detrás del tronco del árbol marchito.

Mientras mantuvo su solitaria vigilancia no dejó de reírse y farfullar, dirigiendo cautelosamente su mirada, una y otra vez, a la densa oscuridad que le rodeaba. Después volvió a acuclillarse, inmóvil en su escondite. Con la peculiar astucia que caracteriza a los de su miserable condición, le había parecido que el Sacerdote y su compañero debían de haberle visto, de modo que se habían escondido entre los arbustos de los alrededores de la misma manera que él hacía. Cuando llegó la mañana le encontró aún vigilante, con la misma ferocidad en su expresión y la misma cautela en su comportamiento que había empleado durante toda la noche.

Acababa de aparecer en el cielo el resplandor que anunciaba la salida del sol, cuando surgieron unos ruidos entre la maleza, e inmediatamente después apareció el Sacerdote seguido por el hechicero. Al ver a Ioláni, el proscrito estuvo a punto de abandonar su escondite, pero en cuanto Otahára se hizo visible, se controló y continuó esperando hasta que hubieron pasado frente a él, limitándose a seguirles una vez más con la misma cautela que antes.

Fuera el que fuese el resultado del hechizo conjurado durante la noche, sus efectos habían repercutido terriblemente sobre el corazón del Sacerdote. Su rostro presentaba un color casi lívido, y sus ojos vagaban incesantemente de un lugar a otro con una expresión de perpetuo temor. A la menor palabra o acción del hechicero se sobresaltaba aterrorizado y, mientras trotaba a su lado, murmuraba para sí mismo casi sin interrupción:

—¡Mía es la venganza! ¡Mía es la venganza!

Se dirigieron hacia el poblado de Mahiné siguiendo los senderos menos frecuentados por los habitantes de la isla y los que más rodeos daban. Al final, alcanzaron la espesura frente a la que se erguía la residencia de Idía y allí se detuvieron a observar la entrada de la cabaña.

No pasó mucho tiempo antes de que vieran a la mujer salir con su hijo. Los rastros de lágrimas en sus mejillas aún estaban húmedos, y de hecho volvían a cubrirse de lágrimas de un modo involuntario y casi continuo, como si Idía se sintiera afligida por un temor constante y sin causa. La vieron desaparecer entre los árboles y después, cautelosamente, entraron en la choza.

En el interior había una cesta con frutas del pan recién horneadas. El hechicero, murmurando unas palabras con tanta rapidez que resultaron completamente ininteligibles, extrajo de su pecho un manojo de hierbas y las estrujó hasta que su jugo se derramó sobre la comida. Después, avanzando hasta el lecho de la mujer, ocultó el mechón de pelo bajo su almohada, y entonces, con una salvaje expresión de triunfo irradiando de sus rasgos, volvió a llevarse a su compañero hasta el lugar

donde se habían ocultado con anterioridad. ¡Su brujería estaba preparada!

Tuvo que transcurrir un largo y fatigoso intervalo antes de que la mujer regresase. Finalmente la vieron en la lejanía. Entró en su morada y casi de inmediato volvió a aparecer en el exterior portando la fatal cesta. Se sentó frente a la puerta y separó para el niño algunos de los frutos.

Pero el niño parecía estar enfermo y no dejaba de quejarse, de modo que rechazó el alimento e Idía acabó por comerse ella misma la porción que había separado. Su mortal almuerzo concluyó con rapidez, ya que los continuos lloros de la criatura, que se agitaba entre sus brazos, parecieron privarle del placer de su ingestión. Intentó por todos los medios calmar el llanto del niño, pero resultó inútil, por lo que, suspirando amargamente y presionándolo contra su pecho, volvió a internarse con él en la cabaña.

¡El objetivo se había cumplido! ¡La brujería estaba en marcha! Pero la sensación de triunfo que había esperado sentir al ver su venganza completada se encontraba tan alejada como siempre del corazón del Sacerdote. Vagos presentimientos sobre la posibilidad de que se produjera un contrahechizo, de fracasar o de verse traicionado por Otahára, habían empezado a oprimirle por primera vez. El comportamiento reciente del hechicero le había movido a dudar de su sinceridad, a sospechar, incluso, que en realidad iba a ser él mismo la víctima de sus artes. Pero no se atrevió a expresar ninguna de las muchas dudas que le atormentaban y continuó avanzando junto al mago. Tan pronto como emprendieron el regreso hacia su solitaria guarida, el proscrito, como una sombra viviente, volvió a seguirles de cerca.

CAPÍTULO V

EL RETIRO EN LA ISLA

Entregado a los lujos del retiro y la indolencia, y desatendiendo los ruegos reiterados de aquellos hombres cuya complicidad debiera haberse asegurado para salvaguardar la estabilidad de su trono, Mahiné cometió un error irreparable precisamente cuando se encontraba en la cúspide de su triunfo. Entre los que en ese momento le rodeaban no había nadie que le dijera cuáles eran sus verdaderos deberes ni le reprochase su escasamente gloriosa comodidad. Los pocos guerreros que le habían acompañado hasta la isla en calidad de guardia personal no eran sino jovenzuelos, cuyas predilecciones naturales se veían perfectamente reflejadas en la corte de su gobernante. El burlón recibimiento brindado por el rey a las sombrías predicciones de sus consejeros fue acogido con aplausos por parte de aquellos despreocupados cuchimanes, y el murmullo de la flauta y la cadencia de la música siguieron sonando entre los cocoteros de la isla de una manera tan constante y alegre como siempre.

Para ser sinceros, Mahiné se encontraba completamente hechizado por su pasión por Aimáta. Su unión había dado paso, para él, a una nueva vida, a una novedad en los placeres del amor que nunca antes podía haber imaginado. La influencia que la joven tenía sobre él, y que podría haber resultado tremendamente positiva, sirvió, inconscientemente, sólo para el mal. Joven, cariñosa y despreocupada, Aimáta poseía el mismo gozo imprudente del presente y la misma fatal indiferencia hacia el futuro que su señor y, cuando los lujos naturales que la isla podía producir y los disfrutes artificiales que sus habitantes podían inventar se unieron para iluminar su feliz amor, era natural que los reproches de ascéticos consejeros y las murmuraciones de guerreros veteranos cayeran en oídos sordos tanto en Aimáta como en su jefe, el Rey.

Mientras tanto, en la isla principal, los asuntos empezaron a adoptar un cariz peligroso. La mayor parte del ejército de Mahiné, formado por guerreros reclutados en zonas alejadas y por mercenarios de otras islas, había luchado bajo su estandarte no por aprecio al jefe sino por su amor a la batalla y al saqueo. Fue de estos hombres de los que surgieron las primeras quejas. Al comienzo de la guerra se les había dado a entender que la toma de Tahití era tan sólo el preludio a una serie de victorias sobre los gobernantes de las islas vecinas, que, tan pronto como fuesen conquistadas, serían puestas bajo el dominio de jefes elegidos entre el gran cuerpo de reclutas. Tras su boda y ascenso al trono, el Rey había intentado olvidar esta promesa, pero al descubrir que las demandas de sus solicitantes no iban a remitir así como así, cambió repentinamente de planes y negó tajantemente haber dado su palabra de que cumpliría aquello que proclamaban los guerreros extranjeros. En vano intentaron sus más cercanos consejeros convencerle de que les siguiese la corriente durante un

tiempo, aunque sólo fuese para prevenir la tormenta que se estaba preparando, y aunque estuviera determinado a no ceder, por lo menos hasta que pudieran averiguar un medio para satisfacer de otra manera los requisitos de las tropas mercenarias. Mahiné trató su consejo con la misma indiferencia de siempre. Infatuado, el Rey insistía obstinadamente en asegurar sus goces privados aun a costa de dañar su imagen pública, sacrificando sin precaución ni consideración las absolutas necesidades del Deber ante las secundarias exigencias del Amor. Todo lo que era activo y ambicioso en su carácter se perdió momentáneamente, disuelto en todo lo que tenía de indolente y lujurioso, y los que habían sido sus seguidores cercanos y entusiastas fueron perdiendo gradualmente la esperanza de conseguir su conversión para dedicarse a esperar las consecuencias de la arrogancia de su líder, dominados por una desesperanza ineludible y pesimista.

De este modo fueron pasando los días hasta que hubo transcurrido casi otro mes: entonces empezaron a verse en la isla los preparativos para la marcha de Aimáta y el Rey.

Aunque no prestase atención a la llamada del deber, el corazón de la chica estaba tan abierto como siempre a la voz del afecto. Ni todos los encantos de su encierro habían borrado por un solo instante de su memoria el agradecido recuerdo de la amiga y compañera que se había encargado de ella en época de sufrimientos y peligros. A medida que transcurrían los días de su retiro, empezó a sentir que su felicidad, aunque suprema, seguía siendo imperfecta mientras se encontrase separada de Idía y de su hijo, por lo que presionó al rey para que regresaran a Tahití y al pequeño poblado donde la mujer seguía residiendo.

Antes de que hubiera acabado de exponer su ruego, Mahiné ya había dado orden a sus seguidores de que comenzasen los preparativos para el viaje de regreso. Los juerguistas abandonaron sus lugares predilectos, las guirnaldas de flores quedaron esparcidas por el suelo y los sonidos de la música y la risa cesaron, devolviendo el silencio a los bosques. Cuando todo estuvo dispuesto, una ligera brisa se alzó desde el mar y las olas del ancho y resplandeciente océano brillaron bajo los gloriosos rayos solares, como si bendijeran el regreso de los hijos del Lujo y el Amor.

Pero, incluso en esa ocasión, ¡incluso entonces!, aquella partida tan importante se vio retrasada por Aimáta y su joven jefe, que se demoraron hasta el último momento debido a su natural apego por las bellezas de su isla-refugio. Y, mientras los acompañantes esperaban su llegada a la costa, ellos aún vagaban y se demoraban, rodeados por los escenarios de su reciente felicidad.

Vagaron por lugares solitarios, deliciosos para cualquier ojo pero mucho más para los suyos, consagrados como estaban por su amor. ¡Embellecidos por su entusiasmo y juventud! Allí, donde los grandes y verdes senderos avanzaban bajo las arcadas formadas por los árboles; allí, donde los lechos de flores aparecían en toda su belleza, en la límpida orilla, se recrearon en completo silencio paseando una última mirada sobre aquellos sencillos tesoros que cada uno de ellos había contemplado y amado

durante tanto tiempo. Es en despedidas tan tristes como ésta cuando se suele experimentar la excesiva y dolorosa sensibilidad del corazón, la misma que nos enseña a perdonar sin causa y a arrepentirnos sin resignación. Ésa fue la razón de que la joven rompiera a llorar y de que el entrecejo del jefe mostrara una expresión de melancolía y tristeza por primera vez desde el día de sus nupcias. Aunque se sentían desgraciados, no se puede decir que ninguno de los dos temiera nada en absoluto. El abatimiento de Aimáta no se debía en modo alguno al presentimiento de que la tristeza estuviese destinada a oscurecer, una vez más, la existencia de su amiga; tampoco la depresión de Mahiné tenía nada que ver con el temor de que el peligro pudiera estar esperando para recibirle en las costas cuyo gobierno había usurpado. Ambos, cegados por su confianza juvenil y su elasticidad de espíritu, sólo podían imaginar que les aguardaba la misma felicidad, estuvieran en la isla que estuvieran, en la pequeña o en la grande. Y, sin embargo, mientras paseaban junto a las bellezas de su refugio, ambos sintieron una tristeza que la naturaleza de su partida no podía justificar, ni sus proyectos de futuro explicar.

Algo más tarde, al fin las canoas pusieron proa a Tahití. El viaje, gracias a un mar calmado y un viento propicio como el que les favoreció en aquella ocasión, fue completado con rapidez. Pasaron entre los arrecifes de coral, donde ya se ejercitaban los surfistas, y vararon las embarcaciones en su isla natal.

Al entrar en el poblado, Aimáta sintió que la mano del Rey se estremecía dentro de la suya, y al mirarle a la cara vio que mostraba una expresión a medio camino entre el asombro y la rabia que nunca había observado con anterioridad. En todo caso, antes de que pudiera dirigirle una sola palabra, el veterano jefe del ejército se lo había arrebatado con inquietud y celeridad de su lado para susurrarle algo al oído.

Aunque para la inexperta joven la repentina emoción observada en la conducta del Rey era algo que le resultaba completamente sorprendente, para alguien que conociera bien el carácter de las gentes de la Polinesia, el aspecto de la aldea en aquel momento era más que suficiente para justificar la repentina agitación de Mahiné a su regreso al asiento del gobierno.

En lugar de encontrarse diseminados e inmersos en sus tareas diarias, los campesinos, pescadores y demás sectores trabajadores de la población, se encontraban reunidos aquí y allá en pequeños grupos dispuestos en círculo, cuyos miembros exhibían un porte de hosca indolencia. Grupos semejantes del ejército, ahora disperso, campaban por el poblado con esa misma actitud sospechosa. Estos últimos parecían conversar incesante y vehementemente, y sus movimientos resultaban más agitados e inquietos que los de sus vecinos más humildes. Las mujeres y los niños parecían tristes y asustados, y remoloneaban alrededor de los hombres como si esperaran el estallido de algún tipo de calamidad. Ni por palabras ni por actos demostró ninguno de ellos el más mínimo placer o sorpresa por el regreso del Rey. La misma apariencia de profunda depresión se podía apreciar en el comportamiento de la multitud al completo. Entre unas gentes que, por simples y

afectuosas, generalmente suelen apasionarse tanto como para llegar a extremos de obediencia o revuelta, signos como aquéllos eran lo suficientemente alarmantes para cualquiera, y desde luego para nadie más que para su Rey recientemente elegido. La conferencia entre Mahiné y el jefe, pese a ser breve, resultó violenta, y ambos se separaron de inmediato tras su conclusión, el guerrero para regresar al campamento y el descuidado Rey, tras dirigir una feroz mirada a sus refractarios súbditos, para acompañar a su amada hasta la residencia de Idía.

Aimáta y Mahiné dejaron a sus acompañantes en el poblado y recorrieron sin escolta el pequeño sendero que conducía hasta la solitaria cabaña de la mujer. Cuando se acercaron a la puerta, Aimáta llamó a su ocupante con la vieja expresión de bienvenida que tantas veces habían compartido, pero nadie respondió a su saludo. Rindiéndose a la impaciencia y a la curiosidad, la joven se adelantó a Mahiné y, dejando que la siguiera, entró sola en la vivienda.

CAPÍTULO VI

EL TRIUNFO DE LA BRUJERÍA

El Rey siguió a su amada, con el corazón aún repleto de sentimientos de rabia y amargo desengaño. En todo caso, la visión que se presentó ante sus ojos al alcanzar el interior de la cabaña, cambió el curso de sus pensamientos de inmediato.

La brillante luz del sol, derramándose a través de la puerta abierta, iluminaba completamente la burda estancia que constituía la vivienda, y producía un vívido y alegre resplandor en extraño contraste con el espíritu que reinaba en su interior sobre las diferentes personas allí reunidas. Al pie de una de las típicas esteras para dormir utilizadas en la isla, se arrodillaban dos mujeres del vecino poblado, las caras ocultas bajo sus mantos y su honda emoción visible únicamente a través de los convulsivos temblores que ocasionalmente agitaban sus cuerpos. Un par de flores marchitas y restos de frutas del pan aparecían diseminados por el suelo, dándole al lugar un aire de desolación y confusión, y sobre el lecho, silenciosa e inmóvil, como si ya hubiera sido liberada de su peregrinaje de miseria sobre la tierra, yacía la desdichada víctima del hechicero y el Sacerdote.

Tenía los ojos cerrados. Hasta la forma de su rostro se había distorsionado y cambiado. Incluso los escasos vestigios de su anterior belleza se habían desvanecido del mismo. Excepto por los sollozos de Aimáta y las mujeres, y por el llanto del afligido niño, no había nada que rompiera el silencio del lugar excepto las boqueadas profundas y agónicas de la enferma, que reclamaba aire con dificultad. Sus dedos agarraban inconscientemente el vacío y, a intervalos, un repentino y fugaz estremecimiento recorría sus miembros. Pero ninguna mirada consciente apareció en su expresión rígida y moribunda, ninguna palabra ni gemido surgió de su boca. Sus largos, largos ataques de delirio habían desaparecido, y el letargo con que se suele dar la bienvenida a la muerte se aproximaba cada vez más. Aimáta no pudo oír el recibimiento que esperaba escuchar desde el exterior, ni tampoco en el interior, cuando besó la mano de la mujer, y lloró y la contempló.

En paciente tristeza, mantuvieron todos su melancólica vigilia. Y de este modo pasaron las horas, sin que hubiera ningún cambio hasta que el sol se sumergió en el océano. Entonces, los ojos de la agonizante, gentiles y elocuentes incluso en la angustia de aquel terrible momento, se abrieron una vez más.

Mientras contemplaba cómo Aimáta la observaba a su lado, con el niño abrazado a su pecho, sus pensamientos retrocedieron hacia los días de peligro, y murmuró algunas expresiones de temor y afecto, dirigidas a la chica hacía ya mucho tiempo, pero bien recordadas por ella en aquel terrible momento. Entonces, la nube de inconsciencia abandonó gradualmente sus facultades, por lo que al mirar

alternativamente al niño y a Aimáta la desolación de su destino cayó sobre Idía con toda su amargura. Y lloró.

La pena y la desesperación de la joven la tenían tan absolutamente dominada que no pudo pronunciar palabra. De modo que la primera en hablar fue la mujer, y el tono hueco y tembloroso de su voz sirvió como terrible testimonio de la agonía que había padecido a manos de Otahára y el Sacerdote.

—No estés triste —exclamó—. Te dejo algo con lo que podrás recordarme en los días que vendrán: el niño que acunas en tus brazos. Del mismo modo en que yo te quise y cuidé de *ti*, así deberás amarle y cuidarle tú. ¡Oh, Aimáta! ¡Aimáta! ¡Le traje a este mundo en el peligro y le he criado en la tristeza! ¡Compadécete como yo me he compadecido; cuídale como yo le he cuidado! ¡Porque llegará la mañana y no habrá nadie que pueda ocuparse con cariño del niño salvo tú! ¡Aimáta! ¡Aimáta!

En aquel momento le falló la voz y todo lo que se pudo oír fue el apasionado llanto de la joven. Tras una larga y agónica pausa, los ojos de la enferma brillaron con una luz antinatural y habló una vez más.

—Date cuenta —murmuró—, los espíritus de los muertos regresarán a la tierra, y yo seré libre para recorrer junto a ellos las moradas de la gente que he amado. ¡No te apenes, Aimáta! ¡Aunque invisible a tus ojos, aunque muda en tu feliz presencia, seguiré cuidando de ti! ¡En los momentos de soledad, tu amiga todavía estará a tu lado, para reconfortarte cuando sufras, para aligerar tu corazón aunque haya lágrimas sobre tus mejillas y las palabras tristes no hayan abandonado aún tus labios! A veces, con la marea, cuando la quietud del verano luzca con toda su belleza sobre la tierra y tus pensamientos se dirijan, desdichados, hacia tu hermana que ya no está, recuerda, Aimáta, que aunque el cuerpo yazca frío en la tierra, el espíritu seguirá a tu lado. ¡No me olvides! ¡Desde tu infancia te he querido! ¡Oh, Aimáta! ¡Aimáta! ¡Desde tu infancia he procurado tu bien! Acuérdate del niño... ¡Si *tú* le abandonas, su futuro no será otro que la soledad! ¡Pero sé que no le abandonarás! ¡Vivirá para adornar con flores mi tumba y será *tu* mano la que le enseñe a esparcirlas!

Volvió a callar. Incluso sus anteriores y dolorosos esfuerzos por respirar dejaron de oírse. Una de las nativas abandonó su puesto a los pies del lecho, e inclinándose sobre el rostro de la enferma, le susurró a su compañera que había llegado el momento de lamentarse. En el interior de la cabaña estaba muy oscuro, pero ni por un instante pensó ninguno de los presentes en abandonarla para ir en busca de una antorcha, de modo que se dispusieron a esperar que se alzase la luna para descubrir si el terrible desenlace se había cumplido. Aimáta cogió la mano de Idía; la encontró fría y rígida. Le habló y no consiguió respuesta. Cuando la joven, invadida por una amarga angustia, se retiró de junto a la cama, la solemne y bella luna se elevó sobre la tierra.

¡Muerta! ¡Muerta! La belleza que en otros tiempos había sido amada por toda la isla se había marchado al fin. La misión mortal de aquel noble espíritu había finalizado, y la elocuencia de aquellos ojos gentiles se había apagado para siempre.

De la cariñosa mujer, de la intrépida madre, de la paciente víctima de la crueldad de la humanidad, ya no quedaba en aquella desolada vivienda nada, salvo un cadáver maltratado. ¡Muerta! ¡Muerta!

¡Felizmente fallecida! Aunque la joven que llora a tu vera, debido a su inocencia y falta de conocimiento del mundo, nunca podría pensar algo así... ¡Felizmente fallecida! ¡Tu huida de este hogar que ha sido el mundo ha sido justa y misericordiosa! ¡La irreflexiva simpleza de tu pueblo no se encontraba en *tu* interior! ¡Caminaste entre los hijos de la tierra como una extranjera y una desconocida, porque tu corazón era, sin saberlo, un exiliado de otras costas más nobles! ¡Ahora has cumplido tu destino! ¡Ahora puede comenzar tu gloria! ¡Junto a aquellas mujeres cuyo cariño natural (como el tuyo) no pudo ser controlado por tradiciones de hierro ni confundido por tiranías mortales, junto a ellas, tus hermanas mártires en defensa de su progenie, volverás a ser vista (cuando el percedero encanto de tu país haya desaparecido para siempre) triunfante y divina! ¡Porque aunque en la tierra se desprecien, las quejas y la rebelión de las madres de la Polinesia se atesoran en las alturas, y cuando a lo largo del Ultimo Día el gemido de todo un mundo se eleve hacia el asiento del juicio, cuando tanto las naciones pequeñas como las grandes supliquen y se estremezcan al unísono, cuando el hombre salvaje y el civilizado esperen su sentencia unidos por una esperanza común y un común temor, suplicando como las virtudes de Lot por la salvación de la ciudad de Zoar, la desdeñosa rectitud de unos pocos gloriosos podrá expiar el crimen de los muchos impíos de las islas del Sur!

¡Muerta! ¡Muerta! ¡Pero para seguir siendo recordada, aunque tu partida, como sucede con las nubes que recorren el cielo veraniego, no ha dejado ninguna señal elocuente a los ojos humanos de lo que una vez fuiste! Aparte de Aimáta, también hubo otros corazones que, aunque en silencio y con temor, te amaron y te compadecieron como el suyo. Para ellos, las escenas de tu sufrimiento se convertirán en terreno sagrado, y las flores sobre tu tumba devendrán deidades para su cariño en los años venideros. Cuando sean felices pensarán en los días en los que aún eras doncella. Cuando se sientan tristes recordarán tu paciencia ante los sufrimientos. ¡Porque allí donde apareciera la desgracia, llegabas tú como una hermana! ¡Allí donde amenazase un peligro, aparecías tú, vigilante y consoladora hasta el final!

Firme y bella, la luna seguía brillando, y en el interior de la solitaria vivienda el elocuente silencio de estupor y pena aún prevalecía. A veces, cuando el viento nocturno silbaba a través de los árboles, el niño, asombrado y asustado, murmuraba mecánicamente alguna de las pocas y simples palabras que su madre le había enseñado. De cuando en cuando la pena de la joven Aimáta se manifestaba en una breve exclamación de desespero, mientras las mujeres al pie del lecho murmuraban una invocación a sus dioses. Pero aquellas interrupciones momentáneas sólo contribuían a hacer más impresionante y profundo el silencio que las seguía.

Entonces, cuando aquel primer momento de pena inevitable y espontánea hubo

pasado, una de las mujeres se dirigió a la aldea. Al poco tiempo regresó acompañada por otras mujeres. El cadáver fue cubierto con sus ropas más puras y blancas, las flores fueron esparcidas sobre su cuerpo y las plañideras se reunieron en el exterior para contemplarla y lamentarse hasta que llegase la mañana.

Y pasó la noche, y llegó el día que iba a acoger su entierro... ¡esa última y terrible separación entre los vivos y los muertos! El simple y solemne funeral se desarrolló en las primeras y tranquilas horas de la mañana, de modo que la cabaña quedó vacía, ¡y el sendero del jardín fue recorrido por pisadas ajenas!

Lenta y tristemente, la pequeña procesión recorrió las sombreadas avenidas y atravesó los verdes y solitarios claros de aquella bella tierra. ¡Cuánto los había amado, tanto en sus días de felicidad como en los de penuria! ¡Y ahora, en medio de la belleza de aquellos bosques, se escogió el lugar de su sepulcro! ¡Ay! ¡Ay, Idía!

Más allá del escenario natural donde se habían celebrado las competiciones deportivas durante los festejos por las nupcias del rey, serpenteaba entre los árboles uno de los riachuelos más retirados de la isla. En una de las orillas de aquella corriente, en un pequeño montículo que sobresalía entre la hierba y las flores, habían preparado su tumba las mujeres del poblado. En la suavidad de la atmósfera y en la monotonía y oscuridad de los alrededores, se respiraba una simple melancolía que alcanzaba de inmediato al corazón... una tristeza cuya naturaleza era más la de suavizar y aplacar que la de angustiar y lamentar. Entre los enormes troncos de los árboles, el paisaje, aunque reducido y monótono, se mostraba repleto de reposo para la vista y de solemnidad para los sentimientos. Podía verse un sendero recubierto de césped que serpenteaba hasta perderse en la distante oscuridad del bosque, y también zonas de vegetación natural, con sus formas bellas y fantásticas balanceándose según las frescas y dulces brisas, o durmiendo bajo la quietud del mediodía. Ningún sonido proveniente del poblado vecino llegaba jamás hasta aquel profundo retiro. Las olas del océano podían rugir con toda su furia sin que pudieran oírse desde allí. Se trataba de un lugar encantador y tranquilo. Si alguna vez la belleza del reposo podía ser visible sobre la tierra, era en aquel lugar. Aquél había sido su imperio favorito, su refugio más querido y visitado.

Enterraron el cuerpo, aplanaron y engalanaron la hierba sobre la tumba, y uno tras otro se lamentaron y lloraron antes de marcharse. Los helados vientos de las tardes otoñales empezaron a levantarse desde el sur, pero la joven Aimáta permaneció junto a la tumba. La soledad, cerca de los difuntos a los que hemos amado, pierde para el corazón toda su desolación y terror, de modo que mientras la joven se sentó rodeada por aquel solitario bosque el miedo no tuvo cabida entre las melancólicas emociones que se debatían en su interior. En aquel lugar de pesar no había nada que la distrajese de sus pensamientos, nada que la hiciese avergonzarse de su pena. De este modo, sin advertir el paso del tiempo, sin nadie que la reconfortase en aquel, su momento de mayor pesar, permaneció en aquel lugar hasta que la presencia de Mahíné interrumpió el único rayo de luna que había conseguido penetrar hasta allí. Entonces

se marchó junto a su jefe y la reciente tumba quedó abandonada a la soledad y a la noche.

¡Así de pacífico era el refugio en el que el agitado peregrinaje de Idía había sido destinado a su fin! Así se había silenciado en un solo momento la turbulencia mortal que durante años y años se había desarrollado en la absoluta calma de la tierra. La pasión poética de la doncella, el glorioso coraje de la madre, el horror de la muerte por sacrificio, la agonía del veneno del hechicero... todo, todas las miserias que la vida en la tierra había ido acumulando en su camino, habían acabado allí, en una franja de tierra junto a un arroyo.

¡Oh, si la noche pudiera reinar para siempre sobre aquella tumba! Si en vida había sido a menudo su compañera, su presencia no resultaba menos apropiada en la muerte. Durante la estación del amor había contribuido a embellecer y dulcificar su corazón. Durante su hora de peligro, había apresurado y asegurado su triunfo. También había retrasado su captura en los más intrincados rincones del lago Vahíria hasta que la noche ya no sirvió de nada. Ahora, en su eterno reposo, se lamentaba por su muerte de la manera más solemne que un mortal pueda merecer, de la manera más impresionante que un mortal pueda desear.

Y ahora que tu tumba está solitaria, que las flores han sido esparcidas y abandonadas sobre ella, que los lamentos por tu belleza y tu bondad se han convertido en un hábito para el corazón... ¡Adiós! ¡En las horas de la noche te encontraremos tal como fuiste en tu juventud! ¡En las horas de la noche te dejamos en tu descanso! ¡Porque el descanso es la paz!

CAPÍTULO VII

LA REBELIÓN DEL EJÉRCITO

De este modo pasaron en Tahití los días hasta la llegada de los meses del invierno. Muchas viviendas del poblado de Mahiné estaban, para entonces, completamente desiertas. Nadie paseaba por los senderos. Nadie se dirigía hacia sus labores en el campo. Nadie buscaba los entretenimientos que en otro tiempo habían tenido el poder de deleitarles y mantenerles ocupados. Se avecinaba un cambio.

Frente a la morada del Rey, un puñado de veteranos guerreros vigilaban vestidos con su equipo marcial, como si se encontraran en guerra. Nadie quedaba ya para relevar a los últimos guardianes de la seguridad del soberano. Día tras día su número era el mismo, y día tras día llevaban a cabo su tarea, pese a encontrarse en periodo de paz, sin descanso ni interrupciones.

En el interior de la vivienda tan fuertemente guardada, Mahiné permanecía rumiando el peligro que le acechaba dominado por una arisca y severa desesperanza. A sus pies, la joven Aimáta se sentaba sollozando en silencio. Parecía como si una maldición hubiera caído sobre los habitantes del lugar; tan profunda era la desolación que, desde el más noble al más humilde, se advertía en la conducta de todos.

Y no era sin causa que el rostro del Rey expresaba las más fuertes emociones de depresión y desespero, ya que, con la excepción del pequeño grupo de guerreros que vigilaban su hogar, el ejército y el pueblo habían declarado de común acuerdo su desprecio por el poder y su hostilidad hacia su reinado.

A su llegada a Tahití, el fatuo monarca no había realizado ningún intento de restaurar su credibilidad perdida entre la descontenta soldadesca. El obstinado orgullo que parecía haberse instalado en su corazón redujo todos los intentos de sus consejeros por inducirle a efectuar algunas concesiones temporales. Las reclamaciones de las tropas descontentas permanecieron sin respuesta, sin negativa siquiera. Las dignidades prometidas a los jefes y las recompensas garantizadas a los guerreros, una vez que había regresado al centro de sus territorios, siguieron sin ser concedidas. Los guerreros del ejército nativo que aún permanecían fieles a su líder pronto empezaron a renegar de su alianza. Innecesarios excesos de severidad en castigos a ofensas sin importancia les hicieron decidirse, de modo que pronto se unieron al bando rebelde. La excepción fueron algunos viejos servidores y los acompañantes personales del Rey, quienes permanecieron leales a su causa con la esperanza de que su señor aún sería capaz de despertarse del engaño en que vivía y que aún podría actuar con sabiduría y clemencia.

Entre los guerreros amotinados nada serio se había decidido todavía. En sus filas había muchos hombres que, villanos como eran, practicaban cierto grado de

moderación y paciencia, que asombraba a sus compañeros más incautos, con el objetivo de asegurarse el triunfo de su plan maestro. Aquellos formidables rebeldes habían aprendido del Rey una importante lección. Habían descubierto que la revolución ha de ser unánime para conseguir un éxito permanente, y determinaron, antes de pasar a la acción, asegurarse la cooperación de la mayoría de los habitantes de la isla en su osada tentativa.

El deseo de obtener el poder absoluto no era la causa que movía a los líderes de la revuelta en su ambicioso intento. Los principales deseos de su presente empresa eran la venganza por sus agravios y la obtención de aquello que les prometió para atraerlos a su causa el pérfido Rey, y para conseguirlos ningún medio les parecía más efectivo que la recuperación del Rey desterrado. Algunos conocían por experiencia propia, y otros de oídas, la enorme flexibilidad y maleabilidad de su disposición. De la gratitud de un hombre como aquél, se podría esperar cualquier cosa. De su docilidad, podía anticiparse todo. Rescatarle de su exilio y volverle a sentar en el trono era una manera de asegurarse la obtención de innumerables dignidades y beneficios. En él vieron al hombre cuya autorización personal, para dar seguridad e importancia a sus peores planes, podría obtenerse con gran facilidad. No había fraude que no pudiese ser practicado gracias a su credulidad, no había amenaza que no pudiera usarse con éxito para superar sus dudas y derrumbar sus determinaciones. Delegar el gobierno en manos de cualquiera de ellos sería, ya lo sabían, poner a un tirano en el trono cuyo consiguiente derrocamiento pasaría a ser asunto de primera necesidad para todos los demás. Esperar algo más de Mahiné era engañarse. Todo lo que su revuelta necesitaba ahora era un propósito y una excusa, y el Rey exiliado era el hombre apropiado para satisfacer aquellas condiciones a su gusto.

Las capas más bajas de la población fueron convencidas sin dilación. También ellos se mostraban furiosos con su desdichado soberano, pues incluso ahora que había regresado seguía mostrándose tan remiso a promover su entretenimiento o a mejorar su posición como a acceder a las reclamaciones del ejército cuyo intrépido valor le había ganado el trono. Recordaban con arrepentimiento el gobierno suave y afectuoso de su anterior monarca, en comparación con la orgullosa indiferencia de su presente Rey ante sus deseos y necesidades. Por lo tanto, cuando el jefe rebelde les prometió el regreso de su soberano exiliado, abrazaron su causa con la misma pasión y presteza con la que se habían alzado anteriormente para despojarle del trono.

El plan de la rebelión maduró pronto. La mayor parte de los insurgentes debían permanecer ocultos e inactivos hasta que se asegurase el éxito de la empresa más inmediata e importante: el asesinato de Mahiné. Se dividieron, por tanto, en dos partidas, una para tomar posesión del poblado, la otra para embarcarse sin demora con el objetivo de rescatar al Rey exiliado.

El asesinato les fue encomendado únicamente a unos pocos elegidos. Los cabecillas de la rebelión eran plenamente conscientes de la necesidad absoluta de aquella drástica medida. Mientras Mahiné viviera, su plan no estaría a salvo. Podrían

expulsarle de la isla, pero no podían tener la absoluta certeza de que no fuera a regresar. Para un hombre tan activo y con tan pocos escrúpulos como creían que seguía siendo, la organización de un formidable grupo de nuevos seguidores, con el que asegurar su reinstauración, sería una tarea relativamente sencilla. Era un enemigo demasiado peligroso como para permitir su fuga. Nada salvo su muerte podría sellar el triunfo. De modo que el ataque sorpresa contra los guardas fieles a la corona y el asesinato del jefe quedaron fijados para el mismo día en que Mahiné ha sido presentado al lector, desafiando hoscamente desde sus posesiones los peligros que pudieran acecharle en cada esquina.

Regresemos de nuevo, brevemente, al interior de los compartimentos reales.

La habitación escogida como refugio por Aimáta y el Rey aparecía ocupada ahora por un tercer individuo, con el cual Mahiné conversaba seriamente. Al principio, el coloquio tuvo lugar en susurros, pero no pasó mucho tiempo antes de que el Rey, repentinamente indignado, se separara abruptamente de su consejero y dijera sus últimas palabras en un tono de voz elevado y airado.

—¡Escucha! —gritó—. He escogido lo que me corresponde. Si hay peligro, iré a su encuentro. Si hay una rebelión, la sofocaré como Rey. ¿Es que acaso soy yo el que debe obedecer? ¿Deberé actuar como un esclavo en manos del pueblo al que gobierno, entregando mi trono a una horda de rebeldes, y mis posesiones a un grupo de campesinos y ladrones? ¡Por la grandeza de Oro, al que sirvo, que eso no sucederá! A esta malvada gente la he conquistado por mí mismo, y seré yo, y sólo yo, el que los gobierne mientras viva. Aún me quedan fieles. En la isla del exilio tengo fieles que deberán ser reclamados. Igual que mis padres vencieron, así venceré yo. Tal como *ellos* murieron, cubiertos de gloria, así lo haré yo también. ¡Aunque la chusma de las islas sea tan numerosa como los árboles de los bosques, la rechazaré y lucharé hasta el final!

Y, mientras ordenaba al guerrero que le dejara solo, su antiguo espíritu marcial volvió a poseerle, y la osadía y la ambición del jefe ocuparon momentáneamente el lugar de la indolencia y el capricho del Rey.

Pero en cuanto Aimáta se le acercó, le rodeó el cuello con los brazos y le miró a la cara con la tristeza marcada en su rostro, el bastón de guerra cayó de su mano, el fuego desapareció de su expresión y el apasionado cariño del amante volvió a apoderarse de su corazón.

—Marchémonos —dijo la joven suavemente—. ¡Oh, Mahiné! ¡Mahiné! Marchémonos y vivamos de nuevo en paz. Desde que la persona que amamos nos abandonó para siempre, no ha habido felicidad ni tranquilidad para nuestros corazones en este desolado lugar. Mientras haya tiempo, aún podremos huir. Hay otras tierras en las que vivir. Hay otras gentes a las que podríamos unirnos. ¡No hay nadie en las islas que quiera cuidar de mí excepto tú! Si tú me fueses arrebatado ¿quién me quedaría al que pudiese llamar amado entre las naciones de la tierra?

Y escondió la cabeza en el pecho del Rey, y esperó su respuesta. Pero aunque

todo su cuerpo se estremeció con la violencia de las emociones que se agitaban en su interior, Mahíné no respondió. De modo que ella se levantó, abandonó la estancia momentáneamente y regresó con el niño huérfano en brazos.

—Contéplale, Mahíné —rogó—. Es el legado que me confió en su lecho de muerte. ¿Cómo podré cumplir si permanecemos aquí en peligro? Sus cuidados fueron los que me preservaron para *ti*. ¿No debería yo velar por la integridad del hijo al que tanto amó como ella veló por la *mía*? ¿No deberé conservarle como lo único que me ha quedado de la compañera cuyas palabras eran música para mis oídos, y cuya presencia era como el resplandor del cielo para mi corazón? Marchémonos de este lugar, amado mío. ¡Vivamos allá donde los bosques sean más seguros para nuestros pies, donde nuestra morada no deba ser guardada y donde las armas de la guerra sean ajenas a tu mano!

Y calló y se arrodilló ante él, sollozando, con el niño aún apretado contra su pecho, y la fatua insensibilidad del jefe ante los peligros que le rodeaban se desvaneció ante la voz suave y calmada del cariño. Con un gemido de amargura, levantó a la joven del suelo y avanzó hacia la puerta de la vivienda.

Pero, hasta el último momento, dudó antes de abandonar la morada. El conflicto entre el amor y la ambición había quedado adormecido, pero no había concluido aún. Una expresión de profundo desaliento y melancolía se apoderó de su rostro, y los ruegos de Aimáta cayeron sobre él sin ser oídos, en un momento tan decisivo e importante. Se trataba de una decisión terrible: abandonar de aquella manera el trono por el que había batallado y triunfado para vivir condenándose a sí mismo a la oscuridad del exilio cuando, apenas unos meses antes, había contado con la completa seguridad de una existencia futura repleta de triunfos y renombre. Pese a lo ardientemente que amaba a la joven, aquella situación representaba un momento de miseria para el vencedor del campo de batalla y el usurpador de un trono. Tan sólo un momento para decidir si era capaz de llevar a cabo la más osada cobardía.

Acababa de verse arrastrado a un breve y amargo ensueño cuando a sus oídos llegó un entrechocar de espadas proveniente del otro lado de la puerta. Agarró su bastón de guerra y escuchó. Los ruidos del combate sonaban cada vez más cerca, y casi de inmediato uno de los servidores del Rey entró tambaleándose en la habitación, cubierto de sangre, para anunciar que la vivienda estaba siendo atacada por una partida de rebeldes.

Siguiendo una señal de Mahíné, el hombre agarró a la aterrorizada Aimáta de la mano y la arrastró a través de una entrada secreta hasta la parte posterior de la casa y, tras escalar el muro que la rodeaba, alcanzaron un escondite seguro junto a la orilla del mar. Mientras tanto, en la parte frontal, el Rey ya se había situado a la cabeza de sus partidarios, consiguiendo con su primera embestida rechazar a los asaltantes hasta el perímetro exterior del muro. Pero su triunfo fue breve. El número de los rebeldes triplicaba el del bando real, y a medida que un defensor tras otro iban cayendo resultó evidente que en pocos minutos la residencia del Rey iba a quedar en poder de los

líderes de la revuelta. En aquel momento, Mahiné, que aún batallaba desesperadamente al frente de sus guerreros, por su honor y por su trono, fue arrastrado hacia la retaguardia por dos de sus últimos jefes guerreros. A pesar de su resistencia, fue forzado a seguir el mismo camino que habían seguido a Aimáta y su protector. Una canoa esperaba en la orilla. Los guerreros saltaron a su interior para tripularla y la echaron al mar. Apenas unos segundos más tarde, el usurpador y su mujer se dirigían velozmente hacia el océano.

La defensa de su residencia fue mantenida hasta el final por los pocos y valerosos hombres que habían permanecido fieles al Rey, hasta que desapareció toda oportunidad de seguir ofreciendo una resistencia exitosa. Entonces, los defensores dieron media vuelta y huyeron a las montañas mientras los asaltantes penetraban sin dificultades en la casa del Rey. La estratagema mediante la que su víctima había conseguido escapar fue pronto descubierta. Corrieron a la costa y botaron sus canoas, pero la embarcación que llevaba al monarca fugitivo se hallaba ya completamente fuera de su alcance, y toda persecución resultó inútil. Amargamente decepcionados e indignados por el resultado de su atentado, los rebeldes regresaron a su campamento.

Varias horas se perdieron en inútiles recriminaciones entre los rebeldes a los que se les había confiado el asesinato de Mahiné, lo que dio lugar a una acalorada discusión entre los miembros del ejército al completo. La paz, en todo caso, se había restaurado al fin. El poblado fue ocupado por una división de guerreros, y otra partió a la mañana siguiente hacia la isla del exilio, tal como se había decidido en un primer momento.

CAPÍTULO VIII

EL REGRESO DEL REY DESTERRADO

Desde la fuga de Ioláni, los prisioneros eran vigilados con más atención y tratados con más severidad que antes. El fruto de sus labores empezaba a ser visible en la isla. Se habían levantado viviendas y ensanchado senderos, se distribuyeron jardines y se sembraron frutales, se talaron árboles para construir con su madera... y sobre el paisaje general del lugar se extendió un aspecto de fertilidad y comodidad que daba gusto contemplar.

Entre los guardas se creía que los dos Sacerdotes habían logrado culminar con éxito su huida, y que se encontraban escondidos en las montañas de Tahití. Su huida había sido puntualmente comunicada a Mahíné, y éste había ordenado una batida por el campo con un resultado que el lector podrá adivinar fácilmente. Se sospechó de la complicidad del monarca desterrado, pero como no se pudo encontrar ninguna prueba directa de su culpabilidad, ni mediante adivinación por parte de los sacerdotes ni investigando entre sus compañeros de presidio, permaneció sin castigo. Sus guardianes simplemente se contentaron con vigilarle con más atención que a sus hermanos de exilio.

A eso del mediodía, un día después de la fuga de Mahíné, los prisioneros y los guardas se vieron sorprendidos por igual ante la aparición de una flota de canoas que se dirigía directamente hacia la isla. A medida que se fueron acercando, el asombro de los exiliados se incrementó al comprobar que los ocupantes de las embarcaciones iban completamente armados, como si llegasen preparados para un posible conflicto. Además, desde las canoas llegaba un griterío de voces que reclamaban: «¡El Rey! ¡El Rey!», exclamación que los rebeldes cambiaron al desembarcar por arrogantes llamamientos a la rendición al comprobar que los guardas del usurpador mostraban su determinación de impedir el avance.

Dos minutos de parlamento bastaron para demostrarles a los exiliados que su libertad estaba al alcance de la mano y a los guerreros de Mahíné que el poder de su señor se había desvanecido. No les quedó más remedio, en aquellas circunstancias, que rendirse. Cuando depusieron las armas los gritos se redoblaron:

—¡El Rey! ¡El Rey!

Pero el desterrado monarca se había separado de la multitud de la playa en cuanto había visto aparecer al ejército rebelde. Tras una ansiosa búsqueda, sus indisciplinados libertadores le encontraron sentado a solas en uno de los jardines a la vera del mar, con la cara enterrada entre las manos. Su apariencia denotaba una melancolía completamente extraña e inexplicable en un momento tan glorioso para su gente y para él.

Después de que los recién llegados hubieran acabado de rendirle pleitesía y saludarle como soberano, con una reverencia y una alegría aparentemente desbordadas, el Rey elevó sus ojos hacia los rostros de aquellos salvajes libertadores mostrando una expresión de lástima y desconcierto. Al principio no respondió. Quizá fuese que, pese a la solemnidad del momento, sus pensamientos no pudieran evitar retroceder hasta la hora de su derrota, o hasta su asesinada reina, o quizá hasta las cabañas desoladas y los esqueletos putrefactos que cubrían los llanos junto al Templo de Oro, porque volvió a agachar la cabeza y gimió amargamente. Después, cuando le hubieron reiterado sus promesas de futura obediencia y sus declaraciones de futuro afecto, se levantó y con una voz hueca y quebrada habló de la siguiente manera:

—Buscad entre vosotros un soberano al que podáis obedecer, porque mi lugar ya no se encuentra en la bella Tahití. De toda la gente a la que amé, tan sólo queda el pequeño grupo que ha compartido mi destierro. Del hogar en el que habité, no queda nada salvo un montón de ruinas. Quisierais tenerme por Rey... ¡Ay de mí! ¿Cómo podré reinar si mis consejeros me son extraños? ¿Cómo podré presentarme ante el pueblo cuando, desgraciadamente, ninguno de los que conocí, ninguno de aquellos por los que me preocupé, se encontrará entre la multitud? ¡Oh, ojalá hubiera muerto durante la batalla! ¡Ojalá hubiera caído durante la retirada, porque entonces habría podido morir junto a los valerosos y los bellos! ¡Así habría podido escapar a la vergüenza de la abdicación y la derrota!

Se detuvo abruptamente y volvió a hundir la cabeza en el pecho mientras las lágrimas tanto tiempo contenidas empezaron a manar de sus ojos. Pero entre los rudos y fieros guerreros que le rodeaban no se despertó ninguna simpatía por aquel hombre desolado y de corazón destrozado. Su petición de que se le permitiera continuar tranquilamente en su destierro fue ahogada por el clamor que prevalecía por todos lados. El Rey fue triunfalmente arrancado de su pacífico retiro, se cargaron y llenaron de hombres las canoas y los pocos habitantes nativos que observaban perezosamente desde la playa la partida de la flota volvieron a quedarse solos en la isla del exilio.

El sistema del futuro gobierno de Tahití quedó fijado en pocos días, ya que cuanto más osadas eran las exigencias del jefe rebelde, más implícita era la obediencia del Rey. Lo que más intensamente deseaba de los cabecillas del ejército y del pueblo era que le concedieran un retiro completo, que le eximieran en la medida de lo posible de toda responsabilidad personal sobre los asuntos de la isla.

Quedó acordado que la isla debería dividirse en diferentes provincias, como siempre, pero se insistió en que el mando de los jefes sobre ellas no debería responder ante nadie en el ejercicio de su poder, un privilegio nunca concedido con anterioridad, por obvias razones, en las islas de la Polinesia. Aquella atrevida demanda recibió, necesariamente, la tácita aquiescencia del indefenso Rey, quien voluntariamente reforzó la posición de sus formidables y ambiciosos consejeros nombrando regente de su propia región al jefe principal del ejército rebelde.

De esta manera, la paz reinó una vez más sobre la isla. Las armas de guerra volvieron a ser abandonadas, y los campesinos regresaron a sus labores de labranza hasta que la próxima revolución entre su brava pero irreflexiva gente volviera a convocarles, dejando sus tranquilas haciendas y sus simples ocupaciones para formar parte del derramamiento de sangre y de las batallas.

A la mañana siguiente de que se hubiera completado la formación del nuevo gobierno, el Rey dejó el palacio desatendido y paseó, unas veces bordeando la costa, otras a través de los senderos del bosque, hacia el desolado escenario en el que había pasado sus días de felicidad y paz.

Desde su liberación de la isla del exilio hasta aquel momento había sacrificado una y otra vez sus propias emociones y deseos ante los requerimientos de los demás, por muy injustos o numerosos que éstos pudieran ser. Pero, una vez que ya había jugado su humillante y desagradecido papel en el espectáculo de los otros, no tuvo escrúpulos en satisfacer los inocuos deseos de los simples y afectados sentimientos propios. Desde el momento en que había vuelto a pisar las costas de su isla natal, su corazón se había mostrado anhelante por regresar a aquel lugar, consagrado para él, pese a su actual apariencia deprimente y solitaria, por los recuerdos de su brillante y tranquilo pasado. En los llanos del Templo se abandonó a su pena. Allí, durante años y años, había vivido más como un compañero de su pueblo que como un Rey. Allí habría muerto felizmente, junto a los hogares de sus padres y entre los seres que había amado. Indolente por disposición y cariñoso de corazón, considerado y bondadoso tanto de sentimientos como en sus actos, era un auténtico y admirable ejemplar de las más felices características de su raza. Su peor desgracia era la eminencia de su puesto. Sus más peligrosos enemigos eran sus deberes como Rey. Como soberano de rango, su vida había sido un largo error. Como simple campesino, su existencia nunca habría sido acosada por las necesidades ni amargada por una sola pena.

Cuando, tras proseguir su camino, alcanzó la semiderruida cabaña del hechicero, el desconsolado monarca se detuvo junto al arroyo para admirar triste y solemnemente la belleza de aquel lugar. Volviendo los ojos hacia la desolada morada, observó a un hombre solitario erguido en el umbral. Siempre necesitado de compañía, buscando siempre consuelo a sus desgracias, el Rey se acercó enseguida al ocupante de la cabaña, deseando que la figura que veía pudiese ser uno de sus compañeros de exilio, dominado por la misma melancolía que él. Cuando le vio acercarse, el hombre alzó la mano. ¡Alegría! ¡Alegría! ¡Era su hermano perdido! ¡Era Ioláni el Sacerdote!

Sobre las extrañas perversidades que a veces marcan el cariño, pocos ejemplos más chocantes podrían esgrimirse que el del aprecio del Rey por un hombre que siempre se había mostrado tan frío y distante en su presencia como su infame hermano. Desde su más temprana niñez, en todo caso, cuanto más insensibles habían sido los intentos de Ioláni por repelerlas, más pacientes y continuas se habían mostrado las profusiones de amor fraternal del Rey. La repulsa parecía estimular su

afecto; el desprecio, renovarlo por completo. Y ahora que, cuando más solo se encontraba, uno de su propia sangre se erguía ante él, ahora que el hombre desolado había recobrado un compañero, tras haberse resignado con tristeza a llorar su pérdida, su antigua generosidad, su vieja determinación a amar pese a las pétreas barreras de odio y desprecio, regresó a su corazón multiplicada por diez. Se abalanzó sobre el Sacerdote, destinándole palabras de aprecio y observando ansiosamente y con cariño su rostro, como si esperase que la pena y el sufrimiento que nos cambia a todos hubiese sido capaz de modificar incluso el corazón de piedra del Sacerdote.

—¡Ay de mí! —gritó—. ¡Cómo hemos sufrido los dos! Pero ahora que volvemos a estar juntos ¡cómo nos alegraremos! Mis tierras me han sido devueltas, mi poder vuelve a ser mío. Tus propiedades, tu rango, tus riquezas, ¡volverás a tenerlo todo! ¡La pompa y la gloria volverán a ser tuyas! ¡Tu grandeza será restaurada! ¡Oh, Ioláni, Ioláni! ¡Si lo deseas, serás Rey! ¡Así me querrás! ¡Así podrás ser gentil con tu pueblo y un compañero y un amigo para tu hermano!

El Rey calló y una vez más contempló el sombrío rostro del Sacerdote. Pero Ioláni no le ofreció respuesta. Durante un momento dudó, y sus ojos salvajes y fieros se suavizaron por un instante. Pero enseguida se separó del Rey como si temiese que por el hecho de escuchar a su hermano hubiese cometido una falta, y se tambaleó en dirección al interior de la cabaña gritando «¡Otahára! ¡Otahára!» en tono tembloroso e implorante.

Cuando el hechicero se enfrentó al Rey, puso la mano sobre el hombro de Ioláni, como si quisiera separar al Sacerdote, por la fuerza, del último de su estirpe, y una arrogante expresión de triunfo destelló en sus siniestros ojos. Ningún rango temporal, por muy orgulloso que sea, tenía la más mínima influencia sobre los estudiantes de lo sobrenatural, y Otahára conminó al Rey a que se marchase, no como lo haría un vasallo sino como si fuera un superior y un señor.

El infeliz monarca contempló por última vez, implorante, la cara de su fatuo hermano, pero los ojos de Ioláni únicamente miraban al hechicero, por lo que sintiéndose desesperado y miserable se volvió para abandonar aquella guarida de los devotos del mal, no sin antes despedirse de la siguiente manera:

—Se me ordena que te deje, pero aunque me aleje de tu morada apenado y avergonzado, no me olvidaré de ti. Cuando llegue la mañana, mis jóvenes guerreros vendrán a vigilar los alrededores de esta casa en la que estás prisionero, y si por ventura consigues vencer los hechizos que ahora te atan, y tu corazón se acuerda del hermano que se ha marchado, ellos te recogerán y te traerán hasta mi morada, ya que me siento solo entre mi pueblo, e incluso pese a tu profunda indignidad, Ioláni, aún te quiero.

En cuanto las últimas palabras hubieron surgido de los labios del rey y éste hubo desaparecido entre los laberintos del bosque, Ioláni volvió a entrar en la cabaña. ¡Y de esta manera se separaron! Un hermano, dominado por su noble pesar, para convivir con el ángel que llevaba en el interior; el otro, en su lamentable degradación,

¡para combatir el espíritu malvado que residiría para siempre en su corazón!

CAPÍTULO IX

MAÑANA Y TARDE

Los laberintos de nuestra historia ya han sido recorridos en su totalidad. Con la mañana, cuyo amanecer recogemos ahora, y con la tarde, cuyo final aún hemos de relatar, finaliza la tarea del escritor y se termina y sobrepasa el trabajo del lector.

En una pequeña isla, la más lejana del archipiélago polinesio, encontramos a los personajes que habrán de protagonizar nuestra escena matinal. Hasta aquel lugar se había retirado el usurpador fugitivo, acompañado de su gentil esposa, y en él, un lugar en el que las guerras y los tumultos resultaban prácticamente desconocidos, habían establecido su permanente y tranquila residencia junto al niño huérfano.

La estación invernal ya se había asentado. La playa del islote se mostraba desierta excepto por unos pocos pescadores cuyas obligaciones les llevaban hasta la costa. Una lluvia gentil llevaba cayendo desde hacia varios días y el sol lucía, durante la mañana que estamos describiendo, creando una escena pintoresca aunque en cierta manera incómoda. Gran parte de las tierras bajas se hallaban parcialmente inundadas, y podía verse a los campesinos, a medida que iba avanzando el día, apresurándose para proteger sus jardines y viviendas de la furtiva incursión de las aguas. Lejos, en la selva, los ríos aparecían crecidos y descoloridos, y las avenidas que atravesaban el bosque se habían convertido en húmedas marismas o en varadero para la vegetación descompuesta. Y, sin embargo, ni siquiera la influencia de la estación trajo un cambio brusco en los innumerables atractivos de la isla. La atmósfera, aunque húmeda, era apenas un poco más fría que durante los meses del otoño, las flores silvestres se encontraban con el sol junto a las rocas con la misma alegría de siempre y los árboles y los prados retenían el color y la belleza que les había engalanado en la estación recientemente superada.

Pero traslademos nuestra atención, en todo caso, de la contemplación de la naturaleza a los hogares del hombre. En las tierras altas, junto a los acantilados, están situadas la mayor parte de las cabañas que forman la pequeña colonia, entre las cuales se alza discretamente la residencia de Aimáta y el jefe fugitivo.

Su puerta está abierta de par en par para que el sol, escondido tras las nubes durante tantos días anteriores, pueda iluminar el cuarto con su luz refrescante y bienvenida. Los ocupantes se encuentran sentados cerca de la entrada. La mano de Aimáta descansa enterrada en la de Mahiné, su cara está vuelta hacia la de él, y escucha con ensimismada atención las palabras que surgen de sus labios. A sus pies, entretenido con una cesta repleta de flores recién recogidas, está el niño huérfano. Un aire de perfecta comodidad distingue el interior de la morada, desde las encaladas vigas, de las que penden varios cordones de colores, hasta la seca y suave hierba seca

que recubre el suelo. Frente al pequeño grupo se extienden los jardines de su residencia, los regulares y fértiles llanos, y el resplandeciente e inmenso océano. A su alrededor se agolpan los sombreados bosques y una multitud de árboles. Encantados por las delicias de su retiro, los ocupantes de la cabaña no esperan nada, no desean nada, más allá de su aislamiento isleño. Aimáta ha conseguido la vida pacífica por la que tanto había suspirado últimamente, y el sueño de su anárquica ambición se ha desvanecido para siempre del corazón de Mahiné.

Al poco rato, la disposición del trío cambia, ya que el niño abandona repentinamente su ocupación y trepa con un puñado de flores por las rodillas de la joven, intentando apartarla de Mahiné con el fin de tenerla para sí mismo. Durante un breve momento, pese a sus esfuerzos, los ojos de Aimáta siguen clavados en el rostro de su amado. Pero pronto, como si algún tono en su voz, algún giro particular en sus semiinfantiles expresiones de ruego, hubiese penetrado en su memoria mientras resuena en el oído, la atención de la muchacha abandona a Mahiné, con lágrimas al borde de los ojos, y el nombre más sagrado para su corazón cruza suavemente por sus labios cuando da la espalda al guerrero para cuidar cariñosamente del niño.

Si los espíritus de los muertos están condenados a caminar por la tierra (y quién que alguna vez haya amado y haya lamentado una pérdida, quién que haya reflexionado en soledad y haya velado durante las horas de la noche, tendrá coraje para negar, o la fortaleza para dudar, que esta espantosa condena es real), si los invisibles habitantes de otros mundos pueden en efecto regresar ocasionalmente a la tierra, ¡con qué esplendor se cumplió en aquel momento la solemne promesa expresada por Idía en aquella hora de agonía que la había separado de sus seres queridos!

Y aquí, mientras su existencia transcurre sin problemas, mientras su corazón sólo sufre de aquellas penas cuya misión es suavizar y aplacar, abandonamos, con triste desgana, a la más gentil y a la mejor de las hijas de las Islas del Sur. En los hogares de su pueblo su presencia fue un alivio para el sufrimiento y una inspiración para la felicidad. ¡Ojalá en la leyenda que hemos escrito sobre su remoto y hermoso país la misma deslumbrante inocencia pueda perdurar en ella! ¡Ya con su nombre, Aimáta fue una melodía para los que la acompañaron en su vida! ¡Que de ese modo retenga un vestigio de su antiguo encanto para el extraño de otra nación y otro tiempo!

* * *

El día había amanecido tan felizmente sobre Tahití como sobre la pequeña isla de Mahiné. Pero, a medida que fueron transcurriendo las horas, la promesa de la mañana no fue cumplida por el mediodía, y cuando el sol ya se dirigía hacia el regazo del mar, el firmamento, salvo en el oeste, se presentaba cubierto de enormes y oscuras

nubes, el viento soplaba estridentemente y había empezado a caer una lluvia espesa y abundante.

A medida que iba avanzando el día, muchos de los habitantes de la isla abandonaron consternados sus ocupaciones habituales y observaron, en silencio e inactivos, cómo se aproximaba la tormenta. Durante la mayor parte del tiempo la gente se apiñó. Entre ellos, sin embargo, hubo dos que llevaron a cabo aquella vigilia de la tempestad en completa soledad.

Bajo la parca protección de la cabaña semiderruida, se refugiaban el hechicero y el Sacerdote. Durante el día habían mantenido un perfecto silencio, pero ahora, a medida que se acercaba el atardecer, aquel ensimismamiento desapareció del comportamiento de ambos. Al principio conversaron en voz baja y entre largos intervalos de silencio, después hablaron con rapidez y en un tono elevado, finalmente su discusión se convirtió en una vehemente disputa.

Al principio de la riña, el comportamiento del Sacerdote había sido titubeante y humilde, y el de Otahára vehemente y seguro de sí mismo, pero los desdichados restos de la auténtica naturaleza de Ioláni pronto empezaron a despertar en su interior, y su violencia, tanto en los actos como en las palabras, igualó rápidamente a la del hechicero. Otahára fue el que más habló, despertando la furia del Sacerdote pulla tras pulla y dejándole aparentemente sin palabras. Sin tener en cuenta el peligro, el mago avanzó trastabillando hacia su desesperado compañero, cada vez más cerca, reiterando sus insultos. Aunque casi dominado por la locura, Ioláni logró sufrir en silencio algunos segundos más. Entonces, la mención de una expresión de absoluta ignominia aplicada a su persona por Otahára en tonos de amargo sarcasmo, agotó su paciencia, y lanzando un grito de furia asestó al hechicero un tremendo golpe con el puño cerrado.

El mago retrocedió algunos pasos. Su cara se sonrojó hasta adquirir un matiz purpúreo, cambiando después a una lívida palidez. En un determinado momento levantó una mano amenazante en el aire, y acto seguido, sin una sola palabra ni un solo gemido, cayó pesadamente al suelo.

Durante algunos minutos Ioláni contempló el cuerpo inane. Entonces se tambaleó hasta él y puso una mano en el corazón del cadáver. Aquella comprobación le convenció de que el hechicero se había marchado para siempre. ¡Estaba solo! ¡Su propia mano le había arrojado a la condena que más temía!

Pensó en el miedo que siempre había tenido Otahára, en el abyecto terror que desde su primer encuentro habían provocado en él tanto el hombre como su poder, hasta el punto de que se había habituado a vivir dominado por él. Había entrado en la disputa con la sensación más degradante de miedo y humillación. ¿Sería posible que alguien como el hechicero hubiera terminado sus días de aquella manera? Y de nuevo posó una mano sobre el corazón del muerto; y fijó los ojos en su rostro.

Medio paralizado por el terror, se alejó a trompicones del cadáver y miró a través de una grieta de la cabaña. El rugido de las olas y el quejido hueco y profundo del

viento se asemejaban a voces que le maldijeran mientras contemplaba el exterior. El primer objeto con el que toparon sus ojos en la playa fue la canoa que le había traído desde la isla del exilio, y que había abandonado para que se pudriera en el mismo lugar en que había desembarcado. Incluso el remo permanecía en su posición habitual, en la proa de la embarcación.

Frente a él, el instrumento de un crimen, tras él, la evidencia de otro, a su alrededor, la soledad, y sobre él, el cielo resquebrajado... ¡nacer era una miseria demasiado terrible! Recordó, entre la agonía del miedo, las últimas palabras de su hermano. Era posible que los guerreros estuvieran allí para protegerle desde antes, incluso aunque los siervos del Rey no se hubieran aproximado a la cabaña. No le importaba quién pudiera encontrarle, ya que la soledad era peor que la muerte, de modo que gritó pidiendo ayuda.

Durante algunos minutos nada interrumpió la penosa monotonía del sonido producido por el viento y las olas. Al fin, oyó pasos en el exterior. Se acercaban. Cruzaron el umbral de la puerta. Se sentía como si estuviera hechizado. No se atrevía a moverse ni a mirar. De repente, una mano cayó sobre su hombro. Se volvió.

¡Se encontraba frente a él! ¡Estaba vivo y se encontraba frente a él! ¡El vagabundo de los bosques, el observador de la tormenta, la espantosa encarnación de aquel recuerdo que vivía en su interior! Completamente inmóvil y en silencio, contempló al hombre, y completamente inmóvil y en silencio éste le devolvió la mirada.

Pronto, una exultante sonrisa acentuó la deformidad de los rasgos del loco. Agarró al Sacerdote de un brazo y le arrastró a la playa, hasta la mismísima orilla, donde lanzó la canoa al agua. ¡Aquella frágil y podrida embarcación que en sus días de gloria apenas había bastado para contener el peso de una sola persona!

Hizo un primer y último esfuerzo por intentar escapar, pero la tenaza del proscrito sobre su brazo no se debilitó en lo más mínimo.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó el demente señalando hacia el inmenso y oscuro océano mientras el Sacerdote se revolvía en su abrazo.

—¡Eiméo! ¡Eiméo! ¡Tengo tierras y riquezas! ¡Viajaremos alegremente porque amamos la noche y nos reímos al contemplar la furia de la tormenta!

Aquellas palabras desarticuladas impactaron sobre el oído de Ioláni como jamás lo había hecho ninguna otra palabra. Por encima del rugido de las olas que rompían en los arrecifes, por encima del aullido del viento que recorría el bosque, por encima de la salvaje risa de aquel loco... ¡se elevó el alarido de frenético terror que surgió de los estupefactos labios del villano! Sus esfuerzos por escapar cesaron de inmediato. Podría haberse tratado de un hombre muerto, de tan estoicamente como sufrió el tormento infligido por la cuerda que el proscrito desenrolló de su cintura para pasarla alrededor de los brazos de su víctima hasta que la sangre empezó a surgir de ellos y a derramarse en el suelo. Un leve gemido surgió de su interior cuando el demente le arrojó dentro de la canoa y saltó tras él, pero ni siquiera entonces dejó escapar una

sola palabra.

El sol se estaba poniendo sobre las oscuras y agitadas aguas cuando la embarcación empezó a bogar lentamente hacia mar abierto. Una calma completamente desprovista de emociones se había apoderado ahora del rostro del proscrito, mientras escuchaba, con una atención fija y melancólica, el solemne canto fúnebre del viento. La espuma caía sobre él a oleadas, pero no le prestó atención. El remo se escurrió de su mano, pero no se preocupó por intentar recobrarlo de las olas. Lentamente, como las tinieblas al extenderse sobre la tierra, la canoa siguió su curso flotando pesadamente hacia los arrecifes, con su condenada e inhumana carga. ¡Lentamente! ¡Lentamente!

* * *

Fin



WILKIE COLLINS, nació el 8 de enero de 1824 en Londres (Inglaterra), hijo de Harriet Geddes y del pintor William Collins. Estudió pintura en su niñez y más tarde leyes en Lincoln's Inn, aunque jamás ejerció la abogacía, dedicando todo su tiempo a la literatura, profesión que le llevó a convertirse en el impulsor de la novela detectivesca en el Reino Unido. Después de redactar en 1848 una biografía de su padre, Collins escribió el título histórico *Antonina o la caída de Roma* (1850) su primera novela, continuada por *Basil* (1852), un libro alabado por Charles Dickens, a quien le unía una estrecha amistad desde 1851. En 1858 Wilkie se enamoró de una mujer viuda llamada Caroline Graves, con quien convivió durante largos años. *La dama de blanco* (1860) le granjearía la inmortalidad. Novela de intriga y misterio victoriana aparecida por entregas en «Household Worlds», publicación dirigida por Dickens en la que colaboraba desde el año 1856. El empleo de diversas perspectivas, la captación de sugerentes atmósferas, su retrato de personajes y la habilidad para la creación de complejas tramas fueron algunos de los factores clave del éxito de los textos de Collins.

Posteriormente y de manera prolífica publicó varios libros de relatos y novelas como *El secreto de Sarah* (1857), *Sin nombre* (1862), *Armada* (1866), *La piedra lunar* (1868), uno de los primeros títulos de detectives en la historia de la literatura británica. *Doble engaño* (1873), *La ley y la dama* (1875), *El Hotel encantado* (1878), *Las hojas caídas* (1879), *La hija de Jezabel* (1880), *El legado de Caín* (1889), o la novela póstuma *Blind Love* (1890), libro terminado de escribir por su íntimo amigo Walter Besant. El mismo año de la publicación de *La piedra lunar*, Collins, sin dejar

a Caroline, comenzó también una relación amorosa con Martha Rudd. Wilkie Collins, que sufría de agudos dolores reumáticos y era habitual consumidor de láudano, murió el 23 de septiembre de 1889. Tenía 65 años.

Notas

[1] Estrofa del poema de Lord Byron *When we two parted*, publicado como parte del volumen *Occasional poems* (1807-1824). N. del T. <<

[2] Versos pertenecientes a «The Pains of Sleep» (1803, 1816), publicado en el volumen *Christabel*. [N. del T.] <<

[3] Verso extraído de *The Bard*, oda poética compuesta por Thomas Gray en 1757. <<